

UACM

Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

Nada humano me es ajeno

COLEGIO DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

LICENCIATURA EN CREACIÓN LITERARIA

El viaje inmóvil (novela)

TRABAJO RECEPCIONAL
PARA OBTENER EL TÍTULO DE LICENCIADO EN
CREACION LITERARIA

PRESENTA

EDUARDO MEDINA LÓPEZ

Directora del trabajo recepcional

Dra. Leticia Romero Chumacero

México, D.F, marzo de 2016

SISTEMA BIBLIOTECARIO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO COORDINACIÓN ACADÉMICA

RESTRICCIONES DE USO PARA LAS TESIS DIGITALES

DERECHOS RESERVADOS[©]

La presente obra y cada uno de sus elementos está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor; por la Ley de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, así como lo dispuesto por el Estatuto General Orgánico de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; del mismo modo por lo establecido en el Acuerdo por el cual se aprueba la Norma mediante la que se Modifican, Adicionan y Derogan Diversas Disposiciones del Estatuto Orgánico de la Universidad de la Ciudad de México, aprobado por el Consejo de Gobierno el 29 de enero de 2002, con el objeto de definir las atribuciones de las diferentes unidades que forman la estructura de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México como organismo público autónomo y lo establecido en el Reglamento de Titulación de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Por lo que el uso de su contenido, así como cada una de las partes que lo integran y que están bajo la tutela de la Ley Federal de Derecho de Autor, obliga a quien haga uso de la presente obra a considerar que solo lo realizará si es para fines educativos, académicos, de investigación o informativos y se compromete a citar esta fuente, así como a su autor ó autores. Por lo tanto, queda prohibida su reproducción total o parcial y cualquier uso diferente a los ya mencionados, los cuales serán reclamados por el titular de los derechos y sancionados conforme a la legislación aplicable.

Agradecimientos:

A mis maestros espirituales y literarios; a mis padres, mi hermano Daniel y mi novia Tamara por su amor y paciencia inagotables; a Leticia Romero Chumacero por su apoyo durante toda mi estancia en la universidad; a Eduardo Delgado Fabián por su fe y buen humor; a Isaí Moreno por su sabiduría; a Adriana Jiménez y a Joaquín Guerrero Casasola por su disposición y palabras; a mis compañeros de clase, conocidos y desconocidos; a la Universidad Autónoma de la Ciudad de México por formarme y apoyarme en la impresión y encuadernación del presente trabajo; a mi lector.

Presentación:

El trabajo a continuación se presenta para obtener el título de Licenciado en Creación Literaria, en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; consta de dos partes. La primera: novela de nombre *El viaje inmóvil*; y la segunda: ensayo literario, *Toda la verdad*, a manera de poética, donde se discuten y comentan los recursos narrativo – literarios que tuvieron lugar en la obra.

Índice

<i>El viaje inmóvil</i> (novela).....	5
<i>Toda la verdad</i> (poética).....	85
• Diálogo ante el espejo I.....	86
• Ante una taza de café II.....	105
Bibliografía.....	124

El viaje inmóvil

(novela)

A mis maestros espirituales y literarios;

A mis padres.

Hay un hombre verdadero sin ninguna jerarquía en la masa de carne desnuda que entra y sale de las puertas faciales.

Jên, apareciendo por todas partes, quiere peregrinar a través de todas las tierras y enseñar a todos los seres y, sin embargo, no salirse de un instante de pensamiento.

Por todas partes a donde va permanece puro, indefinido; su luz penetra los diez cuartos y las diez mil cosas son de una Igualdad.

RINZAI GIGEN

He cubierto mi cuarto con sábanas blancas. No quiero que salgan mis fantasmas. Pero yo sé mi nombre y mi nombre es Eduardo; es decir una triste sangre que va y viene circulando en el vacío. Trémulo el viento se mueve allá afuera. Yo, aquí en la blancura, maldigo a dios y a los hombres. Hoy no voy a salir: no quiero matar. Quiero sentarme aquí y rezarle a la diosa de las tres tetas, al dios del pene flácido. Estoy desnudo. No tengo frío. Una mosca zumba por ahí. Me veo los dedos de los pies y no creo que haya tanta fealdad entre los hombres, y mi rostro es como cualquier rostro, pero no puedo verlo, no confío en los espejos, pero me lo sé de memoria por las furias que me han atravesado los ojos. De modo que cuando pienso en mi rostro pienso en el rostro de cualquier hombre, pero como adherido a mis terrores y entonces me digo: ¡ah, éste soy yo! Y en este descubrimiento no hay júbilos ni estrellas, hay más bien un endurecimiento de las vísceras y una apatía negra. Me da asco ser un hombre y estar vivo. Estoy harto de vivir como una coordenada del mundo. Harto de vivir como un límite del mundo y ser poco más que un andar de huesos. He devuelto el televisor, tiré los libros, los sillones, el colchón, quemé todo excepto las sábanas blancas que colgué de las paredes para no ver ni una sombra, ni una prueba de que existo. Me vacié de semen, de orines, de mierda, y espero, temblorosamente, el sueño, la derrota de este día. Harto de andar por las calles entre el vómito, las cenizas, el smog, entre otros cuerpos. Porque no soporto esta carga de vivir, este latido de tambor dentro del pecho, porque no comprendo este mapa en el desierto de mi mano, estas líneas que son llagas; ni esta carnalidad mía de autómatas que dice sí cuando le ofrecen un vaso de agua, o dice no cuando le ofrecen un cigarro; ni estos vellos que me salen por los poros, por docena, por centena, por los siglos de los siglos, eternamente, sempiternamente, ad infinitum, amén. Hoy no quiero salir. Hoy he sellado estas paredes con saliva: para que no salga la palabra. Para que no salga esta necesidad mía de tener, de no olvidar, de afirmarme, siempre

dolorosamente, sanguinariamente, en los otros; ni el recuerdo arácnido, alucinante, de elefante y pelícano; ni esta peste tremenda de axilas que traigo, ni este olor a pedo de mi voz.

La otra tarde en que no llovió maté a un hombre. Lo seguí por un callejón con un cuchillo en la mano. Su sombra se perdía por entre otras sombras, las de los gatos, las de las bolsas de basura, y por un momento pensé que no seguía a un hombre sino a un fantasma. O seguía a mi reflejo, pues el sonido de sus pasos se entrelazaba con el de los míos, y su sombra era mi sombra. Pero al llegar al basurero se rompió el espejo del mundo y se me reveló el otro: pantalones de mezclilla raídos, zapatos negros, una gorra sucia de sudor, una barba negra. Encendía un cigarrillo. De su boca salió disparado un chorro de humo denso y blanco, como la materialización de su silencio. Me acerqué a él, a esa conjunción de nervios y articulaciones y grasa y huesos, y levanté el filo y lo acerqué hasta su garganta y el cigarro tembló entre sus labios y me dijo: “No me mates”. “¿Y por qué no?”, respondí. Le rajé el cuello y con su sangre firmé las baldosas del suelo. Se derrumbó como presa del más hondo cansancio, y yo lo miré disminuirse, perderse entre el azul sin límites, de a poco, hasta quedar sólo la costra fría de sus pestañas y el vidrio sucio de sus ojos mirando hacia la nada. Y el instante del trance fue como el escampar: pero aquella noche no llovió.

Vi llover esta tarde. De ninguna parte caían las gotas. Destellos y materia. Y mi lengua es un pedo que subió desde los infiernos: pero no puedo escribir. Estoy mudo ante la osadía de decir. Y detesto a la gente que no es enemiga de sí misma, Vicens lo dijo. Aquí en mi casa chillan las paredes y se retuercen las tuberías. De los otros cuartos se levantan quejidos, ruidos, como si alguien se acomodara la voz dentro de la garganta. Y ese sonido queda flotando en la oscuridad como esperando que yo abra la puerta y lo reciba. Como si

estuviera parado del otro lado de la puerta, intentando escuchar lo que digo, lo que pienso, lo que no puedo escribir. Pero no voy a abrir la puerta, estoy aquí en medio de mi jaula blanca esperando la noche, o el sueño, o ambas cosas. Si he de ser que sea yo mismo; si he de escribir que sea con mi propia voz, pues no me interesan los otros.

Qué beberé sino esta agua de quemadas rosas, de lastimados sueños sin victoria, ni tiempo, ni final; qué sino esta locura de dioses ingobernables sacudidos por la furia de sus ángeles, de su reino de serpientes y terrones; qué sino esta amarga sustancia amarilla colmada de plomo y mercurio y asbesto y hambre y enfermedad y guerra y muerte; qué sino estos nudos de sangre reptantes por la tierra, sacudidos por las espadas y los relámpagos, qué beberé sino esta desnudez de simio en la noche tecnológica y bárbara y su crepúsculo sin color y sus tumbas sin nombre. No la voz. Nunca la voz: calabozo de intestinos y sarro entre los dientes; de lenguas como penes vírgenes y ojos como puños y alimento para las serpientes.

Los otros son la noche de los negros diablos que bailan: una vez vi arder a un niño. Fue una tarde seca sin luna. Azul violeta y sin ruidos ni ladridos de perros. Salía de un callejón, por la acera reptaban las envolturas, las botellas de refresco, las latas de cerveza, mis pasos eran como la cuenta de un metrónomo. La calle estaba vacía y los negocios cerrados. Entonces, de alguno de los edificios, se abrió una ventana: una mujer con los senos al aire sacudió un tapete: el polvo flotó y cabalgó el viento hasta posarse sobre una multitud, cerrada en el círculo de linchamiento, unos metros más adelante. Todos estaban quietos, callados, como tomados de las manos, contemplando el ritual. Un par de hombres amarraban a un niño a un poste de luz. El niño estaba golpeado hasta el absurdo, y dentro de su rostro desfigurado rogaban un par de ojos marrones, húmedos de lágrimas. Le habían quitado una mochila, y

de la mochila habían sacado un modesto motín: un fajo de billetes, tres carteras, un reloj de pulsera y una navaja. Un pequeño ladrón. Rociaron el cuerpo con gasolina y le arrojaron un cerillo. El niño, el cuerpo, casi vencido, recobró las fuerzas de pronto y gritó como desde el fondo de una pesadilla, y su grito quedó temblando en el aire y fue absorbido muy lento por todos los asistentes. Como si comieran lentamente, bocado a bocado, aquella voz invisible y los saciara hasta los huesos. La sirena de las patrullas no se oyó, ni se vio el resplandor rojo azulado de sus torretas. La tarde cayó lenta y las llamas iluminaron las paredes y los cuerpos. El esqueleto carbonizado se derrumbó de pronto como un montón de piedras y los asistentes, una vez saciados, voltearon a mirarme. Yo, de pie entre las sombras, armado con mi par de ojos, levanté el puño y les juré la muerte. Se quedaron quietos como oscuras gárgolas custodiando a un dios de ceniza, mirándome tan solo, y en aquella mirada contemplé el fantasma de la humanidad, la broma de la otredad: una explosión sin límites de tentáculos y bacterias. Siete mil millones de bestias dentadas, de simios y cadáveres. Se dispersaron con el ritmo de la basura arrastrada por el viento hasta perderse entre las calles sin nombre.

Y este amor doblado de noches es como un puro delirio sin objeto: la otra noche en que dormíamos, tú apaciblemente y yo inquieto, soñé otra vez con el campo interminable de los espejos. Es un campo eterno, infinito, de una tierra gris, cuarteada, seca de siglos, y sobre ella están plantados como árboles de pura demencia los espejos. Y en todos ellos se refleja una pesadilla. La pesadilla de los automóviles en uno: multiplicados hasta la insania en las ciudades. ¿Cuántos automóviles nos caben en el ojo? ¿Cuántos soporta una ciudad de calles como grietas? La máquina se reproduce más rápido que el hombre, Vallejo lo dijo, y con ella la desdicha. Y al fondo de ese sueño, de ese espejo delirante, hay un demonio metálico

masturbándose. Y su semen incontenible es el río del tiempo, de este tiempo nuestro de mustias acelgas digeridas y calabazas como piedras y tripas colgadas en las puertas. Y la pesadilla de los cráneos y las moscas en otro: esta terquedad nuestra de cisterna, pero sin agua; de alacenas, sin trigo; de almohadas sin espuma. Y la gente apilada por montones en las coladeras, esperando el barrido final del agua que no cae, o que cae pero barrida ella por el viento como lágrimas sucias de este mundo sin espacio. Y la pesadilla de los hospitales en otro; de los esfínteres y los ovarios, en aquél; y la pesadilla nuestra en este espejo de ojos sin pupila, donde caminamos por las calles atestadas de gente y los túneles huelen a meados y espera nadie un tren que pasa ya nunca, pero los muertos se calientan los huesos frente a la hoguera con el soplar del viento por única compañía; los letreros espectaculares siempre tienen gente hermosa y feliz, y acá abajo en donde estamos todos hundidos de mierda hasta el cuello ya no hay una sola rosa; y por los balcones la gente sale a cagar, a mear, a escupir, y su misericordia nos salpica las cabezas calvas. Ésta, ésta pesadilla nuestra de llegar todas las noches a un departamento de dos por dos y no decir nunca te odio. Ésta pesadilla nuestra de ya nunca llover pero tomar tres vasos de agua al día. ¿Ya te viste? La piel se te está poniendo amarilla. Este sueño lo volví a soñar aquella noche en que tú dormías y yo nunca: caminé por el campo sombrío hasta el templo misántropo, la morada del asesino, y en su fondo grité, me desnudé, y entonces crucé el brazo por encima de ti y te dije:

—Estoy ciego de furia y de muerte... Este no es lugar para ti. Déjame, por favor, derribar el templo, salvarme...

Y tú que despertabas me rozaste con tu pierna y dijiste:

—Ya va a sonar el despertador.

Desde entonces no he soñado nada.

Sucede que me canso de ser hombre, Neruda lo dijo, y no puedo escribir. No puedo hablar. Se queman las palabras, estas letras, al salir de mi garganta; mi dedo es una brasa. Se calcina esta hoja blanca antes de poder leerla. Y yo soy como una última ceniza: flotante y nunca cierta.

Allá del otro lado cae la noche y con ella el tiempo. El reloj destrozado, solar y único, se vuelve ahora sombras y delirios. Las sombras se mueven por ahí y los cuervos anuncian su llegada. Me pongo de pie, enciendo una vela y vuelvo a sentarme. Vuelvo a mi concha, a mi salvación de huesos y carne. La vela tiembla y el destello es dorado. Un ritual negro en donde se quema un desgraciado: eso es escribir. Es llamar a los demonios del fuego y que se levanten, y que miren por encima del hombro lo escrito y lo borren con sus lenguas, que se apoderen de los dedos y que ellos hablen. Que hablen los demonios, pues yo no puedo. Estoy fijo en la oscuridad como un pulso dorado de la tierra. Esta voz que es mi voz, es la voz de los demonios. Verse a través de un espejo roto de tiempo, estar fuera del tiempo y estar roto, eso es escribir. Es saciar una sed amarga de infancia en donde todo sigue siendo nuevo y siniestro. Cada palabra es un rezo oscuro, una oración a la nada. ¿Quién me escucha? ¿Alguien escucha mis lamentos? Pero la noche cae y con ella el tiempo: la luna es enorme e ilumina: la vela tiembla aquí en mi cuarto blanco. Pienso en todo. Yo soy la totalidad: la mosca que zumba entre este espacio, el insecto que reptaba, el grillo y sus cánticos. Yo soy la totalidad: polvo nocturno, las amargas nubes de la noche allá arriba andando lentamente sus senderos; y soy el silbido del viento, la ventana rota en la casa del

vecino. Soy el gato que salta por los tejados y la sombra de los fantasmas. Yo soy la totalidad: en la fábrica de allá, en la otra calle, tiemblan los fantasmas. Crujen sus agonías en los tanques, el polvo de hierro se levanta de repente. Lamentos se escuchan entre el eco. El grito de los muertos resuena todavía en esta fábrica. Los obreros desgarrados por la noche salen a buscar su pan y su vino. Yo soy este cántico. Yo soy este abandono de polvo y noche. Yo soy el grito que se levanta de pronto sin boca que lo emita, temblando angustiosamente en los cuartos de bronce. Yo soy esta pupila abierta de ciudad donde moran el desvarío, la demencia sin límites, la locura desconsolada y sollozante de los muertos. Yo soy la totalidad: esta mariposa negra posada en cada techo de cada casa. Yo soy este pan amargo partido en dos, en tres, en cuatro, en ciento cincuenta mil, para adorar al silencio de las bocas que se alimentan. Yo soy la palabra negra de este dolor compartido y sufrido en nuestra hermandad de calaveras. Y soy también la porción de los zopilotes, de los buitres que vuelan desde sus reinos lejanos de montañas para estar siempre puntuales a nuestra muerte, aunque su manjar sea precario. La llama consume a la vela por fin y la noche es una puerta:

Qué es el dolor, me preguntas hundiéndome en mí tus pupilas. Hundiéndolas como un tenedor entra en un pedazo de carne. Qué es el dolor, me dices, y yo te digo que el dolor es un cuervo que habita en los hondos universos, y baja volando a posarse sobre el hombro. Bésalo, yo te digo, dale un beso en el pico al cuervo del dolor: explotará en mil pétalos. ¿Cuánta vida cabe en una lágrima? Y te oigo respirar en la oscuridad. Tomo tu mano en mi mano. Toda la historia de un alma cabe en una lágrima. ¿Mil pétalos hacen un alma? No, te respondo, mil pétalos hacen un cuervo.

Estoy sentado en este cuarto a oscuras, es de noche. Me veo a mí mismo como una sombra del hombre. Encorvado, abrazando mis piernas, sitiado aquí dentro de mi carne. En medio de mi carne hay una herida. Una herida que sangra todo el tiempo, que está sangrando ahora; pero por lo bajo, secretamente; a oscuras. Tengo el ser acuchillado y estoy aquí dentro de este cuarto, de estos latidos de sapo, de esta fatiga de carne pisoteada, contándome las heridas. Las cuento una a una como lágrimas en un rosario. Por esta herida, esta sangre, pienso y soy y veo... y escribo. Y esta escritura es como un canto de búho, como un vuelo de lechuza.

Miro tu foto aquí a oscuras. Tu rostro puro. Por si no te lo dije nunca, se lo digo ahora a tu espíritu: sólo tengo una certeza: la de la tempestad, la del torbellino de tiempo que llega de improviso a vaciarnos de sesos las cabezas, que llega con filo de hacha machete a decapitarnos la memoria y la carne. Sólo la certeza de la muerte tengo; y un recuerdo: esta foto tuya que miro ahora y tu rostro puro.

Decía un libro que no leí: todo lo sólido se desvanece en el aire.

Hace muchas noches se preparaba esta noche. No es de ahora esta tardanza, ni este aguacero que se prolonga y se prolonga. No son de ahora estos tejados enloquecidos de mis palabras, ni este estar en todas partes y en ninguna. Anoche soñé con estos pájaros que van cayendo sobre la página y se van amontonando aquí como cadáveres, memorias, hombres y heridas. Anoche pensé y dije; y quise reír y reí como si nada me importara, y luego escuché. Y en medio del silencio escuché este monólogo idiota. Afuera, el granizo desfigura los árboles, Bonifaz Nuño lo dijo. Y yo aquí me desvisto hasta la médula y preso en mi derrumbe me tiendo, me vuelvo en una página a disfrazar de voz y ya soy otro. Y en

una calma celular, este yo que ve llover, no el otro que escribe, sino yo, yo mismitito, me sepulto. ¿Ahora quién soy yo? Este yo que escribe con frío, con las manos entumidas de espanto, ¿qué es esto? ¿qué es esto que digo y escribo y no leo nunca jamás? Qué es este pintar mi cara con sangre, ¿un escritor? Un escritor pinta estrellas para el hombre. ¿Qué es esta caricia cósmica, este entonar himnos a la ruina?

Es el tiempo. Y ya soy yo, el encerrado. Vuelvo a estar aquí desesperado y desnudo en la noche. Y vuelvo a ver el cielo que se derrumba y se tiende al fin visible la verdad de la vida que no hay, de la nada de la verdad, del perro llamado dolor, del inmenso canguro que soy: personaje.

Temblando dentro de mi caparazón endeble hago como que me siento bien, pero el techo de pronto se viene abajo. ¿Lo ha tirado la lluvia? Y me sepulta el agua. Qué absurdo es querer que todo por sí mismo se resuelva y pase, sin que nadie tenga que meter las manos en contra, dijo. Está muerto.

El rey nos corta la cabeza

Cuando ya no le servimos

LEOPOLDO MARÍA PANERO

Ha caído el telón. Las sábanas blancas yacen en la alfombra. Las ventanas están abiertas. Me pongo de pie. Salgo a mirar al mundo. La gente pasa por la calle sonriendo como en una última danza. Veo a los diablos andar allá afuera, aquí adentro mis barcos todavía

zozobran, todavía piso una atrocidad mojada de lluvia. ¿Qué escribo ahora? ¿Qué digo ahora que no tengo ya nada más que el sol, esta cobija para el hombre, y mis barcos deshechos? ¿Quién soy ahora que ya no puedo más con ese soliloquio de muerto, ese sólo saber de la lluvia y la noche? ¿Dónde estoy ahora que sólo respira el mar y el viento es fresco y escribo escuchando una metamorfosis en el alma? Tengo en blanco la vida y la página. Soy un hombre al interior de un cuarto. Mi alfombra está vieja, se siente como un montón de arena mojada. El mar está allá, casi por la puerta. Voy a escribir. Estoy escribiendo. Rezo y sólo el viento me responde.

Soy sólo un poco de sangre en la mano. Una sombra que mancha el tiempo por un instante. Un susurro de extrañas canciones al viento. Veo este correr infinito de momentos; esta secuencia repitiéndose, repitiéndose: sólo un vuelo de ruiseñor; y allá del otro lado del quiebre, de la caída, fino límite entre uno y otros tiempos, encuentro al otro. Y el otro es un espejo que me revela que yo soy otro espejo. Y así ambos contemplamos en la sencillez de un marco la enormidad de la vida, su delirio, y su dolor que lleva siempre por frente una palabra. Y la vida no es más que una palabra, un montón de palabras como cayendo en una hoja, como cayendo en el vacío, como llevadas por el viento; y como un gigante pálido cayendo sin ruido sobre nosotros.

Escribir y ver pasar la vida frente a los ojos, hecha tan solo de saliva. Y la mentira del dios embravecido y solo, en la ruina perfecta como cualquier hombre, anclado a los cielos como una lancha vieja sobre un lago, y a los hombres adorando su sombra. Padre nuestro que no estás, atrocidad interminable es tu nombre. Haces tu voluntad en la tierra, en el infierno, y sobre nosotros cae tu mierda, tu ruina. No nos des más ceniza al límite de las horas, no espuma y mentira. Padre nuestro que escupes sobre el hombre, tu objetivo es destruir al

hombre, porque eres un hombre. Padre nuestro que no eres más que un borracho que no sabe explicar ni por qué sale el sol, que respondes con hierro lo que nosotros preguntamos con flores, déjanos en paz. No regreses a nosotros, quédate con tu puta disfrazada de virgen, con tu buena nueva, y todas tus pendejadas, allá en el oscuro olvido. En el eterno olvido de los muertos sin alma. Madre nuestra que no sabemos dónde estás, perdónanos por no saber tu verdadero nombre, por destruir el templo, por dejar que se secase tu saliva. Madre nuestra que nos esperas como una perra herida a la orilla del camino, sabemos que lloras... y nosotros lloramos contigo, Parra lo dijo. Nombra una vez más lo viviente. Regálanos una vez más el viento, una vez más el alto cielo, una vez más los cocodrilos. Que se derrame tu sangre negra sobre nosotros, que nos encienda en fuego. Danos hoy y sólo hoy de comer y perdona nuestras ofensas, perdona nuestras terribles ofensas... porque lo hemos destruido todo.

Escribir y perdonarlo todo, y en la dulzura extrema de un grito celebrar la nada, el corazón desnudo, acariciar al elefante; escribir y elevarnos contra el aire. Escupir antes de que hiele. Abrir el alma como un hueso de aguacate. Bailar ballet como un toro, la danza macabra sobre la nieve. Escribir y dejar un reguero de sangre sobre el espejo, y ser sólo un espejo que cae sobre la página blanca y deja su estampa. Escribir antes de que hiele, antes de que hiele besar el vacío entero del alma, al pájaro del cuerpo, y a esta sangre que, lo supimos siempre, era para jugar tan solo. Escribir solo, imperfecto siempre, siempre escribir con una rosa encerrada en el pecho.

Para los que tienen la venda en los ojos y la balanza en alto, para ellos escribo.

Mirar las cosas desde afuera. Tal parece que la única manera de atravesar el día es montándome sobre el humo de la marihuana. Inhalo el sueño brillante del poema, la locura helada de la página, y con los labios voy tocando el verbo. *Saliva atroz de la locura, saliva del viento y de la página.* Y me detengo para pensar. ¿En qué estoy pensando ahora? Y miro mis manos como dos arácnidos moviéndose sobre el teclado y no sé qué estoy pensando. El día es frío y gris, y allá hiela el corazón del mundo. No quiero salir. Estoy fumando. Saco la mirada por la ventana mientras escribo, mientras no me escucho, y veo a tres gatos jugar. Son como tres látigos que restallan locura y divinidad. Los miro y sobre mis ojos oxidados cae la tempestad. Las casas pintadas y las flores de mi calle son poemas. Esos tres gatos son poemas. El hombre que pasa con un carrito de lata es un poema. Y allá el viento habla a solas con el viento. No sé quién soy y me miro escribir y no sé qué pienso. Regreso los ojos a la página. ¿Qué digo? Digo que se me está pasando ya el efecto de la marihuana. Regreso aquí y ahora, no allá y entonces. Aquí y ahora en donde el tiempo es un esputo brillante como un desierto, un ácido equilíbrico de corazones que caen al suelo y ciegos que maman estiércol. Aquí y ahora parado en el mundo digo que es mejor el mundo de la marihuana. Ya no sé ni qué es lo que estoy diciendo. Mi cuarto está frío. Allá canta un pájaro. ¿Qué pájaro será? No sé nada de pájaros. La arena bajo mis pies, el mar, mis cuatro paredes blancas, mi cama, superpuestas aquí dentro ambas dimensiones, están en equilibrio, pero no se palpan.

Esta novela es una canción fugaz que imaginó una boca, un cadáver, un espejo. Es una canción de mansedumbre y de tempestad. Esta novela es una espera erguida, un mástil al viajero, una exploración. Un remordimiento de barco encallado, una fibra clara de calcetín podrido, una flor carcomida y una respiración. Es un cansancio de esperar y haber

esperado; una espera del cansancio y estar cansado. Una isla sepultada en el alba, un árbol partido, una tristeza de hueso y un latido.

Me detengo. Allá afuera se escucha un andar de autos. Ya no siento la marihuana, tomaré agua de mango. Me sueno la nariz poblada de mocos y alucinaciones. Tengo una visitación nocturna, un temor. ¿Cómo sigo? ¿Qué escribo ahora? Puedo escribir ahora por ejemplo: anunciación, rescoldo. O mejor milagro, vino. Pero voy a escribir que aquí dentro, en mi cuarto, vuelto del sueño de la marihuana, las cosas viejas tienen nuevos nombres. Y me sorprendo al mirarlos. Y lo que antes era un ir tocando a ciegas es hoy un sentir plena el alma de las cosas. Y el lugar desde donde ejerzo este oficio terrestre es una tierra apenas descubierta. Quiero decir que aquí y a solas tengo algo naciente. Y no es más que una reconciliación con los rincones; con el librero, con la cama, con la lámpara y con las axilas. No es más que un bello licor para la mirada y la sorpresa de las mismas cosas bajo nombres diferentes. Hoy respiro y *miro formándose la tierra nueva*. Tengo en el pensamiento el futuro del sol: ahora sé qué estoy pensando. Voy por más marihuana.

Loca carrera la que llevamos para ir sólo a morir. ¿Qué es lo que tanto apura a nuestros huesos? ¿Por qué esa insaciable necesidad de mirar hacia adelante? Y después sólo nos sentamos a recordar. Heridos atravesamos el desierto, el desierto cantado del tiempo, y se nos va la historia en el instante. El infinito en el instante. Mezclamos la boca y el abandono, el corazón y el silencio, el sexo y la cuerda del ahorcado. Heridos somos como una pura piel colgada entre las ramas, meciéndose en silencio.

Las palabras caen sin cesar como la lluvia y sobre la lluvia caen estrellas y sobre las estrellas caen tus labios. Tú me nombras. Yo soy esta verdad que hiere y mata en la sombra,

porque yo soy tu sombra. La estrella grita contra el cielo y dios es como un niño hundido en una triste sin identidad que nos acompaña en silencio, hasta la calma. Y todo acto tuyo repercute en el cielo, en esta página, en esta palabra. Por eso tu vida y mi vida son prácticamente imposibles, son prácticamente hermanas. Y tu voz que emana de tu frente y mi voz que emana de mi sangre dibujan un collar de cráneos, una rosa que cae al suelo, una palabra que cae al suelo, y es como la victoria del papel en llamas.

Estoy fumando marihuana. Escribo, me detengo para descansar un codo en la mesa. Pienso en los rifles y en los lobos. En el psicoanálisis y en las casas que deben estar solas en este momento. Me meto los dedos a la nariz y mi nariz está reseca. Fumo más marihuana. Otro poquito más y ya está. Bueno, otro poco más, un poquito. Ya está, ahora sí ya está. La redacción y el universo y el fuego y las conversaciones. Y las criptas y los nadie buscando y la metáfora. No olvidemos nunca la metáfora, la metonimia, la sinécdoque, el oxímoron, las serenas tempestades. El deseo del ojo, la llanura estúpida de la aliteración, la aposición, la pus del anagrama, la caca críptica del palíndroma. Ah esta lengua mía tan cagada por los pájaros. Este azul descanso en las ruinas. Ah esta verdad de simio y del séptimo sello, este placer del cuerpo y la marihuana, ah esta tierra de amor y asesinos, ah esta ley del mínimo esfuerzo, ah este pseudocristianismo de morir, ah los obreros sin dientes, ah mi alma, ah, ah, ah ché. La mente está en el culo del ser y esta novela es una colección de pedos.

La vida es un cigarrillo de marihuana. Un cuento que nadie oye, contado por un idiota que nada cree: una tempestad para nadie. Una cruz para el vacío del tiempo, y flota en el viento y se enreda en la nada. Y en medio de esa nada vuelan los pájaros, los tordos, los fiordos, los gorriones. El señor colibrí de la tarde. Tengo muchos libros aquí en el librero. Muchos

no he leído. Pero éstos, éstos que tengo aquí a mi lado mientras escribo, son los mejores. La vida es humo de marihuana llamada viento, llamada hambre.

Me duele la cabeza y la garganta. Ha anochecido, no hay espectros en la tormenta, no hay nadie esperando a dios. Estoy yo, aquí, hablando y viendo pasar el tiempo. Su línea recta, desafiante. Su desorden cósmico. En la casa de enfrente han matado a un gallo. Pude escuchar desde aquí su aullido, su dolor de oro. Por la calle pasa gente más o menos limpia. Pasan novios de la mano, pasa un perro. Y la calle es un río por el que se arrastra desmedido el tiempo. En el clóset tengo una caña de pescar, voy a despertarla. Con un pedazo de mía carne por carnada arrojo al río el hilo de la caña. Quiero que pique, va a picar. Mezclado el resplandor lunar de las aguas con el techo de mi cuarto, desde aquí lucho con aquella bestia. ¡Se agita! Tiembla en mis manos la caña y el hilo tenso corta el viento. ¡Y se eleva por fin! ¡Sale del agua el gallo! ¡El divino gallo solar y voraz de mundos! ¡El gallo que tembló como una perla ante el cuchillo! ¡El gallo, el resucitado gallo! Ven gallo, ven a mi cuarto, ven a este pedazo de mar que yo poseo, estoy solo, tú estás solo, pero miremos juntos el mundo que se abre inmenso. Esta playa perdida entre mi cuarto y el tiempo, entre mi memoria y la piedra. Ven, gallo mío, amigo, que tu indolente corazón nos adormezca, tu ala de dios nos de sueño, porque ya es noche, ya cayó la noche y tengo miedo de la primavera. El gallo camina aquí en mi cuarto. Camina y me mira de pronto, agita sus plumas. Se va a acurrucar a aquel rincón. Duerme, gallo. Despiértame, gallo, cuando haya pasado por fin la estrella herida.

Detengo la escritura. Me tomo las manos. No puedo pensar más. La luz blanca de la luna me ilumina el rostro; la superficie blanca donde escribo. Me pongo de pie y camino por la playa, por mi cuarto, hasta la ventana. Miro por la ventana la noche del mundo. Escucho la

solemne música terrestre. Ya no hay dolor, pero hay un enorme hoyo de llave aquí dentro, aquí dentro mío. Hay una opulencia fría y silenciosa. Una palabra de corazón y por el gusto de matar. ¿Qué hay aquí dentro? Camino en círculos por la arena, pienso. ¿Qué tengo dentro del corazón, un vuelo de oruga, una espina? Camino por estas oscuras cámaras. Oigo el latido de mi corazón como un rugido de sangre. Camino de frente hasta una puerta, sus postigos son de oro. La puerta es un espejo. Me enfrento a este espejo y pregunto: ¿quién eres? El reflejo me la devuelve. ¿Quién eres tú, pequeño hombre? Un alma, un engaño de espejos transparentes. Un pliegue de pétalo, vuelo de oruga. Un hombre en torno a un corazón, una isla en torno a un hombre.

Me distrae un recuerdo y detengo la escritura. ¿Qué decía? Vuelvo a preguntarme: ¿Qué contraseña de dolor, de temor, ¡de fiesta!, qué fatiga de música terrestre, qué secreta embriaguez tengo que lograr para encontrarme? Punto. Esta vez no un espejo me devuelve la voz. Esta vez la voz se estrella como un esputo sobre una hoja en blanco.

¿Lloré algún día? ¿Sufrí algún día? Aquí es de noche, la luna es tenue. Aquí no hay águilas, ni tigres. Aquí hay un corazón prestado, tomando en préstamo otro gozo, otra amargura, otra muerte quizá para siempre. El mar se ha ido. Lo escuché alejarse. Quedé en esta habitación desolada yo y mi gallo... no, sólo yo. El gallo también se ha ido. A él no lo escuché. Estoy yo y la arena... tampoco: la arena también se ha ido. De ella no tuve la pista. Estoy aquí en mi cuarto, en la habitación de mi casa, pero no quiero salir. No voy a salir. Estoy escribiendo. Afuera se oyen ruidos de autos. Ladran lejanos unos perros. No he sufrido, no. He danzado alrededor del fuego, del dios negro y triste del alma; he clausurado las ventanas y he enterrado mi ternura ponzoñosa en la carne de otra gente. ¿He hecho

sufrir? Yo no he sufrido. Si he matado, lo debo, lo he de pagar. Lo estoy pagando. A quienes he lastimado pido perdón. A ellos ofrezco mi insomnio. A ellos reza esta novela.

Me pongo de pie y salgo a ver la noche. Miro. Es una noche de ciudad, de calle y de cerraduras; es una noche de cables y tejados. Pero frente a mis ojos hay una montaña. La montaña altísima y el alba muy lejos para mis pasos. La noche de calles y la montaña están ahí, pero están en dos tiempos distintos. La calle está para el hombre que se puso de pie y miró por la ventana. La montaña está para el que está escribiendo. Él está allá mirando y yo aquí escribiendo. Y hay un tercer hombre, el hombre dentro de la página, el que carga esta voz. El que mira ahora mismo y recuerda las cosas que no tuvo y las que tuvo y perdió. La montaña está para el hombre desnudo, cómplice del cielo.

— Yo sé cómo se escala la montaña —dice el tercer hombre—: se escala cómplice del cielo, no como alpinista relámpago. Se escala a la luz nocturna del mar, escuchando las ciegas aguas móviles, como quien pronto va a morir y se detiene para mirar y mira.

Y el tercer hombre camina al pie de la montaña. Antes de la montaña hay una puerta, sus postigos son de plata. Y esa puerta es un espejo, pero el espejo no refleja al tercer hombre. El espejo refleja al hombre que está sentado escribiendo. Escribe en un cuarto y más allá del cuarto es de noche. Escribe sobre un escritorio amplio de madera. El hombre que escribe mira al tercer hombre. Ven, le dice, ven, hombre que pronto va a morir, acércate. Él se acerca hasta el reflejo que le habla, temblando por la sombra imponente de la montaña y mira lo escrito:

—Estoy hecho de espuma, de sal. Tengo amargos los ojos y pobres los huesos, pero soy hombre; a veces no me acuerdo de las cosas, no soporto mucho peso en los brazos, pero soy

hombre; cuanto tuve lo perdí, pero soy hombre cómplice del alma. Quiero subir la montaña. Quiero subir la montaña porque soy hombre y puedo andar. No soy un asno que gime, no un árbol solemne. Quiero subir. De la montaña baja un viento que me habla.

Y el tercer hombre quebró el espejo con una piedra. Siguió adelante. El tercer hombre va a subir la montaña. La está subiendo, ha iniciado el viaje.

Detengo la escritura. Me he quedado solo. Es de noche. Ya no hay montaña, ya no hay mar. Las he desaparecido. Yo, el último juez, la balanza, los he transmutado. Sólo queda en el aire un duelo de domingo, una fiesta que ha terminado.

*Entre guirnaldas de un instante, amigos,
mientras dura lo que tuvimos, alegrémonos.*

RUBÉN BONIFAZ NUÑO

Escribir siempre y todo el tiempo y todos los días.

Una abeja zumba en la noche. No queda nada más que la noche, pero no la noche vacía del miedo, queda esta noche plena de montaña. Contemplo las estrellas, el cielo renacido. Suspiro entre el yerbajo. La montaña inmensa me espera. Subir los remos y dejarse llevar, Zaid lo dijo.

Heme aquí de nuevo metido entre palabras. *Mi imagen es la lámpara encendida en mitad de la noche.*

Aquí hay demasiado frío. Despierto en la montaña y hiela y el aire es como una mano de nadie que se extiende sobre mi cuerpo y me llena de sombras. De un canto desnudo y marino. Pero hay demasiado frío, tanto frío que aquí dentro de mi cuarto me tengo que poner chamarra. Detengo la escritura. Me pongo de pie. Camino hasta el clóset por una chamarra y me la pongo. Me caliento las manos. ¿Qué estaba diciendo? Regreso al escritorio. La luz es un cuerpo. Y allá arriba vuelan las gaviotas. Son como mis gaviotas: custodian mi ascenso a la montaña. Flotan en la totalidad azul como memorias, paisajes, tiempo. Las gaviotas son estas palabras que flotan en el aire y yo atrapo, casi por accidente. Su vuelo secreto es una isla, y un incesante correr en círculos contra el viento. Palabras, gaviotas, cansadas entre los recuerdos, flotantes entre el fastidio y la desolación, esperándome en lo alto como rostros hundidos en el agua. Y yo, triste paloma azul, quejándome por el frío. ¿No es la manera más imbécil de escribir? De pronto estornudo. Estornudo contra el viento amarillo de la tarde y mi esputo queda flotando como polvo brillante en el aire. Y yo soy poco más que una paloma que estornuda y se arroja contra el aire, y escribe contra el aire que se lleva volando esta novela.

En esta montaña nacen las flores. Ahora mismo contemplo una flor. Y esta flor es como una pirámide en el desierto dando sombra a sus discípulos; como un siniestro ojo de gato lavando las sombras de la tierra. Y compacta dentro de la flor la espiral del cuerpo. Del mío cuerpo que es poco más que una paloma. De un cuerpo que va dejando horas y hiedras, sonidos y ecos arrinconados en la oscuridad del ojo. En la vibración oscura de la voz. Y la flor nombra los abismos, visibles e invisibles, que bailan al compás de la imagen. Es decir la creación se mece entre la luz y la sombra, entre el tiempo y la velocidad del pensamiento. Y así mientras digo la flor la flor ya no existe sino en esta dimensión satánica de la página.

Y así dentro de esta imagen ya hay otra imagen: la espiral de un cuerpo, una herida de sonidos, sonidos heridos que cubren el sueño del cuerpo. Y el hombre así sueña por dentro mientras afuera los finos hilos de oro son ramas que abren el sueño para siempre.

Este sueño se sueña en un cuarto que es un solo camino. Un camino hacia arriba de la montaña. Y se levanta el cuerpo adentro de este sueño que habla, y frente a este cuerpo soñado otro cuerpo real se abre. Alguien mira lo escrito, y *todo aquello que los cuerpos forman en la sombra es un brillo solitario.*

¿Son una aparición los pájaros? Los veo desde mi ventana iluminando el viento y coloreando el color. ¿Son una aparición los pájaros que forman en mi ojo una alegría de fuego? Los veo aparearse en el aire, como dragones, y su vuelo es más alto que la luz. Yo digo que, si son una aparición los pájaros, yo puedo hacer un claro de sol para su vuelo. Un círculo de imágenes que asciendan con ellos hasta el reino último de la montaña. Yo puedo volverlos corazón y ritmo. Allá van, allá van volando los pájaros, como quemando el viento. Y se tocan las alas y se tocan los sueños, y su pico de pájaros pincha el instante y lo estalla. Y la cópula cae en pedazos con una lentitud de horas quemadas y las cenizas se esparcen en la calle. Eran una aparición los pájaros.

Los vecinos caminan tranquilamente por la calle. Miro por la ventana el cielo azul y las casas de colores. Un perro se rasca en la banqueta. A mi espalda mi cuarto a solas. La computadora encendida en donde escribo. Y la memoria. ¿Cuánto tiempo hace que estoy aquí encerrado? Y si algo de aquel tiempo volviera sería como un hueso en la mano, como una foto vieja de mí mismo con un cuervo en el hombro. Y sólo para que la danza continúe dibujo en esta frase el retrato de otros años, una línea de mí que se borra y deja ver sólo el

tiempo. Y así aquí te miras sin mirarte, pues del tiempo no ha quedado ni una fotografía. Retratos de nadie somos, marcos vacíos para el silencio del polvo. Sangre en el espejo somos hasta que la imaginación de alguien nos transforma. Siempre es un loco el que revive a los muertos. Siempre un fantasma disfrazado de ciudad, un pie disfrazado de música y una música disfrazada de silencio. Somos un aullido en el viento, una cópula de pájaros flotando, vuelta cenizas, con la furia atroz de no haber vencido. Pero sólo para que la danza continúe la voz de un cualquiera nos atrapa, y como un chillido azul en la tarde volvemos a volar, y de nuevo irascibles, furtivos, simplones, caminamos por la calle melancólica con el rostro de todas las personas que vimos. Y así desde mi ventana miro el tiempo dos veces y la falsa sombra que somos: una danza celeste de palabras pastosas y de aguas amarillas. *La vida es el sueño de la sombra.* Y mi ventana una humedad del alma por donde penetra el mundo y el mundo un aire que todavía no puedo respirar. Y la montaña una tiniebla, una tiniebla cálida de montaña, de noche estremecida y solemne. La montaña es una pulsación de la voz que llega a mí y expulso, sigiloso y acuático, sólo para continuar. Para que la danza no termine y bailemos todos entre las sombras.

Como una sombra sobre la página; una respiración que marcha hacia lo imprevisible. Como un corazón que late despacio y sólo la lluvia estremece. Como un hombre que oye ruidos que vienen de la tarde y remueven sus escombros y nostalgias. Como alpinista cómplice del viento, y como un ebrio tocando la imagen vencida del espejo, escribo.

Guardo algo reconciliado en las entrañas. Un paso de luna por la sangre. Camino montaña arriba. Miro las cosas tiernas flotando en el aire. Arriba de mí el sol único, el sol invicto calcinando la eternidad. Y yo aquí caminando, moviendo los pies uno frente a otro sin saber a dónde ir. Sin saber qué escribir luego. Me muevo simplemente por la tierra mansa de esta

montaña pues el único camino es el de ascenso. Hay un ojo que me mira desde no sé dónde. No sé qué dirá de mí, pero lo que yo digo de él es que parece un rey derrotado mirando en torno suyo todas las cosas y las nombra como entregándolas al fuego. Yo lo vi una vez frente al espejo. Y ese rey derrotado era como yo, era yo, pero andado en el tiempo. Y ahora que pienso en él, camino y me digo que acepto esta incertidumbre de ser; esta medianía de hombre presente en la tierra. Pues poco puedo ver, poco puedo escuchar, poco puedo decir. Pero digo que acepto con amor este instante de luz, este cuerpo mío que camina, esta voz incesante que habla, pues soy eterno. Y es tan breve el instante, tan breve esta forma que guardo en la tierra y tan vasta la eternidad sin nombre. Pero yo soy eterno; esta realidad de aquí, de ahora, esta forma que es mi ser atraviesa el tiempo como una mancha de leche y me convierte en lo otro. Lo otro también soy yo. Soy yo el otro. Y como ambos escojo estar aquí, estar ahora, dentro de este cuerpo que me guarda y me recuerda que todo es mi retrato. Todo tiene mi rostro, mi rostro está en todo y el dolor es una ilusión del hombre. No me detengo, avanzo hacia el paisaje. Sobreviviré a la montaña. La montaña me lo dirá todo.

Romper las ligaduras de las venas, Huidobro lo dijo. Y desgarrar la estrella de la memoria. ¿Que esto no es una novela? Vaciar el horizonte de recuerdos. Dejar que la mirada atrape a la luciérnaga. Habitar esta sorpresa como un pez. Agitar esta voz entre los labios, rezarla a la cruel compañía de los tiburones. Empapar el pene de saliva, penetrar esta página sin senderos. Ser un aeronauta y no el cielo de siempre. *El avión trae un lenguaje diferente.* Cortar las amarras, alzarnos en la noche marina como el monstruo. ¡Derramar vocales y sueños y vigiliass! ¡Esto no es una novela! Es una saturación de asombro, una embriaguez que llega a punto. Es una guacareada de botellas al mar. Un grito de sal emergido desde la

isla. Esto no es una novela, es un acomodo de caballos, un tejado desprendido. Son los gemidos de la madre, el semen del padre derramado. Es un ejercicio revientadedos, no voy a explicar por qué. Volar aquí como el primer hombre y construir sobre el derribo. Cortar todas las amarras: cantar como el pájaro agónico, desbordar el espíritu. Que las palabras sean ríos y los ríos galopes de caballo. Torcerle por fin el cuello al puto cisne, torcérselo a diario y que su canto sea nuestro canto. Novela aún, novela, novela mía que no es novela novelada. Novela de novelista novelado, novela todavía, novela incluso. No vela. Demasiada novela en el culo de la amiga. Demasiada novela en los libreros de los vecinos. Novela puta, lenguaraz, novela falaz, pertinaz, locuaz, veraz, audaz, mordaz, eficaz, rapaz. Novela ciega, cierva, servil, pueril, hostil, gentil, brujeril. Novela sucia de serpientes, novela tejedora de océanos. Novela infatigable, cantable, amigable, mezclable, graduable, censurable. Novela peinada como velero, desnuda como una almendra, mojada como un trigo, inocente como cordero. Novela licor, novela alhaja, novela crepúsculo de la novela. Novela canon de la novela. Novela eléctrica, bambina. Derramada, ordeñada, cosechada, minada. Novela cabrona y agonizante, magnética, beata, diabólica, antiséptica, esquelética, pura palabra y nada más. ¡Que haya *fuegos de risa para el lenguaje tiritando de frío!* Que viva la novela como un balón en una cancha, como una ebriedad en la taberna, como un vértigo en la catástrofe. Que haya novela para siempre y mientras vivamos, para calmar la sed en los naufragios, para darle de comer a los ángeles, para limpiarnos la cola, para estudiar al astro y para reír a carcajadas. Novela, querida novela, límpiame la cara de joyas y mira tu belleza en la palabra. Sécate las alas, domina tu pretensión. Pelea por la imagen limpia y por el ritual de vocablos sin sombra. Choca y mientras más violento sea el choque, mejor; explota. Mete tu lengua en la palabra, mastúrbala. Descarga tu chorro de risas en la norma. No eres más que una catástrofe de rosas y un pétalo vibrando en una lágrima.

¿Qué escribo en esta tarde azul? Un camión vino a estacionarse afuera de mi casa. No abrí, no voy a abrir. Quiero estar en este cuarto a solas, en este exilio de cemento. Miro el humo que asciende de las azoteas y el resplandor del sol en los tinacos. Esta tarde no hay ningún pájaro. Pero hay un aire de paz respirando en la calle por nosotros. Va a llover. Huele la lluvia. La puedo ver formándose allá arriba entre las nubes. Esta lluvia no va a caer sobre los pájaros. Caerá sobre los hombres. Caerá sacudiendo los trapos de los tendederos, ablandando la desgarrada escritura del cemento. Va a llover. Espero la lluvia y pienso qué escribir. No hay ni un sonido. El mundo está en paz y solitario. La ciudad está quieta, como colgada de los dientes al vacío. Es la Ciudad de México en medio del invierno.

Escribir hasta (para) sentir silencio en el alma. Y mirar el dolor del mundo a través de mis anteojos; la súbita blasfemia del silencio, el cantar de la insolencia, como venidos desde el fondo del mar, desde el fondo de las gargantas de los hombres. No es posible otro cementerio de recuerdos. No es posible otro monumento al humo. Otra devastación sin límites, nuestra sangre para el aire. No es posible otra vez adorar a la nada que no escucha y ofrecer la voz, el corazón, el alma a su inútil aire. No quiero ver al hombre y su naufragio. No quiero ver mi cuerpo en los dientes de los peces. Pero si he de verlo, si he de verlo, que sea con la música del mar moviéndose en el fondo. Si he de verlo que sea en esta tierra, al pie de esta montaña, con el corazón fincado de esfuerzo, con el alma sedienta de justicia. Si he de ver la extinción de las flores que sea furioso como el abeto cercenado, insomne como una catedral marina, si he de verlo que sea peleando contra ese ángel de plomo de crimen y silencio.

¿Por qué perdí mi primera serenidad? ¿Por qué de pronto sentí el terror de ser? Camino por este sendero sin rumbo y me lo pregunto. ¿Qué cuervo vino a posarse sobre mi hombro, qué

imperio pretendí fincar en el vacío? Estoy perdido. No sé a dónde ir. No sé qué escribir. Y tengo una montaña por salvar, por narrar. ¿Dónde estás hombre que escribe en el espejo? ¿Por qué me has abandonado? Se rompió el prisma del sueño y quedé aquí flotando en esta ausencia del bien, ausencia del mal, en esta ausencia de la verdad, como una pura vacuidad errante. ¿Dónde estás hombre? No dejes que me arrastre la soledad, no dejes que los ojos se me llenen de tierra y de rocas. Hombre, no temo al oro, ni a la electricidad, ni a la humedad mecánica, ni al espasmo demencial. Déjame entrar a tus altas torres, hombre, por lo menos haz aquí abajo volar los pájaros. El sendero es turbio y sin nombre. Aquí no hay pasado, no hay tiempo, ni muerte. No hay espejos. Aquí, la montaña es como un limbo silencioso en donde flota espesa la neblina. Aquí es como un sueño cubierto de líquidos y pasto. De cuando en cuando me cruzo, dolorosamente, con otros hombres. ¿Son pensamientos tuyos? Nadie habla, cruzan la bruma anónimos fumando su cigarro, echando su humo de adentro al humo de afuera, como esperando. ¿Es el infierno? ¿Dónde estoy, hombre? Este oscuro Mictlán ahoga mis huesos. Aquí ya no hay simulaciones de pájaros, ni bullicio de centauros, ni estaciones de violines crispados, ni tristes santuarios de silencio. Ni un lazo. Ni un muro. Ni una oscura pista de nada.

Soy lo que eres, miro por tus ojos, camino por tus pies. Dentro de tu cuerpo residí como latido. Soy el sabor continente de tu boca. Soy tu pezón a la deriva, tus dientes archipiélagos, soy la baja estrella de tu ombligo y el calor entre tus muslos. Levántate hombre, anda. No pierdas el compás, el ritmo. Sigue el paso hacia la cima. La montaña es un viento que atraviesa el sueño y la vigilia, tu reino de pasos y voces y recuerdos, mi reino de soledad, de tarde en tarde y este cuarto. La montaña es también mía, yo tampoco tengo sextante.

Entonces estás dentro de mis ojos profundos.

Estoy a tu flanco, como anuncio del pueblo por venir.

¿Por qué estás sólo presentido?

Porque soy la mordida de una hormiga.

Yo soy el paso de los hombres al quejarse.

Eres una sintaxis, un oscuro misterio del idioma.

¿Mi planeta es sólo la sombra?

Eres una contemplación de vendavales, un cuerpo, una pupila.

Tengo un derrumbe en el pecho, llenándome los ojos de osamentas.

Por tus ojos yo me lanzo en pos de los prodigios.

Y mi carne es un fruto con hormigas, espuma a punto de ser piedra.

Por tu carne,

por tu carne,

por toda tu carne yo hago hervir la sal del mar. Pincho al sol con la mirada y dejo que su

sangre nos bañe como estatuas.

¿Por qué tengo tanto miedo de escribir? Todo se inmoviliza. Un hálito de sueño llena la alcoba. Me siento súbitamente mudo. Petrificado en el sollozo. El día está gris y ya casi cae la noche, pero no la noche: la densa bruma; la densa neblina. Desaparece la calle allá

afuera. Desaparecen las paredes aquí dentro. En esta desolación me sepulto. Camino por entre estas ruinas y no escucho música, sólo ceniza y llamas. A lo lejos se oyen llamas. Estoy en la montaña. Camino ciego y sin rumbo, colmado de terror hasta los huesos. Allá a lo lejos el fulgor del fuego desnuda las sombras. Se impone a la noche blanca de la bruma. Alguien grita. Es una hoguera. Alguien está gritando y alrededor del condenado los negros diablos bailan. Los negros diablos están bailando y cantando. ¡No, miedo no! ¡No, miedo no! ¡No, miedo no! Y los gritos del idiota que sólo sabe rezar inundan la página. La página que cae como el viento. La página en blanco. La página...

Doy un paso sendero arriba. Tengo la hoguera en frente. Miro a los ojos al condenado. Todo él entero es un matrimonio de cenizas. Es el Odín de la ceniza. Es la ceniza que cae lentamente en mi mano. Eso es el hombre: *sólo un poco de ceniza en la mano*. Y mi piel es el chicharrón sin nombre del desastre. ¿Qué hago ahora que me quemo? ¿Por qué yo también me estoy quemando? En la última muerte sólo sabemos rezar, vano rezo a la nada. Oración al vacío. A la blanca neblina del olvido. Eterna blancura del desierto de esta montaña.

Esta novela está acabando conmigo. Es un agujijón. Un ejercicio demente y funeral de nadie. Palabras salpicadas sobre la página, como salpica la saliva del que se quema. Es la sombra de mí mismo y la montaña es una alianza de alcoba. Ya no puedo escribir más pero tengo una montaña que subir. No puedo mirar más este desastre. Este desastre perdido entre la bruma. No es real el desastre. Es real el duro ascenso hasta la cima. Hasta el punto final que me deje libre. Libre por fin de esta alucinación sin límite de la palabra. Tengo que llegar. Sigo adelante.

Soy un rostro, una borrada identidad errante. He llegado al cementerio de los ídolos. Aquí se levanta el himno a las tinieblas. La aprendida muerte: aquí los cuerpos ya no desafían a las águilas. Pero aquí estoy. Camino entre esta ciudad arrasada hacia adelante sólo como un dócil resplandor. Como ermitaño, arcano. Lámpara en mano, con los pies descalzos, entre el pobladero de huesos, atravieso el tiempo y la muerte. Pero me detengo un momento: vuelvo la vista. Miro hacia atrás. ¿Qué hay hacia atrás? Un muro de silencio, la pura bruma blanca. Ya no estoy en mi cuarto. Estoy en el sendero. No puedo ya bajar de la montaña y mi acompañante ha muerto. Se quemó en una sola línea. Sigo solo. *Sólo el agua es humana.*

Aquí yace Altazor, azor fulminado por la altura.

VICENTE HUIDOBRO

Aquí yace Eduardo, antinovelista y chamán.

Aquí comienza campo inexplorado. La bruma blanca permanece. Levanto la lámpara, veo los antiguos ojos de la soledad humana como osamentas de caballos en la arena, como puños de sangre galopantes, como fiebres oprimidas, como estatuas que siguen mi paso con sus ojos, como palabras secuestradas, como fuegos huérfanos, como tierra robada. Camino por este valle de sombra y de muerte y le arrebató al aire la palabra. Dejo la palabra flotando en el aire y sigo. Acaso la voz tampoco tenga un cuerpo que la guarde, un alma que le tiemble. Acaso la sombra tampoco un perchero donde colgarse. O un árbol. Camino

entre este silencio de tumbas y poso los dedos sobre los ídolos, infancia del hombre. Sobre los ídolos enterrados en la tierra, olvidados en esta ausencia de alfabeto, en esta aurora, o acaso noche, blanca. El tiempo no transcurre, permanece quieto en su elemento transparente. Y los símbolos se disuelven en la bruma. Es un vacío de niebla. Un vacío puro de montaña donde ni siquiera la voz penetra. Se queda quieta como un perro asustado y luego se evapora. Está tan cerrada la niebla que el aliento se cuaja apenas expulsado y se queda flotando ya sin forma en el vacío. Quizá así se hizo esta niebla. Quizá esta niebla es el aliento de los muertos atrapado en este páramo blanco. Y de tanto tiempo y tanta distancia y tanto olvido se cuajó aquí para la eternidad. Por eso, quizá, escucho murmullos que flotan por ahí, y de repente salen como a ver quién camina. Pero cuando sienten el cansancio de la muerte blanca corren a esconderse al amparo de una piedra. Aquí no hay nada. Nada. En este camino sin orillas nada hay después. No hay otro lado. Pero la cima... Camino con las manos metidas en las bolsas del pantalón. No pienso. Escucho mi andar cansado por esta tierra. Pero la cima... Con la mirada intento buscar el sol, mas no hay sol, sólo una media curva que asciende hasta el borrado horizonte, y más allá, donde debería estar el cielo, un vacío inmóvil como boca de pozo anunciando la caída. Pero la cima... No hay nada más aquí que este oculto sabor amargo de batalla, de haber muerto y no morir. Camino. Sigo adelante. Mis pies se hunden en la tierra y dejan una huella sin forma. Y cuando dejo atrás mis propios pasos la tierra se cierra y borra mi huella, se la traga en su perdición de siglos. En esta montaña no hay nada. *A no ser por unos cuantos huizaches trespeleques y una que otra manchita de zacate con las hojas enroscadas; a no ser eso, no hay nada.* Tanta y tamaña montaña para nada. Para este andar penando con la voz a cuestras.

Dicen que yo estoy dentro de los hombres, dicen. Dicen que yo soy la que les muerde el estómago con el adiós; que yo soy la que les moja la cara de tristeza, la que les susurra las desgracias. Dicen que sólo existo dentro de los hombres, como vacío tenebroso hasta el fondo de sus huesos, como tumba que abierta y fresca anega de muerte sus jardines. Dicen que también es mío el placer de la sangre, de la carne asada al sol, de las tortillas y los chorizos; dicen que por mí matan a los marranos, a los hombres grises, que dentro de ellos también estoy. Que sacándoles el corazón, devorándoles el cuerpo me contagio a otros cuerpos; me contagio al sol. Dicen que es culpa mía que al despertar en la mañana tengan un sabor a tierra amarga en la boca, que es mi reino éste el de la carne densa, tan densa que le basta un día para apestar, para ser corrupta en las fosas. Pero dicen también que soy yo la que tiembla cuando miran ojos amados, que soy yo la que les ablanda el vientre y la que los une en su cópula y los multiplica. Dicen que soy yo, también, la que vive en los ojos de sus hijos. La que los hace florecer hasta el espanto del nuevo, del otro adiós, y la que los desgarrar de dolor cuando se mueren. Dicen que soy yo la que los condena. Yo, ésta que vivo dentro, la que habla ahora desde el interior blanco de este olvido.

Para el alba, para el alma, para la risa, para el deseo, para la tierra y el abrigo, para el cuerpo como mazo, para la niebla corriendo entre estos pinos, para el acoso del odio, para cientos de hormigas, para los días que no han concluido, para el sueño entre los dedos y porque no hay más qué fumar, porque los días y días pesan sobre mi espalda, porque la sombra se desentiende brutalmente de mi cuerpo, porque ya no habito una máscara enterrada, porque quiero y porque se me da la gana; por el absurdo, por el anillo del júbilo, por la sinfonía de las mariposas, por mis brazos, por mi madre, por tu coño, por la furia y las cenizas y la sed, por la prisa y por no dormir, por unas cuantas monedas, por el alba, por

el alma, por el deseo y la risa; sin tréboles de cuatro hojas, sin patas de conejo, sin orgasmos, ni anclas, sin fantasmas, sin esperanzas arrastradas peligrosamente, sin cabeza, sin índice y sin pulgar, sin ojo que embosque a la tormenta, escribo.

La niebla asciende lentamente de la tierra. Es como una súplica de muertos que danza un instante en la nada y después se pierde, se deshace como un aullido de sombra en el viento. Cruzo este lodazal. Las piernas me tiemblan de cansancio. Pero la cima... No puedo parar, no puedo. No hay una vaga mención de tierra, ni de un pájaro, los ojos avanzan y avanzan, se siguen de largo resbalándose *al no encontrar cosa que los detenga*. Y la carne aquí es como una leche que se pega a los huesos. Aquí sólo podemos hablar debajo de la sal. Yo y los muertos. Yo y estos dioses borrachos que se aglomeran pero solitarios, juegan distraídos con sus recuerdos que se forman a veces como cuchillos filosos y deslumbrantes. Viven en el rumor de la brisa, entre las cuerdas invisibles de la niebla. Ahí habitan ellos. Se tienden en los túneles secretos a esperar un amanecer que nunca llega y para dormir ya no encuentran su estatua. Los ídolos enterrados en la tierra están vacíos, ya no tienen alma. El ser que los habitó salió a buscar el oro y no encontró el camino de regreso. Ahora todos vagan en esta perdición de niebla buscando su cuerpo, y no lo encuentran... no lo encuentran... Soy sólo un andrajo humano que la eternidad ha retirado de la muerte.

Y doy un paso hacia adelante y el viento me acerca un sonido. Es un rumor espeso y nocturno que agita las ruinas. Estos fantasmas también lo han escuchado. Detuvieron sus charlas de pronto y se quedaron buscando la semilla de ese ruido, ahora por fin escucho el silencio. El verdadero silencio. Lo de antes era el griterío apagado de los muertos. Este silencio de ahora es una desnudez en el espacio. Sombras se alcanzan a ver entre la niebla, pero cuando las atravieso caminando se desvanecen sin quejidos, como una tristeza vieja de

pronto desechada. Casi resignados los monstruos se desvanecen, pero sigue aquel sonido allá a lo lejos. Los dioses muertos se han echado a dormir, a descansar su inmensidad de ceniza. Sigo el sonido que me trae el viento. Es como el latido de un corazón asiduo a la lluvia. Cabalga este misterio con una pregunta en sus labios. ¿Quién está allá a lo lejos que parece llamarme? Dice mi nombre. Me llama. Y el sonido tiembla en mis manos como una crucifixión. Cruzo la *puerta*. Ya sé que el dolor es un mensajero servil del infinito. Y el sonido se hace presente frente a mí como un cuerpo sin labios. Está todavía lejos, pero puedo verlo. Camina hacia mí. Se acerca lentamente, como si fuera mi reflejo. Es un cuerpo con una cicatriz en el rostro. Me mira a los ojos, tiene el templo derruido en los huesos. Es un muerto viajante y con él viajan los lamentos de la guerra, de los heridos de guerra y sus cánticos. Viene hacia mí. Está cerca, está llegando. El hombre es un centro oscuro con una cicatriz verdosa. Es una membrana cargada de templos y oraciones. Me mira dentro de los ojos como buscando alguna luz que lo colme. Pero por su reacción entiendo que en mis ojos tampoco hay luz para nadie. Soy una burbuja que estalla en silencio, un borrón de antiguas estatuas. ¿Quién es este hombre que me mira? Y el hombre se quita el antifaz y se abre el pecho para revelármelo. Es el hombre que maté. A este recuerdo de hombre yo le quité la vida. Lo había visto en la ciudad cargando a cuestas sus huesos. Su rostro era como mi rostro, sus manos eran como mis manos, pero él era otro y yo uno. Y el sonido de su voz, la imagen de sus movimientos cuando me lo encontraba en el transporte, en el parque, era una caricia de cadáver en mi frente. Y su sangre circulando absurdamente por sus venas era una mentira, un símbolo borrado por el tiempo. Su vida era una oración a la nada, repetida tercamente en silencio. Nadie más lo veía. Nunca cruzaba palabra con nadie. Y él fundó en mí el asco por la humanidad, pues para mí nada significan los hombres. Son una costra pegada a la tierra, la enfermedad de los héroes y los insectos. *Sólo un poco de ceniza*

en la mano. Un ritmo impreciso que camina y miente y ladra y muerde como una bestia dolorosamente confundida entre las estatuas. Él era una bestia perdida entre las estatuas. Y dentro de mí se extendía caliente la furia por la mansedumbre de su existencia. Y yo en silencio cuestionaba a dios. ¿Por qué no lo aniquilas? ¿Por qué no me aniquilas? ¿Por qué no exterminas esta suciedad que es el hombre, esta confusión de huesos y carne y llanto? Y sólo el silencio respondía. Y a través de la imagen de este hombre me adentré en la noche oscura del odio. Y ahora que me mira su figura espectral sin labios recuerdo la noche en que lo seguí por un callejón con un cuchillo en la mano. Su sombra se perdía por entre las sombras. Y por un momento pensé que seguía a un fantasma, o a un recuerdo, o a mi propio reflejo, pues el sonido de sus pasos se entrelazaba con el de los míos y su sombra era también mi sombra. Pero llegados al fondo del abismo el espejo se rompió y me reveló la podrida forma del otro: un ser hundido de pensamientos y rumores, vestido pobremente con pantalón y zapatos negros, chamarra y una gorra sucia; barba negra, larga, encendiendo un cigarrillo. Y entonces sentí una enorme fe por mi cuchillo. Me acerqué a él silenciosamente, pero me delató el humo. El hombre volteó y dijo.

—¡Por favor, no me mates!

El cigarro se cayó de sus labios.

—¿Y por qué no? —le respondí.

Y le hundí el cuchillo en el vientre hasta donde le cupo. Ahí se lo dejé. La sombra del hombre cayó al suelo bañándose de sangre. Y una tristeza podrida cayó sobre nosotros, sobre ambos, ahora lo veo. Y mientras el viento de la muerte se lo llevaba, se lo llevaba, vi el cuchillo brillar en su vientre, como una culebra que lo mordiera. Me acerqué a él, a esa

conjunción de nervios y articulaciones y grasa y huesos y le saqué el cuchillo y se lo hundí en el corazón. Y como en un chasquido de dedos se perdió en el tiempo, en la nada. Esa noche estaba lloviendo. La sangre se confundió con el agua.

¿Ya despertamos? Córrete para allá, Lucas, hay más cama. Me pasas tu dolor.

—Tú tienes algo que me pertenece —dice el hombre, escucho su voz que flota como el humo del incienso—: Morir fue como hundirme en un estanque. Uno muy tranquilo, pero hondo. Quisiste destruir las sombras y no encontraste sino tu reflejo. ¿Por eso decidiste matarme? Cuántas veces, cuánto tiempo te preguntaste si aún vivía. Y mira ahora, mira bien tu reflejo aquí dentro. Me dejaste como un guijarro en el fondo de un lago sin corriente, llenándome de musgo, sin tiempo para llorar, sin tiempo para el perdón; me quedé aquí sentado en medio de esta niebla, esta densa y extraña niebla que no se disipa nunca, prendiendo cigarro tras cigarro, esperándote; caminando por los parques, por los estacionamientos. Pues esto es una ciudad. Los muertos estamos aquí abajo en la ciudad. Y no hay luces, no hay ruidos, sólo murmullos que flotan como recuerdos de nadie. Mírame ahora, mírame bien —y con su mano espectral, carcomida por la niebla, me abre el pecho. Mete sus dedos a mi carne y remueve los volcanes. Dentro del fuego hay una piedra de basalto, de obsidiana—: Es mi alma —dice el hombre y se la lleva cargando en la palma abierta de su mano. Es una piedra diminuta que sale volando de pronto como una paloma negra perdiéndose en la nada. El hombre cierra los ojos y se desvanece. Su voz en el eco me dice finalmente—: Sigue adelante. *El viento rasga. Ver duele. El cielo es otro abismo más alto.*

Si te dijera, amor, que jugamos, pero no jugamos; que estamos, pero no estamos, que hablamos con la voz muda de los recuerdos, pues estamos soñando. Los hombres son el sueño de los muertos, turbulentos hombres cuando turbulento el sueño de su muerto. Pero los hombres también están soñando. Nosotros somos el sueño de los hombres. Y todos, todos, estamos muertos. Hablando, soñando, recordando en medio de esta niebla densa y mágica, aquí en la blancura de la muerte donde el humo de los cigarros se pierde en el aire como nuestras palabras...

Escribir es hablar por los dedos. Depositar cada letra en el tablero, cada bala en el paredón. Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis balas, seis palabras. Escribir con relativa lentitud. Olvidar las cosas. Escribir y sentir que un fantástico tren se anuncia a lo lejos... y olvidar las cosas. Escribir con tiempo sin culpa en el error. La noche no puede ser sino oscura. Escribir y esperar el tiempo de amanecer. Escribir y dejar ir el tiempo, y dejar ir el tiempo...

El camino se ha vuelto un sendero de rocas, de piedrecillas celestes. Como fragmentos rotos de otro espejo. La niebla cede y mis ojos se adelgazan. Vengo con mis pasos, vacío de pasos; con mi nombre, anónimo; con mi muerte, destino de polvo, colgando del puño. No hay murallas pero antorchas brillan no muy lejos. Veo su resplandor penetrando la bruma. ¿Dónde están? Una gota de música oceánica cae en mi frente. Escucho otras gotas caer en la tierra, estallan y su música se libera de pronto, como guiando mis pasos. No llueve. Es seco este páramo. Pero aquí la sed no existe. Existe en cambio una tierra flotante: un ardor de nariz, fuego como bajando por la garganta; y un sabor de tierra en la boca. Pero de tierra henchida, jugosa de ciruelas, jugando entre los dientes. Saciando la sed, el hambre. Voy con mis pasos. Marcho con este ritmo aéreo de suspiros, y sigo mi camino.

Hay un hombre parado allá enfrente. Y la fachada de una casa se advierte tras la niebla. Me acerco vacío de mí, y el hombre es un viejo y el viejo me recibe, sus barbas son de humo. Viejo, viejito santo, dame otra memoria. Otro instante de mi carne, dame otra palabra y otra música, dame otra puerta ¡nueva centella! Viejo morador de aguas, calma de los huéspedes, toma en tus brazos mi cadáver. Recíbeme que te busco. Viejo, viejito santo, tengo una grieta en el corazón, una rajada de lunas en la sangre. Las flores se marchitan en mis manos; sáname, viejo. Yo pido una muerte viva, una eternidad ancha que me dure todos los tiempos del tiempo. Yo nada tengo, *todo lo sufro en este instante en que mis ojos arden en el espacio ciego*. Viejo, viejito santo, abre la puerta que traigo pura eternidad en el alma y un cuerpo que se derrumba en el espacio. El viejo toma mi mano. Me suspendo en el tiempo. Soy humo blanco. Humo de marihuana flotando en la nada, en la noche, y entro al templo. Y el templo es un instante doblado hacia adentro.

Éste es el sonido del agua. Éste el silencio del agua. El agua se despeña entre las piedras. Me estiro como río, mis brazos reverdecen, mi pecho canta. Mi boca está saciada. ¡Cuánta sed! Cuánto rodar en la pendiente y llegar a esta orilla de río. Cuánto esperar en silencio. El rumor del agua es de palabras. El silencio del agua es palabras. Las rocas son palabras y el río es palabras. Solo yo soy el silencio. Este real silencio de agua. El agua y el olor de las hojas. Los altos sauces y el hierbajo. ¡Ah, río! ¡Ah, agua! ¡Ah, qué explosión de agua, qué cascada! Y suspiro en un azul líquido, en un azul quieto en la dimensión, sostenido como una nota de agua. Y el azul entra por mis pies, sube mis piernas como cocodrilo, mi espalda como un maguey que se desdobra, y entra en mi cabeza. Explotan mis ojos de azul y no hay revelación. Es un temblar eterno en el espacio. Un azul sin fin, dando vueltas en sí mismo para siempre. El agua, ah, *qué agua tan agua*. Y la montaña ríe con ojos irritados y su

perfume asciende por el pasto y se evapora en el aire. ¡Y el aire! Qué aire tan barrido de imperios, qué aire tan exacto de magueyes. La alta hermosura del tiempo. Me rindo. Acudo a la verdad y ante ella enmudezco. A la marea de la verdad me suelto. Soy un canto de agua. Mi corazón se detiene. La piedra se aleja. Los insectos reptan en la tierra, después se pierden. Se funden en la negrura del descanso. Y éste es el descanso. Esta tumba de tierra húmeda, apisonada sobre mí por los chamanes, por los perros, por los insectos. Éste es el descanso. El oro puro de la muerte. Escucho un eco de cigarra y en el instante me detengo.

Word of words, measure of all measures

Blessed is the name, the name be blessed

Written on my heart in burning letters

That's all I know, I cannot read the rest.

LEONARD COHEN

Como soñando te recuerdo. Como un olor de hojas quemadas te recuerdo, como fumando. Pero no hay figuras, el recuerdo es como el humo del cigarro estremecido por la brisa. Fumo. Escribo y te recuerdo. Cuántos años tiene que no te veo. Pero te recuerdo caminando en el centro del paraíso. Te recuerdo como un estruendo, como un estandarte. ¿Dónde estarán enterrados tus huesos? *Y de pronto el recuerdo está volando. Ya está fuera de mí. Ya no soy el mismo. Ya nadie es lo mismo.* ¿Quién serás ahora? ¿Te reconoceré al filo del precipicio, al inicio del tiempo, al final de este sueño de humo? ¿Serás radiante como un

cuerpo, alado como un insecto; serás dócil como el agua, serás una suma comprendida de momentos; serás un respirar de sales en la noche? O serás el peso en el aire, la huella del cangrejo en la arena. ¿Serás un hombre vivo, o un vegetal? ¿O seré yo el colmillo del león, el escalofrío? ¿Seré yo la pestaña que sangra; el jugo de las naranjas? ¿Seré yo como el movimiento de las hojas en los días de libertad? ¿Sabrás reconocerme? ¿Quién seré yo en la otra vida? ¿Por qué todavía en este centro de sol estoy ciego? ¿Por qué no puedo ver el mañana? ¿Por qué no puedo estar en todos los tiempos? ¿Por qué me he ido? Y el sueño cae como una lágrima y el recuerdo. Y desfila lento frente a mí el río sin principio ni fin, dándole vueltas al tiempo. Y esta orilla de río en el crepúsculo es un consuelo. Las gaviotas cantan. Están volando allá a lo lejos. Quiero volar con ellas. Quiero volar con las gaviotas.

—Espere, hombre —vuelvo la mirada. Un joven me mira. Un joven muy humilde que sostiene una escoba entre las manos—, antes tiene que barrer el templo.

Los ojos y los brazos y los pies y el rostro y el culo, todo es fuego.

La novela habita en los hombros, y en la mano derecha y el pie izquierdo. La novela habita en los pechos alegres; la voz caliente. Habita en el fastidio de la calle. En el canto del ciprés y la brisa de la tarde. La novela habita en el frío de los domingos. En la atmósfera del plomo. La novela habita en la voz. Y en los vecinos y en la sonrisa y en los labios. La voz está de viaje cargando nostalgia. La voz está secándose la cara. La voz está en el árbol, en las pestañas de todos los que nacen. La voz está sucia de mediodías, hay que tener la voz un poco rota para cantar. Esta novela está loca por la poesía y tiene el cabello mojado. Esta novela habita en mis hombros, en mi mano derecha y en mi pie izquierdo, y en tus pechos

alegres y en tu voz caliente y tu cabello mojado. La loca poesía, Mondragón lo dijo. La loca novela.

A free man is always a king.

Ancho es el hondo mar alto, el callado mar profundo.

Un piquete de abeja es el testimonio de un reino.

Las gaviotas se funden en las nubes. El alto espíritu sopla sobre las aguas. Se desvanece el pasto tierno, y las nubes, y los cabellos oscuros y el crepúsculo. Se desvanece la escoba entre mis manos y se desvanece el paisaje, como despertando, como entrando en foco. Pero permanece el templo en blancura, y permanezco yo en la blancura, y permanece el joven en la blancura. ¿Quién es este joven de rostro agradecido? Por el sereno manto entreveo el silencio. Pacífica ofrenda y su fruto. Y la sonrisa en los labios. Esta ofrenda de silencio es un cuerpo. Este fruto es un cuerpo. Este naufragio en la tarde es un cuerpo. Y este cuerpo frente a mí es un hombre. Y este hombre es joven, hace mucho tiempo fue un viejo. Y mientras se desvanece el tiempo entre nosotros el hombre apunta hacia el nuevo horizonte.

—Ya has terminado —dice— ya vete. —Y su dedo quieto me conduce hacia un paseo higos y tierra blanda.

—No quiero irme, mi patria es este templo pisoteado. No quiero irme, viejo, viejito santo, hágame su discípulo.

Y el joven, hace mucho tiempo fue un viejo, me impide seguir hablando. Me cierra la boca con sus dedos de humo.

—Sigue adelante. Te llama la montaña. El rey te espera. Tienes que encontrar al rey. El rey está al final de ese sendero —su dedo apunta hacia los higos— el rey te dará vino y tartas, y te dejará nombrar un árbol. Y serás pastor y oveja, y jugarás con el viento como si fuera una caja de música. Cuando llegues con él *ayudaras en la vendimia y recogerás el escorpión que se oculta bajo la piedra blanca*. Cuando llegues con él tendrás amor, y a tu amor podrás ofrecerle cantos y rebaño. Ve con el rey, está en Tar. En Tar *conocerás la eternidad... y veras el pájaro que cada 100 años bebe una gota de agua del océano*.

Y el viejo, el joven, se esfuma por fin en el aire. Y el templo ido y la blancura ida. Sólo hay luz aquí, un nombre para cada cosa, y una cosa que se llama tierra y una cosa que se llama sendero y una cosa que se llama árbol y una cosa que se llama higo. Y el sol es ancho, calienta este mundo solitario. *Baña su generosa luz todas las cosas*. ¡Las cosas, los nombres, voy a nombrarlos! ¡Los higos, voy a comerlos! ¡Ah, los higos! ¡Ah, el fruto! Una explosión sin ruido hace volar a los pájaros. Son estos frutos. Es su calor de sangre imaginario. Verbo. Estos frutos son el verbo. Palabras. Estos frutos son palabras. Y mis palabras son jardín y abeja. Mano. Mi mano colmada de destellos, casi amargos, es un cuerpo. Ya no vestigio sino gota. No silencio sino verbo. Mano. Mi mano impenetrable. En ella subyacen venas y mapas. Sangre y frutos y palabras. Mi mano; no debilidad sanguínea sino raíz. No espejo sino muslo de playa. Sal. Arena. Garza. Mi mano y su palpitación. Mi cuerpo y su vuelo de abeja. Este sendero y sus palabras. Sigo adelante. Soy una abeja que vuela en el jardín. Yo soy el testimonio de un reino.

Eres como la tierra, sangre. Eres como la tierra, manzana, pera; eres como la tierra, tersa memoria, madre. Madre y flor y semilla. Antes de ser semilla, cuerpo. Madre, eres como la tierra. Pétalo abierto y pechos. Das los pechos así respirando. Latido y canto y humedad.

Gusto. Tacto y sal y pechos. Trago lento de leche es la muerte y negro canto eres, madre. Semilla y apetito. Cuidado fundamental. Cuna del mundo. Tierra y vagina y semilla. Abundas fecunda tremebunda furibunda. Vaca, oveja. Cavidad, madriguera. Tierra. Eres como la tierra corazón del mundo. Presente gravitando y mundo. Mundo y fruto y hambre. Eres trigo y centeno y boca y mar y todo. Cielo. Madre, has creado el tiempo. Tu preciso andar de loba es jaleo y danza. Fuego único en la piedra: *tiempo antes que el principio*. Rabia. Baile. En tus piernas tiembla el significado del tambor. Latidos y tiempo y canto. Tierra y sangre y volcán, puño mineral, madre. Transparencia de gruta. Corazón y pájaro y jungla. Tierra. Tierra, eres la madre. Trago lento de leche madre eres la tumba.

Cuando llegues a Tar comprenderás la vida y serás gato y fénix y cisne y elefante y niño y anciano y estarás solo y acompañado y amaras y serás amado y estarás aquí y allá y poseerás el sello de los sellos... y a medida que caigas hacia el porvenir sentirás que el éxtasis te posee... para ya no dejarte... más.

Contemplo desde aquí el sol. Es una ventana por donde se asoma ¿quién? Es un sol desnudo que amamanta los higos. Y el pasto verde se mueve suavemente con la brisa. El sendero es allá enfrente. Caminando por aquí llegaré a Tar. Contemplo desde aquí el sol. Es un sueño de perdón que revienta las alegrías. Revienta el pecho y revienta las nubes y el cielo desbordados de risa. Y el mar que aquí no está pero que se siente es una creación del sol. Contemplo desde aquí el sol y no me extraña el mundo. Las mariposas dan la cara y brillan las campanas de las hojas. Es desierto el sol y un aire nuevo. Todo sabe a ojos de sueño y el sueño es un hormiguero que multiplica los insectos y los colores. ¿Cuándo acabará este sueño? Esta montaña es una pesadez en el alma sin embargo. Contemplo el sol desde aquí y me rodeo de peces. De sales y algas minerales. No sé qué quiero decir. No sé

tampoco el sol a solas a secas su danza de rocío. Tampoco sé el sí o el no del viento ¡pero cómo! Una flor tocada por la luz es un grito. Sólo es cuestión de esperar. Los pájaros son una aparición, el centro del corazón es un relámpago. Un pie, después el otro, paso tras paso como hormiga cacareando. Como gallina reptando en el hormiguero. Un andar y un andar y un andar. Y qué veo: veo lo mismo y lo mismo no es después de todo lo que yo quiero decir. Yo quería decir que contemplo el sol desde aquí donde camino. Y no hay hora para ver este sol porque es un sol fijo sobre el tiempo. Este camino, pues, es camino a ningún lado. Como un río dándole vueltas al tiempo. Como una luna brillando y no brillando, esforzándose sin esfuerzo, a media curva del horizonte sin horizonte dándole la cara al sol su contrario. El sol desde aquí es una molécula. Los pájaros vuelan fascinados, los pájaros de mis ojos, dentro de mis ojos, volando frente a mis ojos fascinados. Contemplo el sol y la vida me palpita en las entrañas.

Había que esperar. Cerrar la puerta y esperar. Ser el anciano con la llave en la mano. El viejo que no desea caminar ya más y se mira en el espejo para despedirse. Había que esperar a la flor y a la paloma, la pasión es siempre una soledad de árbol, y regresar a uno. Al tiempo uno del alma, donde crecen los fantasmas, y rugen las playas y ascienden las mágicas brumas y pesan las montañas. Había que sentir ese peso y sumergirse en la jaula. El espíritu es un mar de oro. Y el alma es la luz del oro y el sol. Y yo soy el espacio blanco que los contiene. Que los guarda con hilos de hombre. Que los entreteje con dolores para tenerlos más adentro. Había que esperar y sentir al triple dios golpeando la puerta. ¡Ta, ta, ta, ta, ta! Había que sentarse y ser uno y siete, ser uno y nueve, ser uno y uno, y uno y otro, y otro. Y ser otro. Había que sentarse y esperar la muerte y ser otro. Y siendo otro ser el uno. Y ser el corresponsal. Y hacer el trabajo y no caer en la ceremonia. Había que sentarse

y ser el fuego de la oración, ser el fuego del canto, ser el fuego del oro y ¡ser el fuego! Había que sentarse y ser fuego. Desnudar el cuerpo, quemar la ropa. Ser fuego, ser fuego y aire, ser aire y llama y agua. Ser agua y llama y aire y tierra. Y ser fuego. Ser aire. Ser tierra. Y ser agua. Había que esperar a ser. Esperar el canto que es la lluvia y ser la piedra que rompe el agua. Y ser el rugido del agua despeñándose. Había que sentarse y ser, pero escribirlo.

Cuando llegues a la ciudad de Tar conocerás el amor y te pasearás a caballo con un halcón sobre el hombro. Cuando llegues a la ciudad de Tar nunca más caerá la nieve sobre las calles y no morirás solo.

Camino por este sendero de higos y no hay sombras. Siento un roce de árbol a mi costado. Todo se mueve lento en este campo azul y todos los olores se desprenden del pasto. Es hora de caminar y camino. Huelo la flor silvestre. No se mueve el aire y el sol es una palabra alegre que deja su sabor en mi boca. El mar pregunta si es difícil la hora desnuda de la arena. Es el mar que no está pero se siente. Pregunta y yo aquí respondo: la hora desnuda es un parpadeo de agua en los ojos. Camino, no tiemblo. Voy en paz como reptil. Como iguana alegre. Es inocente el ojo que mira este campo, pero recuerda. La memoria nace con la aurora y nunca se desprende. Queda adentro como un primer ruido y tiembla en cada época como un eco. ¿Recordará el eco su trayecto? O cada voz repetida es también nueva. No lo sé. Pero camino y recuerdo.

El sol se nutre de garzas y ondas. Voy a decirlo ahora: todo está en armonía. El sonido de mis pasos crujiendo en esta tierra tibia y blanda. El viento que no cambia, que sopla en círculos, que no sopla sino parpadea. Los higos vibrando en sus ramas. Y las ramas y sus

hojas. Sus hormigas minúsculas. Los reinos enteros, diminutos, que guarda este campo. Todo. Todo está en armonía. Es decir nada se mueve. Lo veo ahora. Este jardín es sólo una ilusión que tiembla en mis ojos. No hay jardín. Este jardín no es real. He dado un millar de pasos y no he avanzado. Sigo aquí, caminando en un sendero que no se mueve. Estoy fijo en este punto de infinito. Soy el centro equilibrado del sol. Yo soy lo que está vibrando.

El jardín se desintegra de pronto. Estoy en un salón oscuro y frente a mí un marco de oro. Es un espejo. Es un espejo de agua en donde el tiempo va muy lento. Y en ese espejo estoy yo. Pero no yo. Es el hombre del callejón. Pero no él, es el viejo de las barbas de humo. Pero no él, es el joven de la escoba. Pero no... es mi reflejo. Pero no mi reflejo. Es un sueño de rencores. Es una tierra de cicatrices largas y ojos inocentes. Es una muda tribu de guijarros que antes eran peces. Es un terreno sostenido de resplandores, pero apagados por qué odio, qué pasado. Es el sueño terco de los hombres: creer que no son hombres, y por ello lastimarse. Este espejo es un velo a los ojos. Pero ya no más. Que sobre el frágil navío caiga el apocalipsis. ¡Rompo el espejo de un puñetazo! La oscuridad se abre. Se me revela el otro. El desnudo hombre y su barba negra. El que vi en otro tiempo en un callejón oscuro y fumaba; pero ahora desnudo. Es él. Es mi amigo. ¿Hombre, dónde has estado? ¿Muchacho, dónde has estado? ¿Viejito santo, dónde ha estado? Tomo al hombre entre mis brazos y lo santifico. Lo amo. Porque somos unánimes. Una sola alma es la nuestra. Porque compartimos la carne, la sangre y el aire. Porque compartimos los frutos y una misma muerte.

—Hermano humano, ¿dónde has estado? —él, mojado todavía por el rocío de oro, me mira.

—Estuve de pie en el espíritu, escuchando los hondos pasos de la creación. Estuve esperando el tiempo de volver a ser; y era espléndida la exclusión, pero la vida pilar del cosmos me llamaba. Estuve esperando la hora del renacimiento. Y volví. Y fui roca y aires. Fui explosión celeste y polvos vitales. Fui transformación: el mágico centauro que navega los tiempos y se posa en la atmósfera del mundo; y vértigo y ensoñación. Y fui la gota cósmica que cayó del hisopo inagotable al desierto de mi mano. Y entonces fui semilla y hoja y árbol. Y fruto y huesos. Y pájaros y peces y viento de criaturas. Hasta que volví a ser hombre. Y cuando fui hombre me dijeron que tenía que bañar a otro hombre. Y te encontré.

—Hermano humano, ¿quién te dijo que tenías que bañarme?

—Tú, tú me lo dijiste, pero ya no recuerdas cuándo.

Convoco a la sal, a las blancas dunas, convoco al pedernal, al basalto; a la creación que está de pie. Convoco al fuego, al cuerno mágico y al limbo interior. Convoco a los setos de amapolas y al agua; a todas las esmeraldas del mundo, a las garzas, a los pelícanos y a los jabalíes; a las tortugas, a los ciempiés, a las panteras, a los uyús. Convoco a los vientos terrestres, a las figuras gigantes del alba. Convoco a los efímeros quejos, a las luciérnagas. Convoco a toda criatura ande o repté, a toda noche a todo día. Dos hombres se van a dar la mano, compartirán su herencia clara.

—Hermano hombre, abrázame.

Y le doy un abrazo a mi reflejo. Hemos conciliado los muñones. Y de su frente caen gotas doradas, gotas de una corona líquida, pues él es el rey. Y celebro los géiseres, los talismanes, ¡los astros de bolsillo! ¡El siroco! El éter del espacio, el quiebre en mi rodilla. ¡He encontrado al rey! ¡He llegado a Tar! Celebro las fisuras, las rosas podridas. ¡Aleluya!

¡Aleluya! ¡El otro es rey! Ya no está solo el mundo. ¡Que se acerquen los horizontes: el surtidor se eleva muy alto! El rey me mira, sonrío.

—A Tar no has llegado aún. Te faltan muchos milenios. Y yo no soy rey, soy sólo un espíritu intacto. Una sola letra del primer alfabeto. Soy palabras, tus propias palabras. Pero a Tar no es imposible llegar; sigue el himno que sopla en el aire. Todavía puede escucharse. Sigue su rastro: es sólo un ala invisible de luz. Tar está en la cima de la montaña.

—Pero cómo, a dónde si no puedo ver. Estuve perdido y ahora estoy aquí. Y ya no tengo más fuerzas, *estoy derramado como aguas, y todos mis huesos se descoyuntaron; mi corazón es como cera derritiéndose en medio de mis entrañas*. En silencio se ha secado mi vigor y mi amargo paladar es el polvo de la muerte. Pero dónde, pero cómo. ¡No, rey! Hazme tu siervo, hazme tu guerrero, dame tu yelmo, tu escudo y tu espada. Déjame ahora morir por tu palabra.

—No morirás, sigue adelante. El rey te espera —mi reflejo estira una mano y con el dedo apunta al sendero: montaña arriba. El camino de higos y tierra blanda, pero ha caído la noche—: Tienes que llegar a Tar, *y cuando llegues a Tar tendrás una corona de oro líquido en la frente y poseerás la llave de todos los laberintos...* Sube cuanto puedas, escala. Tar está repleta de jazmines, de uvas y dulces. Los animales mueren en paz y los dioses pastan tranquilos en su monte. Sigue adelante antes de que caiga sobre ti la niebla. Sube la montaña, ¡vete! Allí encontrarás al rey que buscas.

Mi reflejo se esfuma en el viento. Sopla el viento tibio y noche. Ha caído la noche y los higos no se mueven. No van a moverse. Voy hacia la cima de la montaña en este camino de cristal. No hace frío, la sangre es fiel a mi cuerpo. Voy a comer los higos, ellos son la

sangre de esta montaña. Beber la sangre, beber la sangre. Transfigurarse. Ser el tambor batiente, el ritmo de la noche y la montaña. Regresar de golpe al camino vacío ya de tormentos. He liberado a mis muertos. He redimido al asesino. ¡Que caigan las sábanas blancas de este mundo! Celebro la belleza que lo encierra todo. Entonces qué sigue, qué más ahora que soy libre. ¿Por qué no me evaporo? Tengo que apilar todas mis palabras y prenderles fuego. Que este fuego ilumine la noche y el sendero. Tengo que seguir escribiendo. Tengo que seguir este sendero de higos y tierra para verlo todo.

You are excrement.

You can turn yourself into gold.

THE ALCHEMIST

En este cuarto hay una paz de árboles que no se evapora. Está aquí flotando mientras fumo. Pienso en la tierra de mis padres. En su muerte. Alrededor de una palabra semejante no crece ninguna flor. Pero la muerte, la verdadera muerte, es una flor. No la palabra. La palabra muerte es hueca y sombría como una osamenta. Pero la muerte, la verdadera muerte, es un verlo todo y no soñar. Una vigilia frágil de pétalo, pero vigilia al fin. Escribo la palabra muerte y en ese instante ladran los perros en la calle, se levanta el viento y se elevan las tapas de los tinacos. Se van aleteando hacia el remoto cielo. Y el cielo es gris, se ilumina de relámpagos de repente. Y los cuervos negros de los techos vuelan hacia la tormenta sin detenerse. Vuelan y vuelan y se pierden, se desvanecen en el horizonte, en la

llanura cósmica. Y yo me agarro la cabeza para que no se me vuele el sombrero. Pero no tengo sombrero. O quizá sí lo tengo. Sí, sí tengo un sombrero y lo agarro para que no se vuele, pues la casa se está elevando. Las ventanas estallan, ¡entra el aire y vuelan los libros! Las hojas en blanco como mariposas enloquecidas. Pero es el aire el que nos levanta. Los truenos retumban, se agrietan las paredes y los antiguos moradores alacranes salen a oler el viento. Se deshace la casa, su pasado de sombra. Y nos vamos volando hacia la tormenta con los cuervos. Oigo la lluvia. La lluvia que es como una escarcha. La escarcha que es como una centella. La centella que es como una vibración. Lo siento todo en el cuerpo: el vuelo, la lluvia, la centella, la vibración. Y se vuelve líquida mi sepultura. La honda tumba del pecho se me vuelve lágrimas. Una fosa llena de agua por la lluvia. Y crecen en un instante las rosas y las rosas se deshacen con la lluvia. Es una inundación de tumbas. Vamos a inundarlas esta noche. A sellarlas de agua y de palabras. Se sellan las tumbas y nace el mar océano. El mar antiguo. Y como si todo lo anterior hubiera sido un sueño, un no ver el mundo, la tormenta y los cuervos y la casa volante desaparecen. Queda sólo frente a mí este mar silencioso. Vivo. Este mar azul, tan denso que es casi carne, y su lenguaje de memorias. No le temo a este mar, pues este mar es mío. Yo lo he creado. Y mis ojos se colman, se desvisten ¡cómo no tener los ojos tan desnudos ante el mar!, y se limpian. Las lágrimas me saben a sal. Veo volar a dos palomas blancas en el horizonte.

Floto aquí en este mar a solas sobre mi balsa de palabras. Nada me ha quedado del pasado. Sólo un suspiro polar en el alma. Me lleva la corriente, paso mis dedos por la superficie del agua. Siento la sal. Está fresca el agua de este mar. Y el dibujo de mis dedos sobre su rostro es como un surco para que caigan las semillas. De dónde, de qué cielo caerán las semillas. No naufrago a prisa; quiero decir: la corriente que me lleva es suave. Y mi cuerpo es una

carne vibrante que estalla de sol. Esta balsa que me lleva es como una cama. Miro a los lados de mi cama y está el mar. ¡Así que me aferro! Me aferro a mi cama como si fuera yo el capitán; ¡qué digo! ¡Yo soy el capitán de este barco! Y me pongo de pie y voy sobre el viento, surcando las olas, salpicando a los delfines. Porque hay delfines que me acompañan, que saltan al aire y mojan el tiempo. En esta cama de palabras voy a pie. Me aferro al mástil y apunto mi dedo hacia el horizonte. Y apunto para allá y el barco hacia allá va. Y luego hacia otro lado, y hacia el otro lado va. Izquierda, derecha, voy zigzagueando en este mar. Voy cortando el tiempo. Marcando la página blanca, una y otra vez, una y otra vez. Yendo a Ningún Lado, corriendo sólo, por la real gana de hacerlo: por sentir el viento en la cara. Pero este mundo de puro mar también es terrestre: me acerco a la falla: siento la curva de la tierra, y voy más rápido, más al fondo, cada vez más rápido y entonces sí se me vuela el sombrero y me deja atrás el sonido, y me deja atrás la luz, y me deja atrás el todo mar y llego ya casi por fin a la cascada, a la falla del tiempo, al final del párrafo, y caigo. Punto. Remate a la máquina de escribir: nueva frase: este nuevo tiempo, este nuevo enunciado me ha traído la noche. Y sigo aquí en este mar con mi balsa, voy nocturno y los ojos me brillan en la oscuridad. Allá en el hondo fondo de este mar alto, late el corazón del hombre. De un hombre. En el hondo fondo de este mar alto late mi corazón. Mi corazón de hombre. ¡No tengo miedo! ¡Soy un hombre y he resistido el mar! Me pongo de pie en mi balsa y grito al cielo: ¡No tengo miedo! ¡Soy un hombre! ¡Estoy escribiendo! Mar, ¡responde, dime mi nombre! Y mi nombre es Eduardo y ésta mi noche de mar. Una novela. La noche es larga y ya suenan las guitarras. Espero. Espero el día con los ojos abiertos y dando las gracias, infinitamente las gracias. Veo a las estrellas trinar su muda melodía.

Pienso en este mar a solas y el agua me mece. Del agua se levantan humos violetas, pero no humos, hilos violetas de éter que son como listones. Son las criaturas rítmicas, escucho sus suspiros, sus latidos de criaturas. Pero están festejando. Se levantan de sus reinos oscuros de agua para celebrar esta luz blanca, esta luz blanca, restallan sus látigos y vibra su música también en la tiniebla. Porque hay zonas de este mar que siguen a solas murmurando. ¿Qué murmura el mar a solas? Murmura su honda noche: lo escucho respirar tranquilamente, y rezar para sí mismo todas las cosas que son suyas. Y las palabras del mar son esas criaturas púrpuras, esas lenguas son su lengua. Me lleva suave la corriente. De pronto el mar guarda silencio. Se esconden los peces. Atravieso en esta balsa el naufragio, voy lento sobre el mar oscuro. El mar se abre y su boca va a tragarme. Pero no es la boca del mar, es el ojo del mar. Y en el centro de la pupila del gran ojo estoy yo. Este abismo de ojo soy yo. Y las coronas y las guirnaldas del ojo desnudan su música. Es una sola música que tiembla en el aire, como una cuerda que da una sola nota pero es una música entera. Y así habla el gran ojo del mar, en su frecuencia azul. El ojo despliega su arpa de colores: y es la música azul y la música rosa, y la música amarilla, y la música verde y la música morada, y la música roja. Este mar es arcoíris entero. Este mar es un ojo y este ojo es un arcoíris. Una nota de música sostenida mirando hacia el tiempo, atravesando el tiempo y de ella, ante él, se sostiene todo como una gota de agua. Este mar es una gota de agua. Cae una gota de agua, una gota de agua. Cada gota de agua es un mundo hacia el cosmos, un suspiro del hisopo inagotable hacia el espacio. Y yo, hasta el fondo de este mar alto, al principio y al final de todo, estoy; soy el centro. Me veo expandido en el cosmos, vibrando en tres colores a través del tiempo y el espacio, con los brazos extendidos, como explotando. Como siendo todo y tanto y siempre para siempre.

Soy la descomposición de la luz en una gota de agua. Soy doble, cuádruple, séxtuple, óctuple. Soy décimo, undécimo, duodécimo. Soy todas las frecuencias aquí y ahora explotando en un cerebro, dentro de un cráneo blanco de hueso mineral. Y este cráneo blanco de huesos minerales es arena, es mundo vuelto polvo, lluvia cósmica y estrellas. Y también soy la gota de agua. Soy la música tenue del mar, el descanso del espacio, soy el sueño. Soy esta palabra saliendo hacia el vacío. Yo soy el génesis. Yo soy la totalidad. Y el primer testamento, y el segundo testamento, y el tercero, y el cuarto, y el quinto, soy también el sexto testamento y el séptimo, soy aun el octavo y el noveno. Soy las nueve palabras de la luz, mas no la luz. La luz no me pertenece. ¿De quién es la luz? ¿De dónde viene la luz? Sigo navegando en esta balsa. El gran ojo parpadea, se cierra de pronto, y todas sus criaturas duermen. Las estrellas vibran y el cielo no me oculta nada. Puedo ver al fondo del cielo al otro yo, el otro extremo de mí: un hombre escribiendo. Y allá en su reino, en aquel cuarto, todo está vuelto de cabeza. Y la alfombra es gris y la luz es cálida. El escritorio ancho de madera tiene libros apilados, nada más que libros. Y el hombre, el otro yo que miro allá en el fondo del cielo, escribe lentamente, dejando pasar el tiempo, como navegando sobre el mar a oscuras. ¿Puedes verme, hombre? Pero el hombre no voltea, no quiere voltear. Voltear sería interrumpir el sueño, dejar volando la palabra. El hombre sonrío sin mirarme, como para sí mismo, pero conmigo y sigue la escritura. Me aferro al mástil, me soplan en la cara las ráfagas de viento. La corriente de pronto es veloz. ¿Voy a otra caída? No, no puedo caerme, voy en plano, es el mundo el que se mueve. Yo estoy fijo en este centro de ojo, fijo en esta mirada que tiembla en las frecuencias. El mundo corre y corre y se repite y se repite y se repite en una interminable vuelta de mundos. ¿En qué vuelta estaremos tú y yo cerca, hombre? El mundo se detiene. Frente a mí hay una puerta. Ya no hay mar. Estoy en un cuarto. Me pongo de pie de una cama que ya no está,

que nunca estuvo, y camino hacia la puerta. Poso mi mano sobre la perilla. Lento abro la puerta. Contemplo la gran balanza, la gran espada, y la palabra grabada en letras de oro sobre el trono.

En el fondo de todas las cosas reside la felicidad. Y lo opaco de las cosas es la sonrisa de los muertos. Nosotros atravesamos el sueño de la abeja tan ciegos y en silencio. Pero no mataremos ya más. No mataremos ya más porque los hombres son colibríes lamiendo la hermosa soledad. Volando a ciegas aceptan la realidad que no existe y en el sueño se confunden y se niegan. Se sacan los corazones a picotazos. No mataremos ya más porque el viaje de la muerte es largo y por final no tiene flor. Tiene un reino de antigüedad sin límites en donde nadie puede volar ni hacer ningún sonido. No mataremos ya más porque el oro es otro espejo que se quiebra con un soplar de labios. Camino por los pasillos de este laberinto y me sangran las palmas de las manos. Caen las gotas como rubíes a la tierra. Son semillas, y crece al ritmo de mis pasos la gran selva. Y vuelven a nacer los peces, los pájaros; vuelven a nacer los jabalíes, los uyús, los cocodrilos. Vuelven a nacer las serpientes. Al final del laberinto está la cima. Hacia ella voy a paso lento. Voy sin ver, entregado a la contemplación del sinlímite. Cae sangre de mis manos pero es la sangre de los colibríes, no es mi sangre. Me sale de la carne pero no es mía, es de los colibríes. Y entrego ese designio a la tierra. Ofrezco mis manos abiertas: que caiga a través de mí la semilla de los pájaros. Que me atraviesen las palabras. Y las palabras son: serpiente desollada. Serpiente clavada y quemada viva. Serpiente... pero sigo adelante, sólo el sonido de un tambor me guía. Y las palabras son Serpiente Reina y Serpiente Diosa. Sigo adelante atravesando el sueño de los muertos, el tiempo de esta tierra. Serpiente Gran Conquistadora de Mundos, Serpiente Dueña de Galaxias, Gran Serpiente Cubierta de Plumas, Serpiente Adorada, lame con tu

lengua mi cuerpo de pájaro; conviérteme en serpiente. Dame de beber tu saliva sagrada. Sigo adelante: ésta es la entrega de los pájaros. Ésta es la entrega de la sangre que no es mía. Entrego mi cuerpo de pájaro, de colibrí. Reina Serpiente, hazme ser uno contigo. Veo a la serpiente, y la serpiente es negra; su plumaje es un plumaje de mundos. Su lengua es una desnudez de serpiente rosada, una humedad de hisopo inagotable. Deja caer la gota. Sagrada gota que me baña y me alimenta. La serpiente se mueve y se convierte en cenizas. Éste es el final del laberinto: estoy de pie frente a una puerta. Cruzo la puerta: la infancia del hombre ha sido completada.

Esta es la edad tecnológica del hombre. Y la mía la edad brutalizada del hombre. Cruzo desnudo por este templo y sangre me cubre la piel. Los animales eléctricos se mueven a mis costados, acechándome. Sus colmillos son de oro brillante y purísimo; la nueva jungla, los cables, las palomas negras. Camino desnudo en esta tierra plástica, gritan allá en el cielo verde los uyús, negros uyús de plasma. No olvido el fulgor del fuego. Camino por este mundo negro; yo soy otra raza de hombre. Los hombres de este templo me miran atravesar este sueño de junglas. No me atacan, me miran de pie con sus lanzas. Estos hombres que me miran no son reales, son sombras. Las lanzas eran ramas, todo son ramas. Cruzo los lagos negros, las cumbres de plomo, nadie habita esta tierra. Voy con los ojos cerrados: soy una adivinación sin futuro temblando en el aire. Cierro los ojos. Este mundo no es para ver, mía no es esta pesadilla. Cierro muy fuerte los ojos y de pronto estoy en otro lado. ¿De qué está hecho el pasado? Las nubes se cierran ante mi paso: camino sobre ellas como si fueran una gran red. Y cuando doy un paso hago llover. Escucho los relámpagos, siento su electricidad bajo mis plantas. Las raíces eléctricas retumban. No miro abajo, pero abajo están las junglas plásticas. Ahora voy arriba, voy sobre el cielo. El sol crepita allá arriba, lo

oigo. El sol palpita y cada latido es una destrucción de mundos, es una creación de mundos: el pulso del sol es un mandato y el cosmos obedece. El sol es un corazón vivo y sangre. Voy adentro. Estoy volando dentro de este cuerpo. Esas junglas plásticas son mías, ese sol crepitante es mío. Voy dentro porque tengo los ojos cerrados y veo el interior del templo. Y todo son campanas repicando. Todo, una obediencia al Gran Sol. Al verbo. Veo la palabra flotando en el aire: la palabra es de oro. Es una sola palabra repitiéndose a través del tiempo. Una sola la letra. Dejo las junglas, voy al mar rojo. Voy al mar alegre de la sangre porque yo soy el capitán de este barco. Y con un remo entre las manos hago camino entre las nubes. Pero ya no son nubes, es un sendero coronario. Es un vaso sanguíneo. Veo el cuerpo abierto: todo es mundos y latido, todo es templo, ojos abriéndose, cerrándose y mirando hacia el sol. Un millón de ojos abriéndose y cerrándose ante el sol. El cuerpo está respirando.

¿Quién seré en mi madurez? Miro las fotos antiguas de mis padres y me pregunto si ellos supieron que envejecerían. ¿Se lo preguntaron alguna vez? ¿Quién seré en veinte años? ¿Habrá perros? ¿Habrá gente que camine por las calles y comparta el pan? Dónde estará mi voz en treinta años. Camino por un sendero de baldosas. A los lados está el mar. Es un muelle. Atrás de mí está el faro. Voy hacia él. Su luz alcanza la curvatura de la tierra, llega hasta el fin, hasta el quiebre del tiempo, donde cae en cascadas el agua. Voy a hacia él, que él me diga quién seré en cuarenta años. Todo este lugar es como un sueño bajo el agua. Todo tiembla como en un flotar de cosas. En una lentitud de tiempo. El faro, ojo que todo lo ve, viste al muelle, a esta playa perdida, con luz. Son doradas las olas. Camino firme con la vista en el faro. ¿Quién seré cuando tenga que morir? ¿Tendré este cuerpo? De qué pieles habré mudado ya. La puerta del faro está abierta. Entro al faro. Suena una música de voces

alegres. Hay unas escaleras, al lado un librero. Ante el librero un hombre escribiendo. Escribe serio, sin mirarme. Mordiéndose los labios. Me acerco a él: miro lo escrito. Leo que un hombre ha entrado al faro y mira a un hombre escribiendo, se acerca a leer lo escrito, y lee que un hombre ha entrado al faro, y el hombre que apenas entró ve a dos hombres: uno que escribe y otro que mira lo escrito. Y sigue derecho y sube las escaleras. Subo las escaleras. Monto la espiral y asciendo hacia el ojo. Quiero ver: quiero ver quién seré al final del tiempo. Quiero verme. La espiral se alarga y se alarga. Y sigo subiendo mientras las paredes cambian de colores, y son azules, amarillas, rosas, verdes, moradas y rojas. Sigo subiendo, sigo adelante hacia el ojo pero no encuentro el final. La espiral no tiene fin, se sigue alargando... el cansancio me invade. No puedo seguir ya más. Me siento a descansar, pero descendo cien escalones; y espero otro segundo y son cien escalones más. Jadeante, desesperado me pongo de pie y sigo subiendo. Pero la espiral se mueve ahora hacia el lado contrario: así que tengo que bajar. Bajo, bajo corriendo para subir hasta el ojo. Voy hacia adentro pero es lento mi paso. Me arrojó, me arrojó al fondo y cayendo hacia el fondo asciendo a la cima. Soy como una gota de agua escurriéndose en un espejo. Aterrizo lento hasta la blandura de la cima. El gran ojo mira hacia las aguas e ilumina la falla terrestre, el lugar donde el tiempo se resquebraja. En el mar nadan los plits azules, puedo ver su luz, su centella. Miro al fondo, el borrado horizonte de la memoria. Veo a un hombre que camina por un sendero de baldosas, está en un muelle. Camina hacia el mirador y contempla el agua. Y ese hombre que mira el mar desde el fondo del tiempo me mira de vuelta, y nos miramos y nos sonreímos.

—Soy tu futuro —me dice.

—Yo soy tu pasado.

Y somos como un par de espejos mirándose, pero el reflejo es contrario, y sólo el hombre que escribe es presente. Dejo de leer lo escrito. Detengo la escritura. ¿quién seré en mi madurez?

La lluvia es el nacimiento del tiempo. Camino por esta calle oscura y veo caer la lluvia, pero no es lluvia, es nieve. La blancura me inunda y es pura la tierra. Allá, al fondo de este sendero nevado hay una ventana. Adentro se celebra un nacimiento. Doy un paso, recupero el peso y la rotundidad: estoy dentro de mi cuerpo. Cierro los puños y trago saliva. Escucho el latido de mi cuerpo, la piel es mi ropaje. Soy real y tangible. El frío escala mis talones y muerde mis muslos, mi vientre, y se concentra en el cerebro: tengo frío el cerebro y dentro del cerebro un hombre que camina por entre el laberinto gris y sangra de las manos. Camino y por las venas tengo a un hombre que viaja en una balsa. Camino y tengo un hombre que reptaba por la jungla: adentro tengo una serpiente. Me acerco hasta la ventana sin titubeos, pero cuando ya casi llego, cuando estoy a punto de meter mis ojos y contemplar la fiesta, se vuelve a alejar: la ventana da un brinco de conejo y se posa bajo otro árbol. Brinca y se vuelve una estrella, brinca y surca el mar, atraviesa las junglas. Brinca una y otra vez hasta que la ventana como una mariposa toca tierra. Corro dándole patadas a la nieve y me acerco hasta la madriguera: adentro se celebra un nacimiento. Y los tres dioses y las tres diosas reposan sobre sus pilares: tienen los ojos abiertos. Y todos los pájaros contemplan la madriguera; y las bestias de colmillos, y los uyús también contemplan la madriguera. Y dentro de la madriguera vibran todos los elementos en troncos de oro. Y el círculo cerrado de tierra se tiende y se ofrece. Y en el centro, en el centro de la tierra está la serpiente reptando. Danza la serpiente y canta. Canta la serpiente en su lenguaje de milenios y se prepara para expulsar al hombre. Pero no hay hombre: la serpiente se erige y abre la boca:

escupe tierra y marea y vientos y fuego. Y mundos de pájaros y cocodrilos y hombres. Y escupe una vez más y una vez más y cada esputo es un mundo y cada mundo es una gota de agua. El mundo nace del canto de la serpiente. Veo el final del laberinto, el nacimiento del tiempo y llueve y la lluvia al tocar el suelo se hace nieve. La blancura es total, la blancura me inunda. Sagrada serpiente, he llegado al fondo, he pasado ya la prueba. Escupe ya el mundo que me pertenece, te lo comanda este hombre frente a ti.

Y la serpiente se arroja a mi cuerpo y lo muerde. Me arranca un pecho, me arranca una mejilla, me arranca el cabello, me arranca el cuello, la piel de la espalda, los glúteos hasta dejarme como una pura carne enloquecida. Devora mis nervios, mis músculos, la grasa subcutánea, devora los cartílagos ¡rompe mis huesos!, devora mis intestinos, mis pulmones, el hígado y riñones. La serpiente me deja abierto de par en par ante esta inmensidad de colores y palabras. Y sube hasta mis ojos y devora mis ojos, mi boca, mi lengua, mis dientes, me devora por entero, y por el sendero de tierra blanda e higos reptaba hasta llegar a mi corazón. Y va a devorar mi corazón como un higo, pero el higo no es ni corazón ni fruto: es una puerta. La puerta es blanca, toda blanca, estoy de pie frente a ella. La serpiente dorada reptaba y se lanza hacia la puerta y con su cuerpo de oro la atraviesa, se enrosca en sí misma y forma una perilla.

—Abre la puerta, hombre.

Y poso mi mano sobre la perilla de oro. Le doy vuelta. La blancura es total. La blancura me inunda. Yo soy el nacimiento de la luz. Yo soy la luz incansable, invicta. Y caigo cubierto en sangre ante los tres dioses y las tres diosas, y ante los pájaros y los peces y los cocodrilos y los uyús y los tigres y toda bestia que reptaba y anda que me mira. Y todo lo vivo

está posado sobre su trono de oro y desde ahí contempla mi nacimiento. Me pongo de pie, yo soy el nuevo hombre.

—Contemplad tu antiguo cuerpo, Nuevo Hombre.

Vuelvo mis ojos puros hacia mi cuna, primera raíz, y veo mi cuerpo: es la piel dorada de una serpiente.

—Enterrad tu antigua carne y regresad al sendero.

Y los dioses y los tronos de oro en un chasquido de dedos sucumben, desaparecen. Me quedo yo y esta carne última. Carne, antigua carne, te doy las gracias. Templo fuiste; ya no hay engaño: te libero, a la tierra te entrego, que el silencio sea ahora tu palabra, que la gracia de la tierra te complete. Me trajiste hasta este pico de montaña, lo lograste todo. Ya estoy vaciado de mundo, puedes irte en paz. Veo el caer del ídolo: cae como una inmensa piedra. Su caída reconforta mi alma. Cae inmenso el ídolo y lo veo perderse entre la niebla. No escucho su golpe en tierra. No se agita la bruma. Se pierde serenamente en el vacío, en un aire transfigurado que no guarda fantasmas.

Escucho mi respiración serena y sopla el viento. Abro los ojos. Estoy despierto. ¿Pero dónde está mi cuerpo? Me escucho respirar y sopla el viento. Este filo de montaña es azul. Yo soy un inmenso mar en calma. ¿Dónde está mi cuerpo? Intento ponerme de pie y se agitan las copas de los árboles, caen los maduros higos a la tierra. Me muevo: se agitan las raíces de los árboles. No hay nubes. ¿Dónde está mi cuerpo? No alcanzo a ver la cima de la montaña, pero veo que desde el lejano horizonte de roca vuelan las palomas, las garzas, los pelícanos, ¿qué ave era esa que voló hacia el final del tiempo? Esta paciencia de mar es salada, esta inmovilidad de tierra blanda es dulce. No tengo un cuerpo, soy una respiración

y nada más. Sopla el viento y nada más que el viento. El camino tiene los poros abiertos, y como sollozando las hojas destilan su sangre emancipada. Es una leche de hoja que da de beber a la tierra, que me da de beber, y enciende los corpúsculos. Esta es una mañana soleada y sin ruidos. Sopla el viento y nada más que el viento. Los pájaros vuelan hacia el fin y olvidan su cuerpo, pues esa paloma no es una paloma, es sólo el cuerpo. La paloma ya no está ahí. Se quedó fija en una estampa del tiempo, sobre alguna rama, sobre alguna sangre. En este filo de montaña se olvidan los años, se olvida el cuerpo, las curvas brillantes y el sonar de las campanas. No somos más que un instante de azul y un vuelo de paloma, una entrega de corazón como manzana, de labios como nieves y follajes. En este filo de montaña no importa el vocablo ni la sombra: la tierra tiene los poros abiertos y el alma renacida. No tengo un cuerpo, soy sólo una respiración, pero debajo de las raíces se forman ya mis huesos. Voy a esperarlo: espero aquí respirando mi cuerpo, ese rumor de sangre que soportará mis pasos. Volveré a andar por la llanura, me quemaré con el fuego y sabré de temblores y corrientes. Aquí espero mi cuerpo. La tierra lo está formando. Respiro y sopla el viento... nada más que el viento.

Entrar al cuerpo es como un goteo de oro desde el filo de la torre. Siete campanadas forman un cuerpo. Una campanada para los huesos: punta de vuelos y primera visión, oro transfigurado. Una campanada para el sexo: unión de tierra y ramas; blandura de carne y talismán. Una campanada para las entrañas: báculo de pastor y garganta; voz que oye la tierra, sendero de pasos y planetas. Una campanada para el aire: respiración furiosa de criatura; templo del viento y silencio. Una campanada para el corazón: límite de sangre y semilla, brutalidad del ritmo y fuego. Una campanada para la voz: tiniebla desnuda, golpe oceánico y espada. Y una campanada para el cerebro: arcilla de sol, pulpa adánica, latido

eléctrico. Estas siete campanadas son mi cuerpo. Soy yo este estallido de soles. Entro a mi carne como un soplo oscuro, estoy vivo en el oleaje caliente, penetro en los vasos comunicantes, beso mis mejillas, mi nuevo paladar, mis nuevos ojos de hombre. Entro a mi cuerpo idéntico al tuyo y soy la vida y la muerte reconciliadas en una carne compacta. Puro júbilo de líquido circulante. Me despido del viento y de las montañas, soy un resplandor en el tiempo. Respiro dentro de mi cuerpo y me lleno de todo. *Me ilumino de inmenso*. Mil y mil años inmóviles circulan en mi sangre y los ancestros de la tierra, los ancestros de la montaña. Llevo el cuerpo aquí metido en esta respiración y esta respiración metida en el cuerpo. Estoy libre de lápidas, no hay silencio que permanezca oscuro en esta carne: se transfigura con el aire y se vuelve fluido, río caudal y palabras. Yo soy este cuerpo y este mundo de mundos vibrando en la tibia soledad de la montaña. Cuánto de júbilo en mis párpados, cuánto de fiesta sanguínea y púrpura delicia en mi saliva. El beso de esta aurora es una locura de astros. He nacido por fin. Estoy otra vez en el mundo y mi nombre es Eduardo, es decir un alma unida al resplandor del tiempo, y un ojo como muslo acariciado, paciente y loco, loco, loco.

Me cuesta trabajo mantener la concentración y me siento pegado a la tierra, no volando. Cuánto movimiento en todas las cosas. Cuánta mariposa y cuánto susurro de planetas. Mis primeros pasos suenan como un quebrarse de hojas. La tierra es blanda y tibia, frente a mí está el sendero hacia la cima, pero no voy a tomarlo. Quiero jugar en este reino. Quiero ver todas las cosas. Quiero ver todo recommenzado y la textura de las llamas, el espacio de silencio entre todos los instantes y los insectos minúsculos que forman el cristal. Quiero ver el lento bostezo de las aguas y el andar cansado de los sueños; la sombra de los árboles sentada frente al río como jugando con los peces y los peces construyendo el diamante y los

sapos hablando en su lenguaje de saltos. Quiero verlo todo. Ver al higo colmándose de sangre y tiempo y movimiento. Ver a las garzas elevando su estela como espejos, ver los garfios de los tigres, la pereza de los rinocerontes, los juegos de los cerdos. Verlo todo y después seguir adentro, seguir hacia el fondo de lo vivo y conversar con el dios en el templo, beber con él del cáliz y carcajearnos por el peso de lo real en el aire. Quiero jugar con el agua y los peces, así que voy corriendo al río a bañarme. Voy a sumergirme en su lenguaje viejo y sin sonido. Y me doy el chapuzón y el río brinca desconcertado. Lo despierto con bombas de agua. ¡Despierta río que aquí está un hombre! Le agito su cabellera de algas. Vamos, río, juega conmigo que soy un hombre y soy un niño. El río se vuelve remolinos y se eleva como una trompa de elefante, me persigue con su golpe de agua. ¡Persígueme, río, a ver si me alcanzas! Y es un carcajearse de olas y saliva, un bailar con las avispas. Otros insectos también se unen al baile: los pétalos, las hormigas, los gatos y los perros y los alacranes, y todos somos una danza y una primera música del mundo. Somos la fuente de los colores: el final del arcoíris. Y todas las risas son un fractal del tiempo y en cada fractal vive lo eterno. En círculos y círculos convocamos esta creación de cuerpos y llamamos al golpe de la sangre. Pero lo hacemos sin saber, bailando niños en nuestro tiempo de dioses. Pero la vida llega de lejos. Quiero verlo todo, y jugar con todo y quiero conocer a mi semejante. El baile tiembla, se agita de risas y estalla en embriaguez de agua y de vinagre. Vamos todos a comer, a repartir este pan. La parte de las hormigas, la parte de los tiburones, la parte de los alacranes, la parte de los perros, de los gatos, de las mariposas, de los tigres, de los rinocerontes, la parte de los pétalos, de los árboles, la parte de este río. Yo como al último. Que todos canten. Yo lo escribo.

Este es un cuerpo que ríe y baila y huele a cuerpo y suena como el correr del agua clara. No se detiene, crece chorreando sudor y soñando un sueño a cada minuto. Página por página cae una edad de este cuerpo, página por página un paso más hacia la cima. La cima. La alta piedra que esta mano no alcanza todavía, pero que el ojo puede divisar en el alto horizonte: final del cielo y de la piedra donde espera el rey. En el templo del rey finaliza esta novela y en ese templo de rey descansará este cuerpo. Mientras llega que cante y ría y vuele como las palabras... la danza del mundo se detiene y todo se vuelve un flotar de hojas. Soy un hombre y soy eterno y es inmenso el cielo. Miro hacia arriba y las palomas vuelan. Alguien allá arriba está aventando las cenizas y las cenizas se vuelven palomas y cada hoja una piedra. Doy un paso hacia adelante. Las hojas flotan doradas en este espacio transfigurado. Siento el cuerpo pero no lo veo, camino en un tiempo quieto de escritura y piso el polvo dulce de la tierra. No tengo ya memoria. Es dorada la colina. Nada me detiene. Nada me apresura. Puedo quedarme aquí contemplando el río del tiempo, bajando la montaña hasta el mundo. El lejano mundo del polvo y de los hombres. Pero he de finalizar este ritual. He de llegar a la cima y conocer al rey. Salgo, pues, y doy un brinco y con las garras destazo los helechos. Yo soy también el movimiento, y este látigo azul de tigre, de hombre, sobre los árboles. ¡Que se abra el camino! ¡Que muestre su cara la verdad! Yo soy el tigre, la garra, el colmillo deslumbrante. Muerdo los tallos, cazo al mundo. Y este pico de montaña se abre como una herida y se transforma en un desierto, y el tigre vuelve a ser hombre y la sed vuelve a ser sed y el hambre vuelve a ser hambre. El sueño se modifica cada segundo. Quiero conocerlo todo. Quiero conocer a mi semejante. El desierto frente a mí es un talismán y yo soy un centinela. Sigo mi camino, es roja la arena.

El primer encuentro se da en los ojos. Veo la figura del otro allá en el horizonte. No es más que una mancha. Pero ya lo quiero. Ya es mío. Tan lejano está el otro de mí como yo de él, pero ya nos vemos, pues alzo la mano y él la alza también. Doy un brinco y él lo da también. Si juego con la arena él forma figuras con el aire, y en ese lenguaje de elementos nos hablamos. El otro está frente a mí como un reino inalcanzable, pero estamos puestos frente a frente. ¿Cuántos pasos tiene que dar el hombre para alcanzar a su semejante? Sólo este desierto nos separa. Voy hacia él, lo veo venir, escucho ya sus pasos. Me hace la invitación y yo el ruego. Y cuando lo tengo al alcance de la vista dibujo su cuerpo. Es un cuerpo desbordado de inviernos, tras él aúllan los lobos. Ahora veo que él viene de otros mundos contrarios. Para él esto es un páramo de nieve, para mí un desierto, pero cuando nos tenemos al alcance del brazo y nos tocamos, los lobos aúllan y la nieve se deshace y este desierto se bebe el agua. Es una colisión de rayos. Yo lo tomo; mi semejante me toma y ambos somos un solo suspiro en el tiempo y en el espacio, un solo cuerpo en esta dimensión. Su sexo es contrario: nos conectamos y la humedad de nuestros sexos es como una sopa que nos calma la sed y el hambre y el frío y el calor. Mi semejante rompió los remos para llegar, yo subí la montaña para encontrarlo. Mi semejante es un tejido estelar, un cabello que se mueve con el aire. Dos pechos colmados de leche y un sexo de rojo vino y misterio. Tómame, me dice, tómame, yo también le digo, y en una confabulación final formamos la hora de las horas. Y se despueblan todas las cosas de sus antiguos ramajes y nuestros ojos se vuelven lisos como un cristal tan puro. Y aquí el fuego, aquí el agua, aquí la tierra, aquí el viento; todo es una gran tormenta de gemidos y un disparar de alabanzas, una colisión de astros; mansedumbre de la sangre, juego inocente. El cabello negro largo cae sobre su cintura, le chupo un pezón, le ofrezco mi saliva, cantamos el canto de los soles

y la leche humana nos baña a ambos, nos ablanda los huesos y nos hace sonreír en la entrega final de las tinieblas.

Gran ojo del cuerpo, ábrete, déjame ver a mi semejante.

Estuve preso en una gota de agua.

¿Dónde te han lastimado? Déjame ver tu herida.

Fui una carne desgarrada por el hambre.

Calma, en cada átomo habla la palabra...

Yo también fui desgarrada por la soledad de los árboles.

Toma, cúrate con mi mano: ya está surcada para hacer crecer la tierra.

¿Veremos juntos el final del sendero?

He liberado mi viejo temor, quiero morir contigo.

La muerte es el temblor de nuestra infancia.

Sigue el camino, te veré en la cima.

Te perderé.

Si me pierdes, rompe las hojas y mándalas al aire. Yo seguiré tu rastro.

Para cuando vuelvas yo seré tan viejo que seré pura ruina de huesos.

Entonces sobre tus huesos levantaré el templo y al templo lo llenaré de flores.

¿Y tú dónde estarás?

En la muerte seca de los pétalos.

¿Compartirás conmigo la comida?

Comeremos polvo brillante simplemente.

¿Llorarás la huella de mi cuerpo sobre la tierra?

La llenaré de júbilos.

Yo sembraré tus lágrimas sobre la tierra.

¿De qué color serán los árboles?

¿De qué color serán las ruinas?

No seremos más que un suspiro del tiempo entre las sombras.

Yo tomaré ese suspiro entre mis manos y lo beberé como una voz para la victoria.

¿Y si te destruyo?

Curaré tu sangre enferma.

¿Y si me destruyes?

Llorarás sobre mi cuerpo, detendrás tu rostro sobre mi rostro y le darás palabras a todos tus silencios.

Quiero morir contigo.

Sigue caminando. Sólo la luz existe.

Que tu cuerpo, amor, no pase frío.

Mi piel se quema cada instante con tu recuerdo.

Gran corazón del cuerpo, ábrete, que en ti siempre more mi semejante.

Detengo la escritura para contemplar este valle. Ya no hay desierto. Ya no hay páramo de nieve. Sólo la soledad y su órbita. Pero me queda esta sangre de los ojos y estas uñas y este par de pies. Mis pies son mi único equipaje, tengo que seguir adelante. El cielo se ha vuelto gris. Ya va a caer la noche. El frío zumba en el viento. Allá afuera de mi ventana maúlla un gato y pasan los vecinos en sus autos. Los escucho atravesar la calle y perderse en el otro sueño. Yo, aquí, en este pico de montaña, en esta fatiga de la carne y de la lengua, seguiré solo hasta el final de los finales. La piel me arde y los ojos me pesan. Estoy cansado ya de andar por estos riscos, por el humo, a través del tiempo abandonado. Me duele el corazón y el hígado y los riñones. Tengo inflamados los intestinos. Pero sigo adelante. Se transforma siempre el entorno, pronto llegaré. Y renace el mundo en el humo de la marihuana; renacen sus revoluciones estelares y se lava de abismos. Me tiemblan los miembros y se mueven las tarántulas en el bosque. Allá, a lo lejos, se oye un búho; eco de mi voz, transfigura el tiempo, la noche y la palabra. He de llegar, las vísceras me rugen de hambre. Mis manos engendran llamas y raíces, ¿entonces por qué este cansancio? ¿Por qué este tropiezo contra el escritorio, contra este sendero de rocas? Se alarga el camino y serpentea hacia la cima. Algunas rocas sacan humo, como si el cielo las acabara de hacer. Ha caído ya la noche y las estrellas no titilan. Fijas están sobre el cielo. Parece que allá del otro lado alguien me mira. Las palomas blancas siguen volando. Las siento más cerca, el viento que se desprende de su vuelo me levanta el cabello y me calma la sangre. ¿A dónde irán las palomas? ¿A dónde irán estas palabras? Escribo y voy caminando y pienso que todo es un reino tierno, pero solo. Todo un amor y amor y amor pero en tinieblas; un vino amargo que se bebe con

impaciencia y sólo la sangre endulza. Esta noche no hay visión. Sólo un oscuro ascender hacia la cima y un canto al agua y a la imagen que tiembla en el agua.

A Tar es imposible llegar...

Me tiembla el corazón en el pecho. Los pies me sangran. La noche cae, abre sus puertas. Escucho los cantos de la noche. Y cada canto es una mención del cuerpo. Nombran los ojos, los pechos, las pantorrillas, los pies, y salen de la tierra los espectros, bailan y se nombran. Cuerpos y cuerpos y cuerpos bailando en el sendero de la roca. Nombrándose, deformándose, desvaneciéndose de pronto entre las sombras. Y la montaña late como un puro corazón y su tambor es el ritmo del baile. Y el sendero se acelera, se acelera, y dejo atrás los cipreses, el eco de los búhos, y en una carrera, sin moverme, atravieso las antorchas. Más rápido, cada vez más rápido hasta que la velocidad es tanta que cierro los ojos. Esto es el vértigo, es el viento vivo de la noche. La espiral ascendente me toma, me agita y todo: montaña, sombras, baile, cuerpo, espectros, asciende. Y la ascensión es como una flecha que atraviesa el tiempo y lo transforma. Ahora ya no hay sucesión. Hay una fijeza del instante: una pura realidad presente. Un lugar donde estoy sentado y escribo. Me pongo de pie. Una puerta de dos hojas me enfrenta. Antorchas se agitan en la entrada y una ligera niebla flota en el aire. Es de noche y es de oro la luz. Doy un paso hacia la puerta y se me arranca la piel. Doy otro paso hacia la puerta: se me arrancan los músculos. Otro paso: los nervios. Otro paso: los huesos. Otro paso: las entrañas. Cruzo la puerta. Mi cuerpo sigue aquí pero ya no es mi cuerpo. Transfiguración de la imagen: soy ahora una repetición y un reflejo de agua. Me adentro en esta ciudad amurallada, en esta ciudad abandonada. Hay ruidos de pies entre las sombras y silencio. Me pesa la ausencia de la muchacha. Me atormentan sus manos suaves, su cabello, sus manos, su aroma me posee infinitamente. Al

fondo de mi sangre hay un cordero sentado en un trono. Que muera ese cordero para que vuelva. Quiero volver. Quiero ir por ella. Quiero bajar de la montaña. Entonces me derrumbo a la tierra marchita de esta ciudad y pienso en caer, cierro los ojos y recuerdo el vértigo, pero no hay caída. El tiempo como un imán contrario me arroja hacia el presente. Me arrastro por la tierra, serpiente otra vez, y me ofrezco al cordero. Cómeme, cordero, y déjame seguir. Amo de este reino, permíteme seguir hasta la cima. Pero el cordero blanco me mira sin decir palabra, agita su báculo de oro y todo lo vuelve cenizas. Y como si una dimensión se uniera con la otra vuelvo al mundo de la niebla espesa y los ídolos. Frente a mí el trono del cordero vuelto una piedra.

A Tar es imposible llegar...

Me siento a escribir y escribo: una novela no es más que una conversación con los fantasmas. Una transfiguración del que escribe en lo escrito arrojado hacia la nada. Una novela no es más que la ausencia muda de las cosas y un crujido de hueso viejo y un bosque, no es más que un poema. No es más que un montón de palabras que van y vuelven y cambian de sitio y manchan la hoja con una esperanza sin lenguaje. No es más que un ruido en la noche, un murmullo en la penumbra; todo cuanto se ha ido y ya es silencio, Diego lo dijo.

Abro los ojos, ya es de día. Estoy en la ciudad amurallada. El trono del cordero está vacío y la piel de la serpiente arrojada en la tierra. Sopla frío el viento. No hay otro sonido que el del vibrar del viento. Estoy desnudo y me tiembla la carne. Camino entre estas ruinas doradas y todo es como un tocar de campana. Puedo tocar el viento y tiembla como el agua, y esta agua del viento es dorada y emite un sonido, una frecuencia que sostiene todas las

cosas. Eso es. Estoy dentro del agua. Estoy dentro de un estanque. Estoy viendo mi reflejo sobre el agua. Entonces me arranco de este sueño y salgo de él empapado de lágrimas. Tengo cansado el cuerpo, pero estoy frente al risco. Estoy en el pico más alto de la montaña. ¡Ya casi puedo ver la cima! Allá arriba vuelan otra vez las palomas blancas. ¡Allá está el rey esperándome! El rey está escribiendo, está pensando en mi llegada. Y allá en el mundo los ríos son como el reflejo de un espejo. Y las nubes como las alas de las mariposas. Puedo ver el mundo, la curvatura del mundo y el fin del tiempo. Los pequeños, pequeñísimos hombres, se agitan allá abajo. Puedo escuchar el rumor de sus ciudades. Las alarmas, las bocinas de los autos, la agitación de los mercados. ¡Puedo ver el mundo! ¡Escucho el crepitar del fuego! ¡Este es el final! ¡Este es el final! ¡Este es el final! El mundo ya está desnudo de sombras. Quiero ir al mundo, puedo ver a mis semejantes allá abajo. ¿Estará allá la muchacha? El fuego me calienta, crepita adentro el fuego y yo lo escucho como un millar de insectos que viajan desde sus lejanas galaxias para estar aquí y ahora, al principio del tiempo y la palabra. Estoy al pie del pico más alto de la montaña y todo es viento, viento y nada más que viento. Las palomas se agitan en el horizonte azul y todo por fin se calma. Voy a subir. El hombre está subiendo. Se sacude las carnes y respira con fuerza. Da un par de brincos y aplaude. Calienta su sangre. Entonces el hombre abre los brazos y se ofrece al viento y arroja todas sus palabras al aire. Y sus palabras son: palpito, agitación, deslumbre, crucero, maraña, puño, alba, raíz, semilla, brote, pirámide, nudo, superficie, célula, miedo, vegetal, muchacha ebria, campana de odio, vértigo maravilloso, sal de sales, medida de medidas y palabra de palabras, atracción, saturación, excreción, semblante, tarántula, ventrícula, huerto de criaturas gastadas, excrecencia de los átomos, jugo indómito del oleaje, himno, vaho, noche y día, presagio, rostro en tinieblas, supresión, eyección, metástasis, oscura ruina y punta del astro, montaña y otra vez montaña, meteoro y

mar volcado, cuánta sed, crucifijo y para siempre, ortiga, soledad y ciervo, monumento a la multitud, rata, túnel, abandono, linaje y cocodrilo, cansancio, hambre, agua de aguas, humildemente y luz de luna, ruego, cristal, penumbra, oro y sangre y poema y viento y viento y nada más que viento. Todo lo arroja el hombre al viento y se queda desnudo, sin nada para sí. Es un hombre al filo de la montaña. Se sacude los cabellos y se aferra a las piedras. Escala, está escalando, está subiendo.

El hombre se aferra a las piedras y le sangran los pies. La sangre de los pies del hombre son palabras que caen a alguna página. Pues para que todo esto exista un hombre se aferra diariamente a un cuaderno, a una escritura insomne, resquebrajada, sin pies ni cabeza. Y si un hombre se salva, otro escala y se salva y la salvación de uno no es de nadie; la salvación de dos es la salvación del mundo. Y primero sin pensar, sin sentir, acaso, más que un piquete en las plantas, se desprende dos metros del piso y escala el risco. No mira hacia abajo, pues sabe que no puede caer: el tiempo como un imán contrario nos empuja hacia adelante. No hay caída, no hay vuelta a atrás. Todos vamos hacia la cima de la montaña. Y este hombre que escribe y este hombre que escala son el mismo, transfigurados, transformados y contrarios por la magia del espejo, de la página en blanco, pero uno, sentado y escribiendo, no sangra, el que sangra es el que sube y el que se esfuerza. Como ahora mismo que avanza lento, como araña aferrándose a las piedras del filo. Casi como acostado sobre la piedra, pues si no hay caída entonces no hay sentidos: ni vertical ni horizontal ni arriba ni abajo. Esta novela no tiene ningún sentido, ni horizontal, ni vertical, ni arriba, ni abajo, escala simplemente como acostada sobre las palabras, la montaña inmensa del hombre. La montaña inmensa del dolor, de la derrota, de la lucha y de la victoria final. Todos llegaremos un día a la victoria final, a la salvación de los cuerpos y de

todo lo vivo. Vamos andando, escalando todos juntos como una oración que le sigue a otra oración, y así hasta el punto final. Hasta el final de los finales: explosión de la luz. Por lo tanto el hombre que escala ahora mismo es todos los hombres, todo lo vivo de la tierra. Existe en su dolor de hombre y en su esfuerzo de titán: ya está a casi cuatro metros sobre el suelo. Son diez mil kilómetros hacia la cima. Veinte mil, cien mil kilómetros hacia la cima. Pero desde aquí lo miro, lo relato y lo espero. Nadie verá la destrucción. Nadie recogerá la página inconclusa, Castellanos lo dijo. Y el hombre suda su líquido sagrado y con él se baña. Se baña en sus recuerdos en la suma de sus nombres, en el peso de sus sueños; se baña de niebla blanca, de leche y de orgasmo, y en un grito de dolor, de placer, en una conjugación de los seres, hombre, montaña, voz, papel, avanzan. Le sangran las manos y chupa las piedras. Su sangre es su alimento, su rastro sobre esta tierra. Pasa la mano por encima de los filos y avanza, se alarga, imprime su voz y su esqueleto sobre esta orilla del tiempo. Tiene la boca llena de secretos y escupe sus secretos, ojo por ojo van cayendo los secretos sobre la hoja. Y es la suma de los ojos el espejo del hombre. El real espejo del hombre: la mirada de su semejante. La fiesta de los semejantes contrarios, de lo vivo celebrado, de la viva celebración de esta tierra. Reptando como serpiente, escalando como hombre, ciego como la balanza, escala. Y el viento sopla furioso, no para tumbarlo, sino para llevarle la palabra. Palabra que entra como viento por su oído y se transforma en pensamiento. Así por el viento puedo hablar y puedo pensar por él, pero no puedo cambiarlo, pues el hombre es uno. Avanza tercamente sobre su sangre, su rastro de saliva y de palabras, y sus músculos se tensan, se desgarran, pero no se detiene. Roca más fuerte que todas las rocas, la palabra. Escala y pierde ya de vista el lugar donde empezó. Entonces mira peligrosamente hacia el vacío y cree que va a caer, pero no puede caer. Se agita su corazón, le da taquicardia. No va a caer, pues la ascensión es un descenso hacia la cima. Si

cayera llegaría directo a este cuarto. No puede caer. Pero se agita peligrosamente por el terror. Se queda quieto como un insecto asustado y grita para sus adentros, para sus afueras, y el eco de su grito alcanza el viento y le devuelve su voz. Esta vena de montaña es la vena de su cuerpo, él es la montaña, la montaña es él, forman un solo dibujo en el tiempo. Y el hombre agita su carne ante la piedra y pide por su salvación, pero no puede caer. Sigue avanzando. Se deshace en lloros, y sus lágrimas ahora son su rastro, su alimento. Bebe sus lágrimas y calma su sed, su hambre. Ha recuperado las fuerzas. Escala y el aire liviano lo acaricia. Lo empuja desde abajo. El hombre sigue escalando y su rastro es una flecha de ascensión que rompe el tiempo, que disipa la bruma de los ídolos, infancia del hombre, que libera los fantasmas, que hace reverdecer el campo y los higos, que lava los cementerios, que puebla de mariposas el aire. Avanza y con él renacen todas las cosas, la luz se limpia en los arroyos. Las vacas pastan serenamente en los campos y los dioses mugen en sus reinos antiguos. La serpiente agita su plumaje fuera de la galaxia y todo es un vibrar en una gota de agua y todo el cosmos es una gota de agua. Avanza, sigue avanzando y escucha ya las músicas celestiales, siente el volar de las palomas. Está cerca, cada vez más cerca. El ascenso del hombre es inevitable. Las sombras se desnudan, los nervios entran en sus causes, y el cuerpo se vuelve de verdad un cuerpo. Anatomía sin fin y ríos y mares y bosques y pueblos y selvas ancestrales, huellas. El humo de la marihuana es tan tibio que alarga la silueta de los pájaros, las nubes inhalan y exhalan el vuelo, el sueño, el humo, el viento, el cielo y el espacio. El hombre sigue subiendo pegado a las piedras como una lagartija, de panza a la tierra como una serpiente sagrada: palabra de palabras: transformación de transformaciones. Y el vaso tiembla en un cósmico deleite de conciencia y los minutos son blancos como copos y las orillas destilan la amargura. El hombre de pronto se detiene, se distrae con un recuerdo, escucha un eco. Mira hacia abajo: la

muchacha viene detrás de él, también subiendo, todavía a su lado: ha seguido el rastro de la sangre y de las lágrimas. Se miran y se sonríen y siguen avanzando: semejantes, sexos contrarios unidos por sangre y lágrimas y roca y montaña y mundo. Avanzan, suben ambos, desprendidos, unívocos, unánimes, pero ambos. Y en el beso feliz de la última orilla se doblegan...

Alguien toca a mi puerta.

Toc Toc

¿Quién es? Soy el mundo, la consumación de los elementos, soy la parte insípida del pan y de la dicha, soy la parte amarga del amanecer y la esperanza. El tiempo que atraviesa la tierra y el color del sol que se transforma. Soy la hoguera encendida de la palabra y el rumor apagado de los vecinos, la sonrisa de los niños en los parques y el piar de los pájaros, soy tu casa, soy tus calles, soy tu barrio que llevas dentro de la panza, que ves ahora mientras escribes. Soy el color de las casas que te habitan, todos los crepúsculos que has visto y la sal de los mares que has bebido.

Toc Toc

¿Quién es? Soy, *ay, una ciega alegría*, un rayo de luz por cada pedazo de pan, una parte para cada hormiga y cada hambre. Soy una tarde que no te olvida y que te llama desde el otro lado del sol y la palabra, soy el beso tibio de un perro en la mano y la mirada redimida de los muertos, soy el llanto depurador de cadáveres, soy la alegría de todas las cosas, y el sol y los lagos, soy el filo de la llama, el júbilo y los cantos, soy todas las espadas hacia el cielo, todas las balanzas en el centro. Soy el perdón de todos los errores, soy el baño blanco

de la leche materna, soy el pecho, soy el vello, soy el sexo húmedo y salado, soy el agua y los desiertos.

Toc Toc

¿Quién es? Soy el Emperador. El Rey de esta montaña, que te llama hombre, sigue subiendo, avanza. Soy esta cima de vuelos y visitas, esta conjugación de noches y deleites, soy la respuesta a las preguntas, el pan de tu hermano. Vamos, hombre, avanza, asciende, te espera toda la sanación, todo el perdón, toda la risa. Te espera el amor y el reposo y la tregua. Te espera otra vez la niñez y los juegos, te espera la voz de tus abuelos, el beso de los pájaros en la palma de la mano. Te espera el movimiento, el tesoro de los halcones; te espera el talismán y la caja de música. Te espera el vino, la soda, la tarta, te espera el secreto de los secretos. Avanza, hombre, asciende, te espera la libertad del mundo.

Y una mano dorada se desprendió del cielo y avanzó hasta mí. Me tocó con su dedo de oro y fue purísima la luz y me vistió con plumas de todos colores y todas las joyas. Me aferré a la piedra para no caer pero el tesoro no pesaba. Era un tesoro que no estaba aquí, aunque estaba. Incorpóreo, como flotando en el pensamiento. Las joyas se fueron apagando hasta desaparecer. La mano se alejó y se perdió entre las blancas nubes.

Avanzan ambos como llevados por una mano que los sostiene. Siguen escalando la montaña y siguen el rastro de su hambre, de la voz que los toca en el oído.

¿Tienes frío?

No tengo frío.

Tengo la boca dulce.

Es el rumor de la cima.

¿Dónde estabas?

A tu lado.

Es tan tarde.

El día ya no pasa.

Si pudiera dormir.

¡No te duermas!

Me siento indefenso.

Es la montaña; es la montaña que nos ha soltado...

Pero no podemos caer.

Vamos hacia adelante. Estamos cerca.

Y como un reloj que deja caer la arena y la arena se pierde en el tiempo, en el lento instante del nacimiento, cuando todos los seres vuelven de sus reinos de piedra, hacia el llanto primero, y el fuego da forma a la tierra, a los troncos, a los truenos, y nombra a los pájaros y a los truenos y a la lluvia, y todo es un incendio y canta la belleza; cuando entre el rumor de los tambores vuelven a elevarse las gaviotas y las garzas y las blancas palomas, y todo es como el canto primero de alba, y renacen los insectos y las lagartijas y todo sale de su sueño de siglos, y la tierra se humedece y las rosas se elevan entre himnos, y cuando se consuma el viaje y todo vuelve a ser como al principio, y las telas adquieren su color y la piel adquiere su color, y los huesos vuelven a su estructura y los nervios entonan su canto

sanguíneo, y todo salta entre las células; y cuando el alba se desnuda de púas y los uyús viven y el amor del aire es preciso; cuando se pone el *punto sobre las íes* y las tinieblas se vuelven mandrágoras y las mandrágoras en su magia de leche engendran a los hombres; cuando todo es uno y uno vuelve a ser todo y el lenguaje vuelve a ser lenguaje en la garganta; cuando se agitan los sentidos y su lenguaje de colores, y los ladridos de los perros vuelven a oírse y todo es como una distracción armónica de ruidos y música y entorno; cuando caen las sábanas blancas del mundo y la orquesta de los ángeles se oye y todos caemos de rodillas a dar gracias; cuando podemos ver por fin al sol a los ojos y no quedamos ciegos sino reconocemos nuestro reflejo en su rostro; cuando todas las palabras llegan a los labios y la tierra sabe dulce y todos los silencios son espuma de mares y brazas; cuando al fin el amor no es sacrificio sino ritmo y espiral ascendente, frecuencia única de los peces y las órbitas; cuando todo ser es bello y origen de los orígenes, *¡Tú! ¡Yo! ¡Nosotros!*, *de repente*, como unidos ya en el primer ritmo, anclados a la oración, al lenguaje, a las palabras, desnudos de espejos y fantasmas, como eucaliptos plenos de follaje, ascendemos. Y sabemos por fin de raíces y de héroes y de plantas y de magias y de pueblos y de ritos. Y este duro jardín de la piedra es mil veces bendito. Ascendemos con los huesos, crepitantes de gozo, llamados hermanos y matriz; llamados animal, *planta; planta, piedra; piedra, fuego; fuego, mar; mar, nube; nube, sol*; y fecundos y enamorados, y verdaderos y juntos y colmados y sonrientes; y vemos que *nada ni nadie, nunca, está muriendo* y damos gracias a las aguas y damos gracias al *Espíritu de Dios que gime con un llanto más llanto aún que el llanto*, como riendo, y *¡ay, él también* asciende con nosotros!, trepado en nuestros cabellos como un polizón al fin libre en su elemento, *¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Ascendemos! ¡Llegamos a la cima!*

Así que es esto. Esto es la cima. Este origen del viento en mis pulmones, este ser dueño de mi sangre, de mis puños y de mi voz. Así que esto la gran ciudad: páramo blanco, mañana de cristal. Hemos llegado entonces a la cima, al final del viaje inmóvil, ¿dónde está el rey? En este páramo nacen todas las frutas; para nosotros son todas las delicias. La muchacha corre asombrada por el pasto. Está desnuda. Yo también estoy desnudo. Pureza de pechos y de sexos, caminamos solemnes por este campo en que nadie vive. ¿Dónde está el rey? La muchacha da un brinco, grita y agita los brazos ¡hay alguien allá! Un hombre escribiendo ante un librero, ¡vamos a conocerlo! ¡Él es el rey! Corremos hacia el hombre y no nos para la risa. Ésta es la fiesta: se inclinan las lomas ante nosotros, nos ofrecen su fruta los guanábanos. ¡Bebamos del cáliz! ¡Comamos esta fruta! El hombre escribe y salen volando las hojas al viento, y en el vuelo se transforman y son palomas, son gaviotas, son garzas, son pelícanos, pájaros azules, paquidermos, todo ser en ese vuelo entresonado. Pues esta cima es como una burbuja que no se revienta y todo vibra tiernamente en su elemento. Llegamos ante el hombre y lo agito, ¡oh, gran rey, estamos ante ti, háblanos, recíbenos! Mas el hombre no responde, no se mueve, se derrumba y no es más que cartón piedra. Sus brazos caen y son ramas, su cabeza es una piedra. Y el júbilo se transforma en delirio. Es una quimera. ¿No hay rey? ¿No hay ciudad? Pero la muchacha se inclina a leer lo escrito: La realidad. La realidad. La realidad. Mil y mil veces repetido en todas las páginas. No hay rey, no hay profeta. Dios es una estatua. Pero llegamos al final como entes puros. Se desvanece entonces el librero, el escritorio, los restos del hombre y todo lo escrito se va volando y se convierte en cenizas. Sólo mi compañera y yo poblamos esta cima. El reino es nuestro. La realidad es nuestra. La novela es nuestra. La novela. ¿Pero es esto la novela? No. Es la realidad. Detengo la escritura. Me pongo de pie. Abro por fin la puerta. Vámonos, amiga mía. ¡Adiós al viaje inmóvil!

Toda la verdad

(poética)

Diálogo ante el espejo

I



Mi obra no es, en definitiva, una autobiografía. Si nos atenemos a la definición de Lejeune (1994): “Relato retrospectivo en prosa que una persona real hace de su propia existencia, poniendo énfasis en su vida individual y, en particular, en la historia de su personalidad” (50). *El viaje inmóvil* incumple en dos de las categorías necesarias para definir el género (Pozuelo Yvancos: 27): en la sintáctica, en tanto no es un relato retrospectivo; y en la pragmática, en tanto la triple identidad de los sujetos de la enunciación –autor, narrador, personaje– no se cumple. Y dado que “para que haya autobiografía es necesario que coincidan la identidad del autor y del narrador y del personaje” y “en este caso no hay transición ni libertad. Una identidad es o no lo es. No hay gradación posible, y toda duda conduce a una conclusión negativa” (52), no hay por dónde podamos meter mi novela en este género.



Pero, entonces, explíqueme éste recurso: usted escribe en la página primera de *El viaje inmóvil*: “He cubierto mi cuarto con sábanas blancas. No quiero que salgan mis fantasmas. Pero yo sé mi nombre y mi nombre es Eduardo; es decir una triste sangre que va y viene circulando en el vacío, en este vacío de mi mano”. En la primera oración se descubre la primera persona. Es decir, el que ha cubierto el cuarto de sábanas blancas es usted, el que narra. La conjunción adversativa después del punto da la pauta: revela el nombre del personaje, que se autodefine como una triste sangre, y que coincide también con el nombre con que firma el libro. Es decir, autor, narrador y personaje comparten una identidad.



En efecto, en *El viaje inmóvil* el autor soy yo, y el narrador soy yo y el personaje soy yo.



¿Por qué, entonces, no cumple con el pacto autobiográfico?



Porque el pacto autobiográfico, el pacto de la identidad, se consigue con el pacto o contrato de lectura (Pozuelo Yvancos: 29); aquel que firma el autor con el lector, de que lo que está por leer es real, le ha sucedido y está ligado, pues, a su persona civil verificable (Lejeune: 60). El autor es, pues, *responsable* de lo escrito, y puede ser verificado.

Por otro lado, Lejeune admite la debilidad de los textos autobiográficos de autores que no han publicado *otros textos*, pues no resultan social o culturalmente relevantes. Este *signo de realidad* es indispensable para el pacto autobiográfico (61).

En este sentido, mi novela carece del *signo de realidad* indispensable del género, pues está vacío de referentes históricos (pues mi obra tampoco traza el sendero de mi vida) y no puede ser verificado: ningún lector puede comprobar que en efecto yo cubrí mi cuarto de sábanas blancas, o que en realidad asesiné a un hombre. Mi obra se lee estrictamente como *ficción*. Además, el autor al que remite mi obra no tiene en su haber esos *otros textos*.

Por lo tanto, el lector no tiene la certidumbre de que la triple identidad sea verdadera. Sospecha, acaso, que hay un *parecido* entre ellos, pero no hay referentes a la realidad que le proporcionen esta certeza. Y “la autobiografía no conlleva gradaciones: o lo es o no lo es” (63).



¿Tiene usted en cuenta la postura de Paul de Man?



Sí. Paul De Man (1991) se pregunta en su ensayo *La autobiografía como desfiguración*: “Pero, ¿estamos tan seguros de que la autobiografía depende de un referente, como una fotografía depende de su tema o un cuadro (realista) depende de su modelo?” (2). Y un poco más adelante: “¿Es el referente el que determina la obra, o al revés? ¿No será que la ilusión referencial proviene de la estructura de la figura, es decir, que no hay clara y simplemente un referente en absoluto, sino algo similar a una ficción, la cual, sin embargo, adquiere a su vez cierto grado de productividad referencial?”.

La postura de De Man, en este sentido, apunta en la dirección contraria. Si para Lejeune la autobiografía se logra con un pacto de identidad que ofrece el autor al lector, y éste a su vez asume el pacto dotando al texto de un carácter referencial, sacándolo de la ficción, en suma, de una forma de lectura; para De Man la autobiografía se logra con una forma de escritura. Para él la autobiografía no es un género sino un momento (3); que se halla en el nivel lingüístico del texto cifrado en los tropos, en particular: en la prosopopeya.

De Man dice: “El momento autobiográfico tiene lugar como una alineación entre los dos sujetos implicados en el proceso de lectura, en el cual se determinan mutuamente por una sustitución reflexiva mutua (3)”. Un poco después: “el momento espectacular no es primordialmente una situación o un acontecimiento que puede ser localizado en una historia, sino que es la manifestación, a nivel del referente, de una estructura lingüística (3)”. Y, finalmente: “El momento especular inherente a todo acto de entendimiento revela la estructura tropológica que subyace a toda cognición, incluido el conocimiento de uno mismo (3)”.

Así, pues, De Man establece que el interés de la autobiografía no es tanto dar certeza de un sujeto real –referente–, sino establecer una comunicación especulativa, desde la esfera lingüística –los tropos–, con la imagen que tiene el autor de sí mismo –el personaje– y con el lector. Lo dice más o menos así: “El interés de la autobiografía, por lo tanto, no radica en que ofrezca un conocimiento veraz de uno mismo –no lo hace–, sino en que demuestra de manera sorprendente la imposibilidad de totalización (es decir, de llegar a ser) de todo sistema textual conformado por sustituciones tropológicas (4)”.

De Man no lo aclara en su texto, pero el concepto de *momento especular* parece ser el contrario simétrico de *referente*. La comunicación de los sujetos de la enunciación no es con la Historia, sino con el lenguaje. Y al ser de base tropológica es una comunicación *giratoria*, intuitiva¹. La herramienta de esta comunicación especular es precisamente la prosopopeya. Para ilustrar esta abstracción, De Man se apoya en una obra de William Wordsworth: *Essays Upon Epitaphs*, en la que, señala, las construcciones de los personajes

¹ A este respecto De Man (3) rescata un apunte de Genette sobre la obra *Recherche*, de Proust, en donde hace alusión a una puerta giratoria <<torniquete>> para ilustrar el tipo de comunicación especular entre los sujetos de la enunciación y el lector.

–mutilados o privados de algún sentido– apuntan a una construcción del yo. Sobre un hombre que se ahoga, De Man señala:

este es el episodio que, como variante temprana, sirve de evidencia a la hipótesis de que estas figuras de privación, de hombres mutilados, de cuerpos ahogados, de mendigos ciegos, o de niños a punto de morir, que aparecen en el *Prelude*, son figuras del propio yo poético de Wordsworth. Revelan la dimensión autobiográfica que todos estos textos tienen en común. ¿Cómo debemos interpretar esta preocupación casi obsesiva por la mutilación, que se da a menudo como pérdida de uno de los sentidos, como ceguera, sordera o como, en la palabra clave del Niño de Wiander, mudez? Y a esta pregunta se suma el tener que decidir en qué medida se puede creer en la pretensión de la compensación o restauración que sigue a la mutilación (6).

Aquí, además de señalar que un texto ficcional puede sostener una dimensión autobiográfica, apunta a otro concepto central: la autobiografía como restauración –rescate– del yo. Pero siguiendo con el argumento anterior, De Man apunta que la gran metáfora que sostiene todo ese sistema –el que componen los personajes y las construcciones de *Essays Upon Epitaphs*– es la del sol en movimiento; que se convierte no sólo en símbolo de la naturaleza, sino de conocimiento (7). Y como “conocimiento y mente implican lenguaje [...] el sol se convierte en el ojo que lee el texto”. Y el epitafio en el hombre, en la mente, y por lo tanto adquiere un lenguaje. De esta forma “se establece un equilibrio entre la piedra *parlante* y el sol *vidente*” (7) y el tropo se completa: “El sistema pasa del sol al ojo y, de ahí, al lenguaje, como nombre y como voz” (7).

A la piedra muerta, al epitafio, se le confiere una voz y una máscara: la prosopopeya: “la ficción de un apóstrofe a una entidad ausente, muerta o sin voz, por la cual se le confiere el poder de la palabra y se establece la posibilidad de que esta entidad pueda replicar” (8).

Así pues, para De Man, la autobiografía es un ejercicio ficcional a través del cual le cedemos voz a un objeto para que hable por nosotros, y que se ocupa de “conferir y

despojar de máscaras, de otorgar y deformar rostros, de figuras; de figuración y de desfiguración” (8).



Me parece interesante el apunte que hace de los epitafios desde De Man. En *El viaje inmóvil*, intuyo, opera un sistema parecido. Los epígrafes que incluye usted, más o menos cada diez páginas, funcionan más bien como epitafios, o como extensiones de la voz del personaje que dan cuenta de sus transformaciones.



En efecto, los epígrafes que incluyo en la novela funcionan como epitafios, y como extensores de la voz del personaje. Pongamos por ejemplo el primero de ellos, en la página 13:

El rey nos corta la cabeza

Cuando ya no le servimos.

LEOPOLDO MARÍA PANERO

Lo tomé del libro de María Panero *Escribir como escupir* (2008). El poema se llama “Reina de corazones” (12). Lo que sirve destacar aquí es lo siguiente: en las páginas anteriores a este epígrafe la voz viene describiendo hondas desazones existenciales, dolores del alma que lo aíslan y lo corrompen; en un momento de sinceridad consigo mismo, toma una

decisión: no ser más cierto tipo de escritor para convertirse *en otro*. Esta transformación se da cuando la voz cae en la cuenta de su propia naturaleza histriónica, irreal, y sabe que es una construcción ficticia: “Es el tiempo. Y ya soy yo, el encerrado. Vuelvo a estar aquí desesperado y desnudo en la noche. Y vuelvo a ver el cielo que se derrumba y se tiende al fin visible la verdad de la vida que no hay, de la nada de la verdad, del perro llamado dolor, del inmenso canguro que soy: personaje” (13).

Después de esta epifanía el techo del cuarto en donde se encuentra se derrumba y lo aplasta. La voz muere. El epígrafe sirve como un último suspiro de esa voz pretérita, y a la vez como el paso final de una transición espiritual: la voz que continúa la novela no es ya la misma. Cambia.



Me intriga la figura del rey en el primer verso y el uso de la primera persona en plural en el segundo. Cuando dice *servimos*, entiendo que *nosotros los personajes*, ¿cierto? (—Así es). Entonces el sujeto de la oración, el rey, ¿a quién hace referencia? ¿Quién le corta la cabeza a los personajes cuando ya no le sirven?



El escritor.



Debo de entender entonces que dentro de este epígrafe-epitafio se está estableciendo una clase de diálogo. Como si el momento de su lectura fuera el momento mismo de la decapitación; y los que hablan ahí dentro, los que se están mirando, son escritor y personaje.



En efecto, dentro de este epígrafe-epitafio, como usted lo pone, está operando esa *situación reflexiva mutua* de la que hablaba De Man; *comunicación especulativa* entre el escritor, el personaje y el lector que observa lo sucedido.



Me parece que esa situación de mutua reflexión se ve mucho mejor ilustrada tan sólo pocas líneas después del epígrafe. Cuando usted escribe: “¿Qué escribo ahora? ¿Qué digo ahora que no tengo ya nada más que el sol, esta cobija para el hombre, y mis barcos deshechos?” (13). Y un poco más adelante: “Allá del otro lado del quiebre, de la caída, fino límite entre uno y otros tiempos, encuentro al otro. Y el otro es un espejo que nos revela que somos otro espejo. Y así ambos contemplamos en la sencillez de un marco la enormidad de la vida, su delirio, y su dolor que lleva siempre por frente una palabra” (14).

El hecho de que ambos párrafos inicien y terminen planteándose el problema de la escritura, de la palabra, me hace intuir que esta reflexión de que hablo no es sólo una

situación ficcional, sino una comunicación entre el ente que escribe y el ente que es escrito, que, cabe destacar: ambos son usted.



Sí. El tema de la reflexión entre el que escribe y el que está siendo escrito puebla la novela entera. Es uno de sus principales hilos tensores y sería insulso que citáramos otro ejemplo, dado que abundan en el texto. Lo que destaco es que dentro de este recurso se está cumpliendo una comunicación especular, reflexiva entre los sujetos de la enunciación, y se está cumpliendo también, cifrada en los epígrafes-epitafios, la figura de la prosopopeya. Ambos recursos, desde el punto de vista de De Man, propios de la autobiografía.



¿En dónde queda el lector en todo esto? Me resulta clara la comunicación que existe entre el autor, el narrador y el personaje; o entre el personaje y su creador. Pero, ¿el lector? La situación reflexiva de la que habla De Man es, de hecho, entre el escritor y el lector.



Yo no lo sé de cierto, pero lo supongo: el lector es implícitamente interpelado por las preguntas que se hace la voz a sí misma. Si no, ¿para qué preguntar? El diálogo que estamos teniendo usted y yo es una clara evidencia de ello. No olvidemos además lo que expone Román Jakobson en su cuadro de *Ensayos de lingüística general* (1988): para que haya diálogo se necesita del emisor y del receptor, pero, dado que el emisor siempre espera

una respuesta, el receptor se convierte tarde o temprano en otro emisor (32). Ese receptor transfigurado en emisor es el lector. El lector de *El viaje inmóvil* es el marco desde donde *sucede* la novela. Por eso decía que mi novela no es autobiográfica, aunque en ella existan elementos autobiográficos: la ambigüedad del referente hace posible que el que dice yo, no sea el yo real. Sino cualquier otro. Es el problema básico de la enunciación que se plantea Lejeune (56-60) ¿Quién *dice* yo? ¿Quién *es* yo? Cualquiera que lea esta novela se convierte en el *centro* de la novela. De ahí la preocupación recurrente de *el otro*. Si mi novela parece estar, en una primera hojeada, obsesionada con el yo, creo que su objetivo final es llegar siempre al otro. Ese otro es el lector; universo ulterior que *soporta* toda la construcción de esa voz.



Estamos en el acuerdo, entonces, de que su obra no es, en definitiva, una autobiografía.



Lejeune diría que no es y no podría ser por ningún lado una autobiografía. De Man diría que el dilema no estriba en si es o no es, sino en cómo se lea y cómo esté escrita. (—¿Y usted qué dice?) Yo digo que la palabra nos crea.



Hay un elemento que me gustaría rescatar de lo que comentábamos antes: la autobiografía como restauración y rescate del yo. Ya me ha explicado que su obra no es autobiográfica,

pero que en ella viven elementos propios del género autobiográfico. ¿La reconstrucción, el rescate, como lo dijo usted, del yo, es también importante en su texto?



Ha formulado usted una pregunta medular. Permítaseme responderla paso por paso. Jean Philippe Miraux, en su texto *La autobiografía* (2005) hace una recapitulación de un postulado de Gusdorf. Miraux dice que como principio filosófico la autobiografía se encuentra en tres dimensiones: el *auto* –el yo consciente de sí mismo–, la *bio* –el yo situado en la carne y en el tiempo– y la *grafía* –la escritura (13). Miraux lo pone de este modo:

Entre *auto* y *bio* se traza la difícil relación de la ontología y la fenomenología, entre el ser y su existencia, entre la *identidad* y la *vida*. Pero esa relación es a menudo difícil y no recíproca entre la individualidad y el desarrollo práctico de una existencia, entre el yo y su inscripción en la realidad, en las vicisitudes de lo cotidiano, en los fracasos y en los sueños no realizados. [Somos] individuos a la espera de realización del individuo; seres inacabados. Lo *auto-bio* es, pues, el complejo lugar de esa incompletud. Entonces –nos dice Gusdorf– puede surgir la *graphie*. La vida personal puede encontrar en la actividad escritural la posibilidad de una nueva vida: lo *auto* inscribe en lo *bio* la necesidad de escribir; la autobiografía es renacimiento, iniciativa que plantea las condiciones para una eventual reconquista de sí mismo, de una reconstrucción, de una reconstitución (14).

El viaje inmóvil obedece perfectamente a este apunte. En mi caso, la relación que existía entre mi *auto* y mi *bio* estaba completamente desfasada. Yo, *auto* y Yo, *bio* eran dos seres distintos. De modo que al pronunciar me dos voces salían de mi garganta, ¿dónde estaba realmente mi lugar? Esta desazón no debemos pasarla por una simple puerilidad, recordemos lo que apunta Camus en *El mito de Sísifo* (1981):

¿Cuál es, pues, ese incalculable sentimiento que priva al espíritu del sueño necesario para su vida? Un mundo que podemos explicar, aunque sea con malas razones, es un mundo familiar. Pero, en cambio, en un universo privado de pronto de ilusiones y de luces, el hombre se siente extranjero. Es un destierro sin remedio, pues está

privado de los recuerdos de una patria perdida o de la esperanza de una tierra prometida. Ese divorcio entre el *hombre* y su *vida*, el actor y su decorado, es propiamente el sentimiento absurdo. Y como todos los hombres sanos han pensado en el suicidio, cabe reconocer, sin más explicaciones, que hay un lazo directo entre ese sentimiento [el absurdo] y la aspiración a la nada (16).

¿No es el *hombre* y la *vida* de la que habla Camus el *auto* y el *bio* de que habla Gusdorf?

De esta forma, pues, pretendo decir que yo estaba inmerso en una honda desazón existencial, presa de profundas enemistades espirituales y necesitaba un método, una forma, para nombrarme, para reconstruirme. Ese método fue la escritura; la *grafía*. Pero tengo que subrayar que se dio así no obedeciendo a la teoría de un género literario sino a una necesidad espiritual. Si por esta construcción tripartita mi texto se inscribe, aunque paralelamente, en los anales de la escritura del yo, es por consecuencia y no por causa.



Ha hablado usted de la escritura como método. En el libro que cita usted de Miraux, unas páginas antes, él reflexiona sobre tres cuestiones fundamentales de la escritura autobiográfica: el estilo, la verdad y el destinatario. Él dice:

Abordar la cuestión del género autobiográfico significa, pues, intentar reflexionar sobre estas tres piedras sobre las que tropieza la autobiografía. Las cuestiones del estilo, de la verdad, de los destinatarios, se encuentran una tras otra en sus interrogantes, sencillamente porque las mismas subrayan el franqueo de una frontera sensible, la que separa la interioridad del yo de la peligrosa exterioridad del mundo (12).

Estas tres cuestiones, piedras les dice Miraux, ¿también fueron medulares para su *método*?



Sí, totalmente. Aunque yo no le llamaría piedras sino llaves. Mi verdadero sitio espiritual estaba bloqueado debajo de tres candados: una identidad borrada, un divorcio con el sentido de la vida y una escritura ineficaz. Las llaves que me permitirían abrir estos sellos serían precisamente los tres elementos de los que habla Miraux: decir-me la verdad reconciliaría a mi *auto*; ofrecerme a los otros reconciliaría a mi *bio*, y la escritura eficaz, *grafía*, sería el brazo de rescate del verdadero yo, y su realización objetiva. No veo estas cuestiones, pues, como dificultades, sino como necesidades que plantea el método.



¿Qué es para usted el método?



La maquinaria interna que pone en marcha la novela. Escribir una novela no es sólo disponer de personajes como muñequitos en una geografía, en una estructura temporal, y unirlos causal o circunstancialmente; crearles algunos dilemas y modos de resolverlos. Escribir una novela es dotar de vida a un ente; y como no somos omnipotentes, dotamos de vida a partir de nuestra propia vida. El método es esa maquinaria interna, emocional y lingüística, espiritual, que desbloquea nuestras fuerzas vitales y las otorga al objeto artístico. Si el objeto artístico no funciona es porque no sirvió el método. No tocamos la fibra adecuada de nuestra alma; algo no dimos.



¿Cuál de los tres problemas representó para usted mayor dificultad: decir la verdad, ofrecerse a los otros, o encontrar el estilo adecuado?



El problema del estilo. Porque los otros dos problemas están fundados en éste. En *El viaje inmóvil*, pues, fue fundamental. Al desentenderme de construir una anécdota, una historia, o hilar una trama, hice que el problema del estilo fuera *el* problema. Como escribe Miraux: “[el escritor] habrá que inventar una escritura susceptible de amoldarse a los imprecisos contornos de un yo que el sujeto debe expresar” (11). Yo necesitaba una voz que fuera capaz de desnudar a ambos entes –*auto* y *bio*– y de encontrarlos en el mismo espacio ficticio. En este sentido, el universo, la estructura de la novela es doble: por un lado está el encuentro del *auto* y del *bio* (el personaje asesino y el personaje asesinado) y su paulatino proceso de resignificación (subida a la montaña), y por el otro, el problema de la escritura (el personaje que se encuentra de vez en vez con una versión ulterior de sí mismo; un hombre que está escribiendo), expresado en la dificultad de escribir, en las múltiples preguntas que plantea el hecho mismo de escribir, y su posterior realización.



Miroux en la página catorce del libro que citamos, dice: “Al parecer es tan arduo lograr escribir el yo como construirlo positivamente en la propia existencia”, y luego un poco más

adelante: “La angustia ante la página en blanco tan frecuente en los escritores se vuelve angustia ontológica al no poder expresarse, al no poder volver a decirse a sí mismo”. En su novela ésta figura es muy recurrente, ¿a qué se debe?



Se debe a lo mismo que apunta Miraux. A la constante angustia de quedar a medio camino, de no conseguir la reconstrucción de uno mismo y quedar a medias, como mutilado. Ahora, una de las claves que usé para construir el estilo de esta novela fue la improvisación. El texto entero fue escrito –casi– de un solo tirón, en unos cuantos días, y bajo la estricta imposición de no corregir nada, de no volver atrás. Si para Miraux el mito adánico representa el problema autobiográfico (9), para esta novela lo representa el de la mujer de Lot; huida de Sodoma y Gomorra. Yo tenía que salir de mis sodomas y gomorras, y volver la vista atrás sería convertirme en piedra. Entonces, al no saber precisamente a dónde iba, la angustia de qué escribir después me asaltaba constantemente.



Miroux al respecto dice una cosa interesante. Dice:

La escritura del yo –la *grafía* de lo *auto* y de lo *bio*– establece una temible distancia entre el yo que escribe y entre el yo que ha vivido, entre la vida y su representación, distanciamiento terrible que establece una relación de juicio, de evaluación de lo que ha sido a partir de lo que es. En el tribunal de la escritura autobiográfica, el escritor debe confesar y confesarse toda la verdad [...] es preciso expulsar al ser que se ha sido, con sus defectos, sus cualidades, sus desorientaciones y sus extravíos. Es lo que Gusdorf, con una fórmula lapidaria, expresa en estos términos: “la exigencia de una limpieza de lo interior” (15).

En su obra hay una escena que, me parece, representa este ejercicio: en la página 62, cuando el personaje se despide de su antigua carne, y un ídolo inmenso se desprende de él y cae hacia la niebla. ¿Qué me dice al respecto?



Pues que, en efecto, esa escena representa un ejercicio de limpieza interior, de liberación y transformación interior, que era el objetivo principal que me fijé cuando inicié la novela.



Me ha hablado usted del miedo a la página en blanco, de la angustia de la *incompletud*, de la improvisación y de la limpieza de lo interior, elementos, todos, de la filosofía de la autobiografía (Miraux: 13-15). No obstante, en su obra hay una disidencia fuerte respecto a lo que él escribe a continuación:

El proyecto de “decirse” no puede coincidir con el proyecto de decir todo [...] y para llegar al absurdo lo que siempre le faltará a la autobiografía es el momento en que el escritor la redacta; y, por cierto, también la escritura de su muerte. [...] En suma, problema de inclusión y de exclusión, puesto que ese doble yo, el que escribe y el que es escrito, nunca llegarán a juntarse en el espacio de la escritura (15).

En su obra esta sentencia no funciona. En la página 55 hay un claro encuentro entre el personaje y el hombre que está escribiendo a ese personaje.

El gran ojo parpadea, se cierra de pronto, y todas sus criaturas duermen. Las estrellas vibran y el cielo no me oculta nada. Puedo ver al fondo del cielo al otro yo, el otro extremo de mí: un hombre escribiendo. Y allá en su reino, en aquel cuarto todo está vuelto de cabeza. Y la alfombra es gris y la luz es cálida. El escritorio ancho de madera tiene libros apilados, nada más que libros. Y el hombre, el otro yo que miro allá en el fondo del cielo escribe lentamente, dejando pasar el tiempo, como navegando sobre el mar a oscuras. ¿Puedes verme, hombre? Pero el hombre

no voltea, no quiere voltear. Voltear sería interrumpir el sueño, dejar volando la palabra. El hombre sonrío sin mirarme, como para sí mismo, pero conmigo, y sigue la escritura.

Explíqueme esto, ¿a qué se debe?



He de insistir, antes de responder, que mi novela no es propiamente autobiográfica. Por las razones que ya antes he expuesto: no marca el trazo de una vida, no es real, y el referente, la identidad entre los tres sujetos de la enunciación, no puede ser verificada. Si mi texto se emparenta con este tipo de escritura, o con la escritura del yo, es por consecuencia y no por causa. Por la consecuencia que ya le he expuesto. La necesidad interna que tenía de transformarme, de ser otro y liberarme del pasado, liberarme de un momento. Cualquier forma de escritura literaria o no literaria, del yo o no del yo, cuando está bien construida, cuando el método y el estilo son eficaces, puede conseguir esto, y no por eso es autobiográfica. Precisamente uno de los principales debates de estos filósofos o teóricos de la literatura fue el del límite del género. En todo caso, el trazo de una vida, del que habla Lejeune y Miraux, en mi novela está implícito. La obra no es tanto el sendero de una vida sino la crónica de un momento: el momento del trance. El hecho de que la obra se desarrolle siempre y únicamente en un cuarto a solas es prueba de lo que digo. Repito, no es autobiográfica, y le pido que deje de insistir en ese tema. Precisamente una de las convenciones que decidí desechar de la manera más directa y consciente fue la de género literario. Y esto que digo da pie a que responda lo que usted me pregunta.



Antes de que siga, para resumir: aunque su novela no es autobiográfica, se emparenta con el género, con la tradición de la escritura del yo, en tanto, para su construcción, se planteó uno de sus dilemas fundamentales: el equilibramiento de tres elementos: el *auto*, la *bio*, y la *grafía*, a través de la resolución de tres enigmas: encontrar un estilo adecuado, decir la verdad y ofrecer esa verdad a los otros; *surfeando* sus principales riesgos y resolviéndolos: el de la *incompletud* y el de la coagulación o petrificación. ¿Cierto? Si uno de los objetivos de la autobiografía, de toda escritura del yo, es la construcción, reconstrucción, la figuración, desfiguración, del propio ser, para su novela fue éste el que le dio su fundamental sentido, su intención, aunque no obedezca a sus otros postulados, ¿cierto?



Cierto.



Antes de que me responda, ¿no tiene usted antojo de un café? Yo invito.

Ante una taza de café

II

—A ver, ahora sí, respóndame, ¿por qué en su novela se encuentran el personaje y el momento en que es redactado ese personaje?

—Ya que tenemos el café en las manos, y que me va a poner a usted a confesar las intimidades de mi trabajo, ¿me permite encender un cigarrillo?

—Sí, sí, adelante.

—Bueno, se debe a dos cosas. La primera es a que, como le decía, la realización total de *El viaje* se iba a dar a través de la *grafía*. No había otra manera de realizarla. Ella iba a ser la conciliadora del *auto* y del *bio*: ella los iba a enfrentar y a transmutar, a nombrar. Por tanto ella tenía que ser también un personaje. Los tres elementos tenían, pues, que convivir de manera orgánica en el texto. Simplemente no había otra forma, ese fue el *método interno* que encontré. Pero, ¿cómo representar a la escritura? ¿Qué es la escritura sino el hecho mismo de escribir? Por eso la imagen del hombre escribiendo es una pulsión tan presente en la obra. *Auto* y *bio* son elementos pedestres, moldeables en tanto son elementos lingüísticos, pero, la escritura ¿de dónde viene? ¿En dónde reside? ¿Quién la gobierna? ¿El escritor? ¿El *autor*? En el texto, intenté usar a la escritura como un elemento ceremonial en tanto la palabra sirve para dar dimensión a lo desfigurado, pero la palabra, la escritura en sí misma, es inasible. La escritura es espíritu. Entonces, estos elementos de los que habla Miraux, en mi obra funcionan como una triada: *auto* es la carne, *bio* es el alma y la *grafía* es el espíritu. Son tres dimensiones de las que está compuesto el gran personaje que es la novela.

La segunda razón, que parece de primera instancia muy simple u obvia, pero que tiene implicaciones más hondas, es que lo tomé de la novela *Los días azules* de Fernando Vallejo

(1985). En este texto sucede lo mismo, y aquí sí que pone en problemas a la teoría literaria pues esta novela sí que es autobiográfica. Aunque al respecto hay un debate muy torcido al que no vale la pena entrar. En la novela, dice:

Poco a poco voy quedándome solo. Ya no vienen mis tíos. Ya no vienen mis primos. Ya no vienen mis hermanos [...]. Avanzo solo hacia el fondo de la noche, y me adentro en el Infierno. Me detengo. Si doy un paso más, sé que nunca podré regresar a Santa Anita. Adelante está la casa campesina de amplio corredor con barandal y la ilumina un foco. Doy el paso y voy hacia ella. Estoy parado ahora ante su ventana y mis manos agarran los barrotes, y mis ojos van hacia el interior, hacia el pesebre. Mas no hay pesebre: veo un señor muy viejo, acompañado por una perra negra, que escribe en un escritorio negro (104).

Y un poco más adelante, regresa a la situación y la culmina:

He entrado al cuarto y ahora estoy de pie, a sus espaldas. Intrigado leo lo que escribe. Escribe que de niño ha salido una noche de diciembre con sus hermanos por la carretera de Santa Anita a ver pesebres: los nacimientos que ocupan un cuarto entero en las casitas campesinas. Se ha detenido a una de ellas, de amplio corredor con barandal que ilumina un foco, y mira por la ventana buscando el pesebre. Mas no hay pesebre: un viejo escribe en un escritorio negro, acompañado por una perra negra. Ven, Bruja niña, que el viaje de circunvalación ha concluido (150).

A mí como lector esta escena me dejó profundamente impactado. Así como la leí la tomé para mi propia invención literaria. Si la escritura es un elemento *plus ultra*, no tangible, venida de una dimensión superior, nadie la posee: ella es autónoma. El autor, el escritor, es más bien un *mezclador*, un *compositor*. Esta abstracción se concreta monumentalmente en un libro del propio Vallejo: *Logoi, gramática del lenguaje literario* (1983), en donde expone a la literatura como el vasto reino del lugar común, de la fórmula y de la herencia.

De su introducción rescato las siguientes líneas:

El idioma no se inventa: se hereda. Y lo hereda el hombre corriente bajo su forma hablada como el escritor bajo su forma literaria: en un vocabulario, una morfología, una sintaxis y una serie de procedimientos expresivos. En un conjunto, incluso, de frases hechas y refranes, de comparaciones y metáforas ya establecidas en que abundan la literatura y la vida (22).

Más adelante: “La literatura está hecha de coincidencias” (27). Y el párrafo final: “Considerar [a] la literatura como el reino de lo recibido, como el vasto dominio de la fórmula, del lugar común y del cliché [...] La literatura, más que en la vida, se inspira en la literatura (29).

De esta forma los elementos literarios no pertenecen a nadie sino a la literatura misma; al lenguaje. Por tanto, para construir *El viaje*, yo iba a ser sólo el *oficiante* en la ceremonia del lenguaje; un conductor, un *paciente*.

—Ha hablado del escritor como *paciente*, como *mezclador* y de la *autonomía de la escritura*; su carácter más allá, *plus ultra*. Conoce, no lo dudo, la postura de Roland Barthes en *La muerte del autor* (1968)...

—Sí, la conozco.

—Me habló hace rato de un elemento de improvisación en tu texto y de la imposición de no corregir nada: escribir y no parar hasta el punto final. En su novela, de hecho, la voz expresa continuamente esta idea, casi como si la palabra fuera un *acto* y no una *construcción* calculada... Barthes dice en este ensayo: “En las sociedades etnográficas, el relato jamás ha estado a cargo de una persona, sino de un mediador, chamán o recitador, del que se puede, en rigor, admirar la “performance”, pero nunca “el genio” (1).

En su obra, la voz se pone a sí misma como un chamán (32). Hábleme de ello.

—Pues, ya lo ha dicho usted en gran medida. En efecto, el método de mi obra fue utilizar a la escritura como un elemento ceremonial, es decir como un acto, como un ejercicio. Rito que reproduciría el mito adánico como lo rescata Miraux (9): preguntar-me, ¿en dónde

estás? Y buscar responder. La imagen del chamán la rescato por la idea del sanador. Del curandero. La voz que reproduciría en el texto tendría un sentido catártico, resignificador.

—En este sentido, el autor como mediador, ¿podía tomar recursos literarios de donde pudiera para alcanzar el estado catártico?

—Exactamente, lo mismo que los chamanes hacen llamados a los espíritus para que los asistan. En gran medida las otras voces que integro en la novela son llamados que hago a los espíritus para que me acompañen y me ayuden a realizar la ceremonia, y a culminar el nacimiento. Dos escenas dan cuenta de lo que digo, la primera en la página 49 donde se convoca a los elementos:

Convoco a la sal, a las blancas dunas, convoco al pedernal, al basalto; a la creación que está de pie. Convoco al fuego, al cuerno mágico y al limbo interior. Convoco a los setos de amapolas y al agua; a todas las esmeraldas del mundo, a las garzas, a los pelícanos y a los jabalíes; a las tortugas, a los ciempiés, a las panteras, a los uyús. Convoco a los vientos terrestres, a las figuras gigantes del alba. Convoco a los efímeros quejos, a las luciérnagas. Convoco a toda criatura ande o repte, a toda noche a todo día. Dos hombres se van a dar la mano, compartirán su herencia clara.

Y la segunda en la página 60 donde el personaje corre y mira por una ventana un nacimiento que es el suyo:

Corro dándole patadas a la nieve y me acerco hasta la madriguera: adentro se celebra un nacimiento. Y los tres dioses y las tres diosas reposan sobre sus pilares: tienen los ojos abiertos. Y todos los pájaros contemplan la madriguera; y las bestias de colmillos, y los uyús también contemplan la madriguera. Y dentro de la madriguera vibran todos los elementos en tronos de oro. Y el círculo cerrado de tierra se tiende y se ofrece.

Son dos momentos climáticos en donde un nuevo elemento está surgiendo, y dentro de ese surgimiento, todo está confabulado, todo está acompañado. Podemos incluso decir que la herencia clara que van a compartir los dos hombres, en la primera escena, es precisamente la literatura.

—Hace rato me comentaba acerca de un problema creativo: si la escritura sería un personaje, ¿cómo representarlo? Y me respondió que representar a la escritura era representar el *acto* de escribir. Roland Barthes en otro momento de su ensayo, comenta que: “el lenguaje y no el autor es el que habla; escribir consiste en alcanzar, a través de una previa impersonalidad [...] ese punto en el cual sólo el lenguaje actúa, performa” (2). ¿Qué me dice de ello?

—Precisamente por eso la forma que usé para representar la *grafía* fue un hombre escribiendo. Por ser la propia escritura un acto. Pero no es la única manera en la que está representada. Creí pertinente también poner sobre la mesa las constantes inquietudes que asechan al hombre que escribe: como el hecho de que se le olviden las cosas, o que se vea distraído por un recuerdo. Además, a lo largo del texto incluyo frases inconexas que no tienen mayor relevancia. Oraciones sueltas que funcionan como notas. Quise darle a la novela un aire de *cuaderno*. De *ejercicio escritural*. De hecho, la novela, en un primer momento iba a titularse *Ensayo para un saxofonista*. La concebí desde el principio como un ejercicio, un ensayo a través del cual iba a usar a la literatura como un *diccionario*, como un *catálogo de palabras*, con el cual yo iba a establecer un diálogo. No me gusta mucho lo que dice Barthes de *impersonalidad*. En realidad esta cosa de la *muerte del autor* es un poco severa. No creo tanto en la muerte del autor como en el *autor acompañado*. Autor como chamán me gusta más: el autor como un ejercitante de la ceremonia de la literatura, aquel que llama a los espíritus y que, a través de él, hablan; pero él también está presente en tanto es el mediador entre lo ultra terreno y lo terreno.

—Rescatando lo que mencionaba sobre Vallejo, Barthes dice que la escritura es:

Un espacio en el que concuerdan y se contrastan diversas escrituras, ninguna de las cuales es original: el texto es un tejido de citas provenientes de mil focos de la cultura [...] El escritor se limita a imitar un gesto siempre anterior; el único poder que tiene es de mezclar las escrituras, llevar la contraria unas con otras, de manera que nunca se pueda apoyar en una de ellas (3).

Más adelante: “El escritor ya no tiene pasiones, humores, sentimientos, impresiones, sino ese inmenso *diccionario* del que extrae una escritura que no puede pararse jamás [...] un texto está formado por escrituras múltiples, procedentes de varias culturas y que, unas con otras, establecen un diálogo” (4).

Usted está en sintonía con esto.

—Sí, desde luego. Esta idea del diccionario fue medular para el *método*. Y como es evidente, mi novela está plagada de préstamos, diálogos, contraposiciones y estampas...

—¿Robos?

—No, no robos. Porque la literatura no es de nadie. La firma del autor en los libros no los hace dueños de lo escrito; los vuelve, por el contrario, reconocibles para el lector. En realidad los dueños de la literatura somos los lectores. Y en ese sentido los lectores podemos hacer con ella lo que se nos pegue la gana. La idea del robo y del plagio tiene que ver con otras cosas: con una actitud que en gran medida está fuera del aparato lingüístico: hacer pasar por propias las palabras, y sobre todo, argumentos completos, de otra persona. En mi caso, para la construcción de la novela, las ideas que me dieron la pauta fueron las de la construcción del lenguaje *hip hop*: la idea del *sampleo* y de la mezcla. De la que también habla Barthes, pero para mí fueron medulares las palabras de Mansbach (Chang, 2007). Dice: “For instance, one of the foundation elements [of hip hop] I hold most dear, and try

hardest to translate on the page, is the notion of intellectual democracy through collage: the idea that whatever's hot is worthy of adoption regardless of its location or context" (93).

Y más adelante:

I like to think of a novel in terms of a mix board. Harry Allen once claimed that Public Enemy's seminal 1988 album *It Takes A Nation of Millions to Hold Us Back* was the first rap record to make use of all forty-eight channels: on any given song, layers of musical and vocal samples overlap and abut each other, swirling in and out of the mix at the glide of a fader (94).

Las ideas de la democracia intelectual y de la novela como un *mix board* para mí fueron esenciales. Si a la idea del chamán y la ceremonia sanadora del lenguaje podemos llamarle la idea sagrada, la idea profana fue precisamente ésta: concebir mi novela como una *base* construida por muchas capas, dentro de las cuales iban a entrar y salir, con un sentido musical, eufónico, poético, mezcladas, las voces de otros y la mía. Una suerte de *sampleo* literario.

—Confíeseme ya, de quién y de cuántos tomaste recursos para el *El viaje inmóvil*.

—Si de confesión se trata, he de confesar que fue de tantos que no recuerdo. El método escritural fue éste: me senté ante la computadora con la imposición de no parar hasta terminar. A mi lado los libros que más me han impactado, u otros que por cuya inmensidad de vocabulario pudieran servirme para *destrabar el río*. Escribía; cuando me sentía vacío de palabras, confundido, abría algún libro, el que fuera, de los que había escogido, y rastreaba la pista musical, una palabra, la que fuera, a veces frases completas. Al encontrar la frase, a veces la parafraseaba, a veces no (cuando no, la puse entre cursivas) y seguía a partir de ahí una nueva imagen. En realidad *El viaje* fue un incesante ejercicio de crear imágenes. Dije antes que me desentendí de la estructura: me quedé sólo con la imagen. *El viaje* es, pues, un

río incesante de imágenes. La concatenación y a veces hasta yuxtaposición de las imágenes la dota de un sentido estructural, pero en realidad es un puro ejercicio eufónico. En ese sentido general, he de decir que tomé la *estampa* de *La montaña sagrada* de Alejandro Jodorowsky. Toda la idea de subir la montaña, además de representar lo extenuante del ejercicio escritural, representa la película: subir un monte clavarío al final del cual está la liberación y la purificación, la reestructuración de la realidad. La película y mi novela terminan igual. Casi con las mismas palabras: *Goodbye to the holy Mountain. Real life awaits us/ ¡Adios al viaje inmóvil!* También me apoyé en *Fando y Lis*, del mismo Jodorowsky. Para mí el filme fue un puñetazo durísimo. La imagen de los amantes caminando entre la destrucción buscando la ciudad utópica ya la he usado en otro texto que permanece inédito, pero para éste usé la imagen de Tar. Las entradas en *El viaje* que hacen alusión a la cima de la montaña, y al rey, y a los tesoros de la ciudad de Tar, son de este filme. A algunas de esas entradas les metí otros detalles, les cambié el orden de la sintaxis, o los dejé intactos. Razón por la cual están en cursivas.

—¿Y de manera particular?

—De manera particular me mete, ahí sí, en un problema...

—Vamos, hombre, no estamos ante un tribunal de derechos de autor. Confiese a grandes rasgos, lo demás es tarea de los lectores, críticos e investigadores. ¿Más café?

—Sí, más, más. De manera particular y partiendo desde el principio hasta el final, todas las primeras diez páginas y partes de las siguientes están muy sostenidas por la voz de Leopoldo María Panero. Él, de hecho, es uno de estos grandes maestros del intertexto. Esta mañana de mi novela de decir: fulano, “lo dijo”, viene en realidad de Panero. El libro de él

que usé fue *Escribir como escupir* (2008), cuya imagen ésta del título también uso de manera recurrente en el texto. A manera de lista los autores que cité de esta forma fueron:

- En la página 6 de *El viaje* a Josefina Vicens y su *Libro vacío* con la entrada: “Detesto a la gente que no es enemiga de sí misma” aunque el original dice: “detesto a las gentes que no son enemigas de sí mismas” (37).
- En la página 8, a César Vallejo con la entrada “La máquina se reproduce más rápido que el hombre, y con ella la desdicha”, de su poema “Los nueve monstruos”, compilado en el libro *Antología de poesía latinoamericana contemporánea* (2010), aunque el original dice: “Crece la desdicha, hermanos hombres, más pronto que la máquina” (26).
- En la página 9 a Pablo Neruda con la entrada “Sucede que me canso de ser hombre”, de su poema “Walking around”, compilado en el mismo libro anterior. La frase es textual (49).
- En la página 12 a Rubén Bonifáz Nuño con la entrada “Afuera, el granizo desfigura los árboles” del poema 26 de *Los demonios y los días*. La frase es textual. (*De otro modo lo mismo*: 143).
- En la página 15 en el rezo al padre y a la madre, parafraseando el famoso poema “Padre nuestro” de Nicanor Parra. El verso lo cito de memoria de manera textual: “nosotros lloramos contigo”.
- En la página 22 a Gabriel Zaid con la entrada textual “Subir los remos y dejarse llevar” de su poema “Práctica Mortal” compilado en el libro *Poesía en movimiento* (1966:110).

- En la página 26 a Vicente Huidobro y su poema “Altazor”, canto III, con la entrada textual: “Romper las ligaduras de las venas”. Cito el verso de memoria.
- En la página 43 a Sergio Mondragón con la entrada textual “La loca poesía”, de su poema “La poesía del sol”, compilado en *Poesía en movimiento* (102).
- En la página 72 a Eliseo Diego con la frase textual: “todo cuanto se ha ido y ya es silencio” de su poema “No es más”, que cito de memoria.
- Y en la página 75 a Rosario Castellanos con la frase textual “Nadie recogerá la página inconclusa” de su poema “Presencia” de su libro *Lívida luz* compilado en *Poesía no eres tú* (191).

—Entiendo que, además de citarlos, con algunos de estos autores estableció un diálogo. Como lo que hace con el poema de Diego, o el de Huidobro. Es decir, no sólo los citó, sino que el poema completo lo *sampleó*, adecuándolo al discurso de *El viaje*, ¿cierto?

—Sí, es cierto. Creo que los ejemplos más fuertes de ese diálogo o ese ‘apoyarse en ambas escrituras’ del que hablaba Barthes, en mi novela, están en lo que hice con el poema de Huidobro “Altazor” y con el poema de José Gorostiza “Muerte sin fin”, al final de la obra. En realidad, *Muerte sin fin*, en *El viaje*, tiene un sentido inverso. Allá todo muere, acá todo nace. Y ése es, pues, uno de los sentidos esenciales del *sampleo*.

—De los préstamos que dejó en cursivas ¿qué me puede decir?

—Pues son muchos, abundan en el texto. Los dejé en cursivas para que el lector supiera que esa voz no era mía y para que se notara que ahí existía una clase de empalme. De *cut up* a la manera de Burroughs. Pero fueron más o menos los mismos autores. Destaco a Paz con “sólo el agua es humana” (*et.al.*, 1966) en la página 32, y Margarita Michelena con “todo lo

sufro en este instante en que mis ojos arden en el espacio ciego”, de su poema “Monólogo del despierto” (*et.al.*, 1966), de la página 40. En realidad el verso original es un poco diferente.

Por lo demás, hay no precisamente citas, sino imitaciones del estilo, del sonido de ciertos autores. Por ejemplo el poema de Sergio Mondragón “Calor” me ayudó sobremanera a construir la atmósfera de la montaña. No se diga Rulfo en la escena del Mictlán. Ahí también usé sus palabras.

—Ya que entró a la música y al sonido, háblame de la importancia de la eufonía en *El viaje*.

—Pues... se debe a dos cosas: la primera es que fue una de las enseñanzas más grandes que recibí de dos de mis maestros literarios: Fernando Vallejo y Agustín Yáñez...

—Entiendo que al primero lo conoció personalmente.

—Sí. No sé qué sucedió realmente con ese asunto. Supongo que, por un lado, a mí también me infecta la mala costumbre de la que hablaba Barthes de siempre anteponer el autor a la obra. Siempre que me encuentro con una obra que me destapa los sesos lo primero que quiero hacer es conocer al hombre, a la mujer. Muchos ya están muertos. Pero con Vallejo fue distinto. Él está todavía vivo y además en su obra habla de él mismo. Creo que su maestría literaria hizo que me obsesionara con él. Amo, además de la obra, al hombre. Le tengo un afecto humano y no sólo literario. No sé cómo explicarlo. Cuando lo vi, platicamos de muchas cosas, entre ellas me aconsejó siempre alejarme de mi español mexicano para que pudiera, precisamente, entender la música de los *otros españoles*. En entrevistas Vallejo repite y repite la importancia del estilo y del ritmo. En su obra *Logoi*, en la página 21, dice: “La eufonía, por sobre el sentido mismo, es la gran razón de la

literatura”. En los días que conviví con él también lo remarcó. En fin, fue algo que aprendí de él. Después leí la obra de Yáñez y encontré lo mismo. Una música de las palabras... Y no se diga con los poemas, Huidobro mismo... Para *El viaje* intenté realizar mi propia eufonía. Ejercitar el oído y mi capacidad interpretativa. Por eso necesitaba las palabras de otros.

—Agustín Yáñez en una entrevista con Emmanuel Carballo (Giacoman:1973) dice:

La prosa musical es en mí un tanto instintiva. Cuando escribo trato de dar a las palabras, a las frases, a los periodos, ciertos valores eufónicos que conjuntan la melodía y el ritmo verbales. Creo que la prosa debe realizar estos valores, que aunque no constituyen su naturaleza, se encuentran siempre en los grandes escritores (21).

Y confiesa poco después los discos que le ayudaron para escribir *Al filo del agua*: el “Réquiem” de Fauré (25). ¿Usted también tuvo discos de cabecera?

—Absolutamente. Pero no me sirvieron para la escritura como tal, sino para alcanzar un estado mental adecuado. La música de *El viaje* se encuentra exclusivamente en las palabras. Esto que me preguntas se liga más bien con el tema de la marihuana. Los días que supusieron el trabajo de esta novela los atravesé hundido en el humo de la marihuana. Por tal, necesitaba música adecuada para levantar y realizar la ceremonia. Algunos de los esenciales fueron: el *Electronic Meditation* (1970) de Tangerine Dream, el *Morning Phase* (2014) de Beck, y *The Endless River* (2014) de Pink Floyd, así como el *Comala* (1993) de Jorge Reyes. Las obras de *piano solo* (1989) de Philip Glass y el *In den Gärten Pharaos* (1971) de Popol Vuh. Aunque no voy a negar que ciertos elementos musicales me ayudaron a crear imágenes; por ejemplo, la portada del disco de Pink Floyd me ayudó a crear la imagen del hombre navegando en una balsa que es su cama. O por ejemplo, en la canción “Parabola” de Tool, de su disco *Lateralus* (2001), reza un verso así: “This body./ This body

holding me./ Be my reminder here that I am not alone in/ This body, this body holding me./
feeling eternal/ All this pain is an illusion”. En mi obra dice de esta forma:

Pero yo soy eterno; esta realidad de aquí, de ahora, esta forma que es mi ser atraviesa el tiempo como una mancha de leche y me convierte en lo otro. Lo otro también soy yo. Soy yo el otro. Y como ambos escojo estar aquí, estar ahora, dentro de este cuerpo que me guarda y me recuerda que todo es mi retrato. Todo tiene mi rostro, mi rostro está en todo y el dolor es una ilusión del hombre. (26).

En realidad soy un melómano insaciable. Esta es la segunda razón de que iba a hablarle. Para mí todo es música. Y la buena literatura debe ser musical. Entonces es algo que aprendí pero que también ya tenía adentro. La improvisación en la escritura la tomé no sólo del *hip hop* sino de escuchar a John Zorn, a John Cage, a Ennio Morricone, a Mauricio Kagel, a Tomasz Stanko, a Ornette Coleman, a Anthony Braxton y a otros tantos grandes de la improvisación musical. De alguna manera, como le comenté antes, yo quería que este trabajo no sólo fuera literario sino musical y por lo tanto convertirme no en un escritor sino en un músico. Quería expresarlo así con el título que le dije antes *Ensayo para un saxofonista*: un hombre en su cuarto a solas que practica en el saxofón escalas de Coleman de Zorn y de Coltrane. Ensayo porque es inconexo, es un calentamiento. Ensayo porque no hay miedo al error, porque es un ejercicio íntimo, es una preparación, un ritual. Como no soy músico sino escritor, escribí sobre un hombre a solas que practica versos de Bonifaz Nuño, de Paz, de Huidobro y de Mondragón. La cuestión musical se reduce a esto.

—Cuénteme de la marihuana.

—De la marihuana no hay mucho qué decir. Como le dije antes, yo estaba hundido en una depresión, en una desazón existencial que no tenía salida y que me alimentaba la literatura. ¿Me entiende? Camus y su *Mito de Sísifo*, Ciorán y sus *Cimas de la desesperación*, Vallejo y su *Desbarrancadero*, Panero y sus *Señores del alma* son grandes y hermosos y necesarios

libros, pero los leí demasiado rápido, demasiado joven, demasiado ingenuo y me hicieron mucho daño. Por mi propio bien llegó un momento en que tuve que deshacerme de todo. Ahí me encontré con la marihuana. A través de ella pude ver otro estado de las cosas. Me pude ver distinto a mí mismo. Yo crecí sin religión, sin ninguna idea de Dios, pero siempre cerca de la meditación como ejercicio mental a través del cual podía encontrar iluminación. En mi adolescencia me encontré con el budismo, pero cuando llegué a la literatura lo abandoné. La literatura de alguna forma me convenció de que la vida era un desastre y la existencia un absurdo; y la realidad me lo confirmó. La marihuana me mostró que no necesariamente. Entonces, en un sentido, la yerba me sanó: encontré fe y una limpieza del ser, un volver a ser yo mismo. No obstante me enfermó en otro. Supongo que por mi juventud o cierta clase de inmadurez, ciertamente motivado por mi adicción musical, pues la marihuana me hace susceptible a vibraciones ocultas en la música, pasé de ser un fumador ocasional, a ser uno habitual y de uno habitual a uno crónico. En el momento en que escribía la novela yo necesitaba alejarme de la marihuana, pero no sabía cómo. Escribir sobre ella fue una buena manera. La limpieza del aire que expreso al final del texto tiene que ver con esa necesidad de volver a respirar el aire y no el humo. No voy a negar que me ayudó creativamente. Cuando fumaba, retazos de palabras y frases me pasaban por la mente, por la voz, y me parecían geniales, pero así como pasaban se iban, y en todo caso no podía conectarlas con nada más: no había personajes, ni historia ni anécdota. Poco a poco se me formó la inquietud de completar un texto novelesco con todas las frases y construcciones poéticas que me salían cuando fumaba. *El viaje inmóvil* fue, pues, la realización de esa inquietud y esas necesidades.

—¿Sigues fumando?

—Sí, desde luego...

—¿Anda fumado ahora?

—Quizá... no lo sé... Es confidencial.

—A lo largo de la conversación me habló de sus inquietudes internas, del por qué hablar de sí. La necesidad de reconstruirse. De perdonar. De olvidar. De purificar el ser. Dejar ir el pasado. Practicar. Ejercitar el oído. Perder el miedo a la escritura. A lo largo de la novela pueden leerse estas inquietudes. Pero, dígame ¿lo logró?

—Esta novela la terminé hace tiempo. Desde entonces ha ido saliendo de mí. Hoy, cuando vuelvo a ella, ya casi no me reconozco. Creo, sin embargo, que es una novela que se sostiene con dos pies y que tiene un pulso y un latido verdaderos. He intentado escribir después de *El viaje*: no he podido. Llevo catorce o quince o veinte meses sin escribir una sola línea de ficción que valga la pena. Cuando rompo en pedazos mis borradores, me pregunto, ¿por qué no puedo llegar al estado al que llegué cuando escribí *El viaje*?

Exupéry en *El Principito* hace una reflexión muy hermosa sobre la calidad del trabajo artístico. Observa su dibujo de los baobabs, el mejor de todo el libro, y se pregunta por qué no puede lograr otro igual. Responde: “Cuando dibujé los baobabs me impulsaba el sentido de la urgencia” (27). *El viaje inmóvil* es el trabajo más alto que he logrado, y si no he podido superarlo es porque fue un trabajo impulsado por la necesidad. Es todo lo que tengo que decir al respecto.

—Para usted, ¿qué es escribir novela?

—Escribir novela es en muchos sentidos como escribir música, y como ejecutarla: el novelista se sienta ante el teclado y desarrolla una voz que debe de estar cargada de sonoridad, de color, para que exprese todo lo que puede expresar un alma humana. El instrumento del saxofonista es el saxofón y el del escritor la palabra: ambos, desde el dominio de su instrumento, y desde las reglas básicas para su ejecución, inician su relato sobre el vacío, pero con un objetivo común: transmutar su estado particular de ser y entrar en comunión con lo otro. El vacío es el reino de la literatura y de la música; lo que se oye, lo que se lee, la obra como tal, es un mínimo universo. Escribir música y escribir novela es ser consciente del vacío que rodea toda creación y querer transgredirlo. Escribir no es trascender, es sanar, nombrando, la nada que somos. Esta transmutación se da en el orden del espíritu, por lo tanto la novela, el ensayo del saxofonista, es un relato espiritual del hombre ofrecido a otros hombres para su sanación. Para que en ese contacto que ofrece la palabra, la música, con otras almas, pero que pueden ser la propia, la nuestra se complete y sea por fin individual. Se regocije. Escribir literatura –novela– es relatar una secreta necesidad por el conocimiento total. Y el conocimiento total, intuyo, no es otra cosa que el conocimiento de la propia alma. Escribí la novela porque quería conocerme y sanarme, y ofrecer mi relato a los otros, a mí mismo. Esta ambición la descubrí cuando me supe herido, enfermo de la ilusión de estar enfermo, y cuando supe que esta condición la comparto con todos los otros: no tener más vida que la propia; encerrado en un cuerpo mortal, en un pensamiento limitado: no poder ser nadie más que yo, y no saber quién es el yo; ver mi imagen reflejada en otros hombres con iguales o peores dilemas; cerrazón del alma; prejuicios y miedo. Descubrí la literatura como una forma de mentar mi enfermedad y así aspirar a liberarme. Pretendo, a través de la escritura, colaborar a romper la cadena del

dolor, pues para mí la literatura es un ejercicio espiritual que conduce a la gracia y al amor y a la libertad y a la entera felicidad... para otros puede serlo también. Para ellos escribo.

—¿Qué pretende cuando escribe, cuando lee?

—No pretendo, cuando leo, conocer una historia, una tradición, pretendo conocer el espíritu de otros seres: sus hondos dolores, sus íntimas confesiones, sus preciados recuerdos, sus amores; pretendo cuando leo tocar un cuerpo, una voz, un alma, y vivir, pues para mí no hay más vida que la interior, ni comunión más honda y real que la literaria. Pretendo cuando escribo domar a la vergüenza y mostrar mis hondos sufrimientos, mis íntimas confesiones y deseos, mis preciados recuerdos, mis amores; construir un terreno de confianza mutua y ofrecerme al tacto, al conocimiento, al amor de otros seres. Para hablar de mí escribo, y para amar y para hacerme amar y para saber que hay otros que conocen el hondo lenguaje del mundo. Escribo y leo porque creo que así se puede hacer justicia y porque así quiero hacerla y porque si no la hay yo la invento y porque si ya existe yo me uno, yo me hermano, y si no yo la inicio y así nos unimos y nos hermanamos. Escribo y leo para matar a la soledad a la angustia y a la depresión y para afirmar que no hay más realidad que la vida y la belleza y la paz.

—¿En qué sentido cree que su novela es novedosa?

—No creo que mi novela sea novedosa en ningún sentido. Como lo he venido exponiendo, las formas de mi novela vienen de otras formas, las palabras de mi novela vienen de otras palabras. El ejercicio escritural, o la crónica de un momento, se ha dado ya en otros textos de otros autores. No he dicho yo aquí nada nuevo. No es novedosa en este sentido, ni tampoco en el otro: hubo ya otros textos que han señalado la no-novedad de las creaciones,

el hecho de que todo está prestado, dado y previamente construido. Creo, por otro lado, que es significativa. Creo que es significativa porque está construida con un estilo personal, venida de hondas inquietudes personales, y desarrollada con sendas herramientas públicas. Creo que se hermana, se emparenta, como ya he expuesto, con una tradición –la escritura del yo; la escritura en primera persona– que aunque existe desde siempre hoy está dando sus piezas más altas y complejas. Creo que es significativa también porque es susceptible de múltiples interpretaciones y lecturas, y su estructura está compuesta por múltiples voces y espacios de significación; además de que construye su propio espacio de ser y de respirar.

—Vaya, se nos acabó el café...

—Es una lástima.

—Gracias por la entrevista.

—Gracias a usted.

—Hasta luego.

—Hasta luego.

Bibliografía

Directa

- ☞ Barthes, Roland (2006) “La muerte del autor”, *La letra del escriba*, N°51, junio.
Recuperado de:
<http://www.cubaliteraria.cu/revista/laletradelescriba/n51/articulo-4.html>
- ☞ Camus, Albert (1981) *El mito de Sísifo*, Madrid: Alianza Editorial.
- ☞ Chang, Jeff (2007) *Total Chaos: the art and aesthetics of hip hop*, New York: Basic Civitas.
- ☞ De Man, Paul (1991) *La autobiografía como desfiguración*, Madrid, Suplemento Anthropos, N°29, págs: 113 – 118.
- ☞ Giacoman, Helmy F. (1973) *Homenaje a Agustín Yáñez*, Madrid: Anaya-Las Américas.
- ☞ Huidobro, Vicente (1931) *Altazor o El viaje en paracaídas*, Madrid: Compañía Iberoamericana de Publicaciones S.A
- ☞ Jakobson, Roman (1988) *Ensayos de lingüística general*, Barcelona: Seix Barral.
- ☞ Lejeune, Philippe (1994) *El pacto autobiográfico y otros estudios*, Madrid: Megazul-Endymion.
- ☞ Miraux, Jean Philippe (2005) *La autobiografía, las escrituras del yo*, Buenos Aires: Nueva Visión.
- ☞ Panero, Leopoldo María (2008) *Escribir como escupir*, Madrid: Calambur.
- ☞ Pozuelo Yvancos, José María (2006) *De la autobiografía*, Barcelona: Crítica.
- ☞ Rulfo, Juan (2000) *El llano en llamas*, México, D.F: Plaza Janés-Random House Mondadori.

- ☞ ----- (2005) *Pedro Páramo*, México, D.F: Editorial RM.
- ☞ Vallejo, Fernando (1983) *Logoi: gramática del lenguaje literario*, México: Fondo de Cultura Económica.
- ☞ (1985) *Los días azules*, México: Alfaguara.

Indirecta

- ☞ Bonifaz Nuño, Rubén (1995) *De otro modo lo mismo*, México: Fondo de Cultura Económica.
- ☞ Bonnett, Piedad (2010) *Antología de poesía latinoamericana contemporánea*, Bogotá: Norma.
- ☞ Castellanos, Rosario (1972) *Poesía no eres tú*, México: Fondo de Cultura Económica.
- ☞ De Saint-Exupéry, Atoine (2010) *El Principito*, México-Argentina: Emecé.
- ☞ Paz, Octavio; Ali Chumacero; Homero Aridjis, José Emilio Pacheco (1966) *Poesía en Movimiento*, México: Siglo XXI.
- ☞ Vicens, Josefina (1958) *El libro vacío*, México: Fondo de Cultura Económica.

Fuentes Musicales

- ☞ Beck (2014) *Morning Phase*, E.U.A: Capitol
- ☞ Glass, Philip (1989) *Solo Piano*, E.U.A: Sony Music.
- ☞ Popol Vuh (1971) *In den Gärten Pharaos*, Alemania: Pliz
- ☞ Pink Floyd (2014) *Endless River*, Inglaterra: Parlophone
- ☞ Reyes, Jorge (1993) *Comala*, México: Lejos del Paraíso.
- ☞ Tangerine Dream (1970) *Electronic Meditation*, Alemania: Ohr.

☞ Tool (2001) *Lateralus*, E.U.A: Volcano Entertainment.

Fuentes cinematográficas:

☞ Jodorowsky, Alejandro (1968): *Fando y Lis*, México: OPTIMA FILMS S.A

☞ ----- (1973): *La montaña sagrada*, México: OPTIMA FILMS S.A

